



Ursula K. Le Guin

LA RUEDA CELESTE

En un futuro castigado por la violencia y las catástrofes medioambientales, George Orr descubre que sus sueños tienen la capacidad de alterar la realidad. George buscará la ayuda del doctor William Haber, un psiquiatra que no dudará en aprovecharse de su poder. Cuando el doctor Haber empieza a manipular sus sueños en beneficio propio George deberá luchar para proteger la realidad.

La rueda celeste es una novela siniestramente profética en la que Ursula K. Le Guin aborda de forma magistral los peligros del poder absoluto y la capacidad de autodestrucción del ser humano, a la vez que se cuestiona la naturaleza de la propia realidad.

En una nota titulada “*Arte, información, robo y confusión*”, Ursula K. Le Guin menciona su libro *La rueda celeste* (1971), el que ella misma definió como «un homenaje a Philip K. Dick».

URSULA K. LE GUIN

LA

RUEDA

CELESTE

«CUANDO LEÍ *LA RUEDA CELESTE* SIENDO JOVEN, ME DESLUMBRÓ.
HOY, MÁS DE VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS, SU LECTURA AÚN ME CONMUEVE.
SÓLO UNA GRAN OBRA LITERARIA PUEDE SALVAR – Y DE UNA FORMA TAN
APASIONANTE – ESA DISTANCIA IMPOSIBLE.»

MICHAEL CHABON





Ursula K. Le Guin

La rueda celeste

ePub r1.1
Watcher 16.05.2022

Título original: *The Lathe of Heaven* Ursula K. Le Guin, 1971
Traducción: Miguel Antón Rodríguez Diseño de cubierta: Timothy
Goodman

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



6º Aniversario

Edición Conmemorativa




epublico

1

Ambos, Confucio y tú, sois sueños, y yo, quien afirma que lo sois, lo soy también. Esto es una paradoja. Habrá un día en que un hombre sabio será capaz de explicarla; ese día puede que tarde diez mil generaciones en llegar.

CHUANG TSE: II

Llevada por la corriente, sacudida por el oleaje, zarandeada por el océano poderoso, la medusa se desplaza sin rumbo en el abismo. El brillo de la luz la atraviesa, la oscuridad la penetra. Llevada, sacudida, zarandeada desde todas partes a todas partes, puesto que mar adentro no hay más brújula que lo cercano y lo lejano, lo alto y lo bajo, la medusa permanece suspendida, balanceándose. Los latidos se perciben levemente en su interior, rápidos, igual que otros imponentes latidos diurnos golpean el mar, que obedece a su vez al dictamen lunar. Suspendida, oscilante, cadenciosa, el ser más insustancial y vulnerable sólo tiene por defensa la violencia y la fuerza del océano entero, a quien ha confiado su ser, sus idas y venidas, y su voluntad.

Pero he aquí que se alzan los tozudos continentes. Las plataformas de grava y los acantilados de roca donde rompe el agua que alza el vuelo en el aire, seco espacio sideral, terrible, hecho de fulgor e inestabilidad, donde la vida carece de sustento. Y ahora, ahora las corrientes confunden y las olas traicionan, rompiendo su ciclo infinito, para dar brincos de espuma ruidosa contra roca y aire, rompiendo...

¿Qué hará el ser hecho de mar y deriva en la seca arena de la luz diurna? ¿Qué hará la mente, cada mañana, al despertar? Se había quemado las pestañas, por tanto, no podía cerrar los ojos, y la luz le horadó, lacerante, el cerebro. No pudo volver la cabeza porque los bloques de hormigón lo tenían clavado en el sitio y las varillas de acero que asomaban del interior se la inmovilizaban como en un torno. Cuando desaparecieron, pudo volver a moverse; se incorporó. Estaba en los peldaños de cemento; un diente de león florecía junto a su mano, crecía en una pequeña grieta en la piedra. Al cabo de un rato, se levantó, pero en cuanto estuvo en pie experimentó un fuerte mareo y supo que se debía a los efectos de la radiación. La puerta tan sólo distaba medio metro, porque inflada, la cama hinchable llenaba la mitad de su habitación. Llegó a la puerta, la abrió y la atravesó. Ante él se extendía el interminable pasillo de linóleo que oscilaba levemente arriba y abajo durante kilómetros, y al otro lado, lejos, muy lejos, el servicio de caballeros. Echó a andar hacia allí, intentando apoyarse en la pared, pero no había nada en lo que apoyarse y la puerta se convirtió en suelo.

—Ahora con cuidado. Con mucho cuidado.

El rostro del guardia del ascensor colgaba sobre él como una lámpara de papel, pálido, enmarcado por cabello tirando a cano.

—Es la radiación —dijo, pero Mannie no pareció entenderlo y se limitó a responder:

—Tómeselo con calma.

Estaba de vuelta en la cama de su habitación.

—¿Borracho?

—No.

—¿Drogado?

—Mareado.

—¿Qué ha estado tomando?

—No encontré la adecuada —dijo, refiriéndose a que había intentado cerrar la puerta que franqueaban los sueños sin que ninguna de las llaves encajase en la cerradura.

—Viene un médico que estaba en el piso quince —anunció Mannie, cuya voz quedó ahogada por el estruendo de las olas rompientes.

Le faltaban las palabras mientras intentaba acompasar la respiración. Había un extraño sentado en su cama con una hipodérmica en la mano, mirándolo.

—Solucionado —dijo el extraño—. Ya vuelve en sí. ¿Se siente hecho un trapo? Tómeselo con calma. Se supone que debe sentirse así. ¿Se ha tomado todo esto de golpe? —Le mostró siete de los pequeños sobres de papel de celofán del dispensario automático de medicamentos—. Es una mezcla abominable de barbitúricos y dexedrina. ¿Qué pretendía hacerse a sí mismo?

Le costaba respirar, pero el mareo había desaparecido, dejando únicamente a su paso una espantosa debilidad.

—Caducan esta semana —continuó el médico, un joven con coleta de pelo castaño y una dentadura descuidada—. Eso quiere decir que no todos han salido de su propia tarjeta farmacéutica, así que debo denunciarlo por tomar prestado. No me gusta hacerlo, pero me han llamado y no tengo otra opción. No se preocupe, con esta medicación no hablamos de delito; tan sólo recibirá una citación para presentarse en la comisaría, desde donde lo enviarán a la Facultad de Medicina o a la clínica de la zona para que lo examinen. Seguidamente lo pondrán en manos de un médico o un psicólogo para someterse a un TTV, un tratamiento terapéutico voluntario. Ya le he rellenado el formulario y he utilizado su identificación; lo único que necesito saber es cuánto lleva tomando esta medicación más allá de las dosis que le recetaron.

—Un par de meses.

El médico garabateó en un papel que apoyaba en la rodilla.

—¿Y quién o quiénes le han prestado la tarjeta farmacéutica?

—Amigos míos.

—Debe proporcionarme los nombres.

Al cabo de un rato, el médico dijo:

—Uno, al menos. Aunque sea por cumplir las formalidades. Esto no les traerá problemas. Verá, lo único que recibirán será una reprimenda de la policía, y Control

HEW vigilará el uso que hagan de las tarjetas farmacéuticas durante un año. No es más que una mera formalidad. Deme un nombre.

—No puedo. Sólo querían ayudarme.

—Mire, si no va a facilitarme esos nombres, se estará resistiendo, y o bien irá a la cárcel o bien tendrá que someterse a terapia obligatoria en un centro. De todos modos pueden seguir el rastro de las tarjetas a través de los registros de los dispensadores automáticos si se empeñan en hacerlo, así que esto sencillamente les ahorra la molestia. Venga, hombre, deme uno de esos nombres.

Se cubrió el rostro con los brazos para resguardarse de la insoportable luz.

—No puedo. No puedo hacerlo. Necesito ayuda.

—Yo le presté mi tarjeta —declaró el guardia del ascensor—. Sí. Mannie Ahrens, 247-602-6023. —El médico rasgó el papel con el bolígrafo.

—Pero si nunca he usado su tarjeta.

—Es para confundirlos un poco. No lo comprobarán. La gente usa continuamente tarjetas farmacéuticas ajenas; no pueden comprobarlas todas. Yo presto la mía y tomo prestada la de los demás. Continuamente. Tengo una colección de esas reprimendas. Ni se enteran. He tomado cosas que ni siquiera el HEW ha oído mencionar. Es su primera infracción, tómesele con calma, George.

—No puedo —dijo, refiriéndose a que era incapaz de permitir que Mannie mintiera por él, que no podía impedirle hacerlo, que no podía tomárselo con calma, que no podía seguir adelante.

—Se sentirá mejor dentro de dos o tres horas —dijo el médico—. Pero quédese aquí hoy. De todos modos se ha formado un buen embrollo en el centro: los conductores GPRT se proponen organizar otra huelga, la Guardia Nacional se ha hecho cargo de las líneas de tren y las noticias aseguran que se ha armado la gorda. Usted no se mueva. Yo debo irme, voy andando al trabajo, maldita sea, a diez minutos de aquí, al complejo de viviendas estatales que hay en Macadam. —La cama acusó el momento en que el médico se levantó—. ¿Sabe que hay doscientos sesenta niños sólo en ese complejo aquejados de kwashiorkor? Lo ocupan familias de ingresos bajos o que viven gracias al paquete de ayuda básica, y no comen proteínas. ¿Qué coño se supone que puedo hacer yo al respecto? He cursado cinco solicitudes distintas para que proporcionen a esos niños la ración proteica mínima, pero no hay manera, es un lodazal de papeleo y de excusas. La gente que vive gracias al paquete de ayuda básica puede permitirse comprar la comida necesaria, me dicen una y otra vez. Claro, pero ¿y si no la encuentran? En fin, a la mierda. Voy, les pongo inyecciones de vitamina C e intento fingir que la hambruna no es más que escorbuto...

Se cerró la puerta. La cama volvió a dar un bote cuando Mannie tomó asiento donde antes se había acomodado el médico. Se extendió un olor débil, dulzón, como a hierba recién segada. De la oscuridad de los ojos cerrados, de la niebla que lo cubría todo a su alrededor, la voz de Mannie comentó, distante:

—¿No es cojonudo estar vivo?

2

El portal de Dios es la no existencia.

CHUANG TSE: XXIII

La consulta del doctor William Haber no tenía vistas al monte Hood. Era una *suite* situada en la sexagésima tercera planta de la Willamette East Tower, y no tenía vistas a nada. Pero una de las paredes sin ventanas lo ocupaba un enorme mural fotográfico del monte Hood, y era esto lo que miraba el doctor Haber cuando se comunicaba con su recepcionista.

—¿Quién es ese tal Orr que vendrá después, Penny? ¿Es el histérico con síntomas de lepra?

Tan sólo se encontraba a un metro de distancia al otro lado de la pared, pero un sistema de comunicación interna, como un diploma en la pared, inspiraba confianza en el paciente tanto como en el propio doctor. Y no es propio de un psiquiatra abrir la puerta y vocear: «¡Siguiente!».

—No, doctor, ése es el señor Greene, mañana a las diez. Éste es el paciente que nos envía el doctor Walters, de la Facultad de Medicina, un caso de TTV.

—Abuso de medicamentos. De acuerdo. Aquí tengo el historial. Muy bien, pues hágalo pasar cuando llegue.

Estaba hablando cuando oyó el chirrido del ascensor que se detuvo en la planta y el ruido de las puertas al abrirse; le siguió el rumor de unos pasos, el titubeo, el leve gemido de la puerta principal. Ahora que prestaba atención, alcanzó a oír puertas, máquinas de escribir, voces, alguien que tiraba de la cadena del cuarto de baño, todo ello en las oficinas que se distribuían arriba y abajo del pasillo, encima de él y debajo de él. El truco consistía en aprender a no oírlos. Las únicas compartimentaciones sólidas que quedaban estaban dentro de su cabeza.

Penny se encargaba de la rutina de la primera visita con el paciente, y mientras esperaba, el doctor Haber contempló de nuevo el mural y se preguntó cuándo habrían tomado esa fotografía. Cielo azul, nieve desde la falda hasta el pico de la colina. Años atrás, en los sesenta o los setenta, sin duda. El efecto invernalero había sido bastante gradual, y Haber, nacido en 1962, recordaba con claridad los cielos azules de su infancia. Hoy en día, las nieves perpetuas habían desaparecido de las montañas de todo el mundo, incluso en el Everest, incluso el Erebus, insigne en la inmensidad de la costa antártica. Claro que cabía la posibilidad de que hubiesen coloreado una fotografía moderna, falsificado el cielo azul y la cumbre blanca; imposible saberlo.

—¡Buenas tardes, señor Orr! —saludó, levantándose con una sonrisa pero sin tenderle la mano, ya que eran muchos los pacientes que temían el contacto físico.

El paciente retiró inseguro la mano que había estado a punto de tender, manoseó con gesto nervioso el collar, y dijo:

—¿Cómo está? —El collar era la habitual cadena larga de acero bañado en plata. Vestía con normalidad, el atuendo de cualquier oficinista; un corte de pelo clásico a la altura de los hombros, la barba corta. Pelo claro, igual que los ojos, un tipo de baja estatura y complexión delgada, piel clara, algo mal alimentado, buena salud, entre veintiocho y treinta y dos años. Nada agresivo, calmo, tímido, reprimido, convencional. El periodo más valioso de la relación con un paciente, aseguraba a menudo Haber, era el que transcurría durante los primeros diez segundos.

—Siéntese, señor Orr. ¡Perfecto! ¿Fuma usted? Los de filtro marrón son *tranks*, los blancos *denicks*. —Orr no fumaba—. Y ahora veamos si estamos en sintonía respecto a su situación. Control HEW quiere saber por qué ha estado usted tomando prestadas las tarjetas farmacéuticas de sus amigos para obtener más estimulantes y tranquilizantes en las dispensadoras automáticas de los que tiene asignados, ¿verdad? De modo que lo han enviado a los muchachos de la colina, quienes a su vez han recomendado el llamado tratamiento terapéutico voluntario, y me lo han enviado para llevar a cabo la terapia. ¿Correcto?

Fue consciente de su propio tono afable, desenvuelto, calculado, para tranquilizar a su interlocutor; sin embargo, éste estaba lejos de considerarse sosegado. Pestañeaba a menudo, incluso sentado su postura era tensa, la posición de las manos demasiado formal: imagen clásica del nerviosismo contenido. Asintió como si al mismo tiempo tragara saliva con dificultad.

—Vale, de acuerdo, hasta aquí no hay nada fuera de lo normal. Si hubiese estado acumulando pastillas para vendérselas a adictos o cometer con ellas un asesinato, tendría serios problemas. Pero como únicamente las ha consumido, ¡su castigo no pasa de verse obligado a hacer unas cuantas sesiones conmigo! Por supuesto, lo que quiero saber es por qué las ha estado tomando, para que juntos podamos dar con una pauta mejor para usted que lo mantenga dentro de los límites de dosificación de su propia tarjeta farmacéutica, para empezar, y quizá, por otra parte, llegar incluso a librarse del menor asomo de dependencia. En fin, en cuanto a su pauta... —Paseó la mirada por el informe remitido por la Facultad de Medicina—. Consistía en tomar barbitúricos durante un par de semanas y pasar durante unas noches a tomar dextroanfetamina, antes de volver a los barbitúricos. ¿Cómo empezó con esta pauta? ¿Insomnio?

—Duermo bien.

—Pero tiene pesadillas.

El hombre levantó la mirada asustado: un destello de puro terror. Prometía ser un caso sencillo. Carecía de defensas.

—Algo así —dijo con voz ronca.

—Fácil suposición para mí, señor Orr. Generalmente, me envían a los soñadores. —Dirigió una sonrisa torcida al hombrecillo—. Soy especialista en sueños.

Literalmente. Un onirólogo. El sueño y los sueños son mi campo. De acuerdo, ahora pasaré a la siguiente suposición, que consiste en afirmar que empleó usted el fenobarbital para inhibir los sueños, pero descubrió que con el uso la medicación surtía cada vez menos efecto, hasta que no le sirvió de nada. Algo parecido a lo que le pasó con la dexedrina. Por eso las fue alternando, ¿verdad?

El paciente asintió, tenso.

—¿Por qué siempre el periodo en que tomaba dexedrina era más corto?

—Me volvía asustadizo.

—Claro que sí. Y esa última combinación de dosis que tomó fue extraordinaria. Pero no de por sí peligrosa. Da lo mismo, señor Orr, usted hizo algo muy arriesgado.

—Hizo una pausa para que las palabras calaran en el paciente—. Se privaba a sí mismo de los sueños.

El paciente asintió de nuevo.

—¿Intenta usted, señor Orr, privarse de comida y agua? ¿Ha intentado, últimamente, ver cómo se las apaña sin oxígeno?

Mantuvo el tono jovial, y el paciente logró esbozar una sonrisa breve de infelicidad.

—Sabe que necesita dormir. Igual que necesita alimentos y agua y oxígeno. Pero ¿se ha dado cuenta de que no basta con dormir, que su cuerpo insiste con el mismo encono en disfrutar de una parte del sueño que usted sueña? Si se priva sistemáticamente de los sueños, su cerebro obrará con usted de forma extraña. Lo volverá irritable, furibundo, incapaz de concentrarse... ¿Le suena familiar? ¡No sólo era cosa de la dexedrina! Se volverá susceptible de soñar despierto, aumentarán sus tiempos de respuesta, se volverá olvidadizo, irresponsable y proclive a fantasías paranoides. Por último, lo forzaré a soñar, sin importar lo que usted pueda hacer para evitarlo. No tenemos medicación que le impida soñar sin causarle la muerte. Por ejemplo, el alcoholismo extremo puede provocar una condición llamada mielinólisis central pontina, que es mortal; una de sus causas es una lesión en el tronco del encéfalo consecuencia de la falta de sueños. ¡No se debe a que no pueda dormir! Sino a la falta de ese estado tan específico que se produce durante el sueño, el estado del sueño, el sueño REM, el estado d. Bien, usted no es alcohólico, y no está muerto, por tanto sé que sea lo que sea lo que haya podido tomar para inhibir sus sueños, tan sólo ha funcionado de manera parcial. Por tanto, a) tiene una lamentable forma física debida a la privación gradual del sueño, y b) ha estado recorriendo un callejón sin salida. Veamos: ¿qué le ha hecho tomar ese camino? ¿El miedo a los sueños, a las pesadillas, entiendo, o a algo que usted considera como tales? ¿Podría decirme algo respecto a estos sueños?

Orr titubeó.

Haber abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Muy a menudo sabía lo que iban a decir sus pacientes y podía expresarlo mucho mejor que ellos. Pero lo que contaba era que dieran el paso. Él no podía darlo por ellos. Después de todo, toda esa charla era

un mero preliminar, un ritual, un vestigio de la época floreciente del análisis; su única función consistía en ayudarlo a decidir cómo debía socorrer a su paciente; si se indicaba un condicionamiento positivo o negativo, y qué debía hacer.

—No creo que tenga más pesadillas que cualquier hijo de vecino —decía Orr, mirándose las manos—. Nada del otro mundo. Tengo miedo a... soñar.

—¿A soñar pesadillas?

—A soñar cualquier cosa.

—Comprendo. ¿Tiene idea de cómo se desató ese miedo? O qué es aquello a lo que teme usted, lo que desea evitar.

Como Orr no respondió de inmediato, sino que permaneció sentado contemplándose las manos de piel rosada, pulcramente dispuestas sobre las rodillas, Haber optó por darle un empujoncito.

—¿Es la irracionalidad, la anarquía, en ocasiones la inmoralidad de los sueños? ¿Se trata de algo que lo incomode?

—Sí, en cierto modo, sí. Pero por un motivo concreto. Verá, aquí... Aquí, yo...

He ahí el quid de la cuestión, la cerradura, pensó Haber, que también le miraba las manos tensas. Pobre desgraciado. Tiene sueños húmedos, y se siente culpable por ello. Enuresis nocturna, una madre compulsiva...

—A partir de aquí dejaré de creerme.

El hombrecillo estaba más enfermo de lo que parecía.

—Al hombre que trata los sueños tanto despierto como dormido no le preocupa demasiado creer o no, señor Orr. No son categorías a las que se suela recurrir habitualmente. No se aplican. Así que ignore ese detalle y prosiga. Estoy muy interesado.

¿Había sonado más paternalista de la cuenta? Miró a Orr para comprobar si lo había malinterpretado, y cruzó un instante la mirada con él. Ojos extraordinariamente hermosos, pensó Haber, a quien le sorprendió haber recalado en esa palabra, ya que la belleza tampoco era una categoría a la que soliese recurrir. El iris era azul o gris, muy claro, como transparente. Por un instante, Haber no se contuvo y miró aquellos ojos claros y huidizos; pero sólo un instante, de modo que la extrañeza de aquella experiencia apenas quedó registrada en su mente consciente.

—Bueno —continuó Orr, hablando con cierta determinación—. He tenido sueños que... que han afectado... al mundo de los nosueños. Al mundo real.

—Eso nos pasa a todos, señor Orr.

Éste se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. La honestidad personificada.

—El efecto de los sueños de quienes acaban de despertar del estado d en el nivel general emocional de la psique puede ser...

Pero el hombre honesto lo interrumpió.

—No, no me refería a eso. —Y, tartamudeando un poco, añadió—: Me refería a que soñé algo que se hizo realidad.

—Eso no cuesta tanto de creer, señor Orr. Se lo digo muy en serio. Hasta el auge del pensamiento científico nadie se había sentido inclinado a poner en duda semejante afirmación, y menos aún a no creer que fuese cierta. Los sueños profé...

—No me refiero a sueños proféticos. No puedo predecir nada. Sencillamente, cambio cosas. —Había crispado las manos tensas en puños. No le extrañó que los jefazos de la Facultad de Medicina lo hubiesen enviado ahí. Siempre enviaban a Haber a los chalados con los que no podían bregar.

—¿Puede ponerme un ejemplo? A ver, ¿sería usted capaz de decirme cuál fue la primera vez que tuvo un sueño de esas características? ¿Qué edad tenía?

El paciente titubeó un buen rato hasta que finalmente dijo:

—Fue a los dieciséis, creo. —Seguía comportándose de forma dócil; aparentaba sentir un temor considerable ante el tema, pero no se mostraba hostil ni se ponía a la defensiva ante las indagaciones de Haber—. No estoy seguro.

—Hábleme de la primera vez de la que esté seguro.

—Fue con diecisiete años. Vivía en casa de mis padres, y la hermana de mi madre pasaba una temporada con nosotros. Se estaba divorciando y no trabajaba, dependía del paquete de ayuda básica. Estaba como en medio de todo. Era un apartamento normal de tres habitaciones, y siempre estaba en medio. Mi madre se subía por las paredes. Me refiero a que tía Ethel no era considerada. Se tiraba horas en el baño, y es que aún teníamos cuarto de baño privado en ese apartamento. Y no dejaba de jugar conmigo. Medio en broma. Entraba en mi cuarto con sólo la parte inferior del pijama puesta, y... Tenía unos treinta años. Me ponía tenso. Yo entonces no me había echado novia y... bueno, ya sabe: adolescentes. No cuesta mucho calentar a un crío. Yo me sentía molesto. Después de todo era mi tía.

Levantó la vista para mirar a Haber y asegurarse de que el doctor fuera consciente de qué era lo que lo había molestado y que no desaprobaba ese sentimiento. La insistente permisividad de finales del siglo xx había desembocado en tanta culpabilidad sexual y miedo al sexo en sus herederos como la insistente represión de finales del siglo xix. Orr temía que a Haber pudiera sorprenderlo que no hubiese estado dispuesto a acostarse con su tía. Haber mantenía una expresión neutral pero interesada, y Orr continuó:

—Verá, yo tenía muchos sueños fruto de la ansiedad, y mi tía figuraba en todos ellos. Por lo general, disfrazada del modo en que aparece la gente a veces en los sueños; en una ocasión era un gato blanco, aunque yo sabía que se trataba de Ethel. En fin, una noche, por último, cuando logró convencerme de que la llevase al cine, e intentó que la tocara, y después, cuando ya en casa mariposeó alrededor de mi cama, diciendo que mis padres dormían como troncos y todo eso... Bueno, pues una vez hube logrado sacarla del cuarto y ponerme a dormir, tuve este sueño. Uno muy vívido. Era capaz de recordarlo a la perfección cuando desperté. Soñé que Ethel había muerto de resultas de un accidente de tráfico en Los Ángeles, y que llegaba el telegrama. Mi madre lloraba mientras intentaba preparar la comida, y yo lo sentía

mucho por ella, y no dejaba de desear poder hacer algo para consolarla, pero no sabía qué. Eso fue todo... Sólo que al levantarme fui al comedor. No había ni rastro de Ethel en el sofá. No había nadie más en el apartamento, aparte de mis padres y yo. Ella no estaba allí. Nunca lo había estado. No fue necesario preguntar. Lo recordaba todo perfectamente. Sabía que tía Ethel había muerto como consecuencia de un accidente de tráfico en un choque de vehículos en una autopista de Los Ángeles hacía seis semanas, cuando regresaba a su casa después de visitar a un abogado por lo de su divorcio. Nos habíamos enterado de la noticia gracias a un telegrama. Todo el sueño era una especie de revisión de algo que había sucedido en el mundo real. Pero no había sucedido. Hasta que lo soñé. Quiero decir que también era consciente de que ella había estado viviendo con nosotros, durmiendo en el sofá de la sala de estar, hasta aquella pasada noche.

—¿No había nada que lo demostrara?

—No. Nada en absoluto. Era como si nunca hubiera estado allí. Nadie se acordaba de su estancia excepto yo. Y en ese nuevo presente yo me equivocaba.

Haber asintió, reflexivo, acariciándose la barba. Lo que parecía un caso leve de drogodependencia se antojaba ahora una aberración grave, aunque hasta el momento nunca le habían expuesto un conjunto de delirios con tanta franqueza. Orr podía ser un esquizofrénico inteligente que recitaba un papel y luego le seguía el juego con la inventiva y la astucia de un esquizofrénico; pero carecía del menor atisbo de arrogancia interna de quienes padecían esta enfermedad, comportamiento del que Haber era muy consciente.

—¿Por qué cree que su madre no reparó en que la realidad había cambiado desde la noche anterior?

—Verá, ella no lo soñó. Me refiero a que el sueño cambió de veras la realidad. Hizo una nueva realidad, con efectos retroactivos, de la que ella había formado parte desde el principio. Al estar presente en ella, no guardaba ningún recuerdo de la existencia de otra. Yo sí, yo recordaba ambas, porque yo estuve... ahí... en el momento en que se produjo el cambio. Es la única explicación que se me ocurre. Sé que no tiene sentido. Pero debo buscar una explicación o enfrentarme al hecho de que me he vuelto loco.

No, ese tipo no era un pusilánime.

—No soy de los que juzgan, señor Orr. A mí me interesan los hechos. Y los sucesos de la mente, créame, son hechos para mí. Cuando se ve el sueño de otra persona mientras lo sueña, grabado en blanco y negro, en el electroencefalograma, tal como yo he hecho diez mil veces, no se refiere uno a los sueños como a algo «irreal». Existen; son sucesos; dejan huella a su paso. Entonces... ¿debo dar por hecho que usted ha tenido otros sueños que han parecido tener este mismo efecto?

—Algunos. No por largos periodos de tiempo. Sólo cuando estaba sometido a estrés. Pero tenía la impresión de que pasaba cada vez más a menudo. Empecé a asustarme.

Haber se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué?

Orr lo miró sin entender.

—¿Por qué se asustó?

—¡Porque no quiero cambiar las cosas! —respondió Orr, como quien afirma algo muy muy obvio—. ¿Quién soy yo para entrometerme en cómo funcionan las cosas? Y es mi inconsciente lo que las altera, sin la intervención de un control inteligente. He intentado la autohipnosis, pero no sirvió de nada. Los sueños son incoherentes, egoístas, irracionales; inmorales, tal como ha dicho usted hace un momento. Proviene de nuestra parte antisocial, al menos en parte, ¿o no? No quería matar a la pobre Ethel. Tan sólo quitarla de en medio. Sucede que en un sueño eso tiende a producirse de forma drástica. Los sueños son atajos. La maté. En un accidente de tráfico sucedido a miles de kilómetros, seis semanas atrás. Soy responsable de su muerte.

Haber volvió a acariciarse la barba.

—Lo que nos lleva a los fármacos inhibidores de sueños —dijo lentamente—. Con tal de que evite mayores responsabilidades.

—Sí. Los medicamentos impiden que los sueños se formen y se vuelvan vívidos. Sólo son algunos, los más intensos, los que se vuelven... —pareció buscar la palabra adecuada— efectivos.

—De acuerdo. Muy bien. Ahora, veamos: es soltero; trabaja de diseñador en la empresa energética Bonneville-Umatilla. ¿Le gusta su trabajo?

—Está bien.

—¿Qué tal su vida sexual?

—Me casé a prueba. Rompimos el verano pasado, después de un par de años.

—¿Fue cosa suya o de ella?

—Mutuo. Ella no quería tener hijos. Yo no tenía pasta para estar casado.

—¿Y desde entonces?

—Bueno, hay algunas chicas en la oficina, pero no soy precisamente un donjuán.

—¿Qué me dice de las relaciones interpersonales en general? ¿Tiene la sensación de relacionarse satisfactoriamente con otras personas, de haberse hecho un hueco en el ecosistema emocional de su entorno?

—Supongo.

—Por tanto, usted diría que su vida no tiene nada de malo, ¿verdad? Muy bien. Ahora dígame: ¿quiere, y me refiero a si lo quiere de verdad, abandonar su dependencia de los medicamentos?

—Sí.

—Muy bien, estupendo. A ver, ha estado tomando esa medicación porque no quería soñar. Pero no todos los sueños son peligrosos; sólo algunos, los más vívidos. Usted ha soñado que su tía Ethel era un gato blanco, pero a la mañana siguiente no se había convertido en uno, ¿verdad? Eso significa que hay sueños que son... seguros.

Esperó a que Orr asintiera antes de continuar.

—Bueno, pensemos en lo siguiente. ¿Qué le parecería si pusiésemos a prueba todo esto y averiguásemos, tal vez, cómo soñar sin incidentes, sin miedo? Permítame explicarme. Emocionalmente ha cargado las tintas en todo este asunto de soñar. Tiene literalmente miedo de soñar porque tiene la sensación de que una parte de sus sueños poseen esa capacidad de afectar a la vida real de modos que no puede usted controlar. Puede que sea una metáfora elaborada, cargada de significado, por medio de la cual su inconsciente intente decirle a la parte consciente de su mente algo relativo a la realidad, a su realidad, a su vida, que no está usted preparado de forma racional a aceptar. Pero podemos interpretar de manera literal la metáfora; no hay necesidad de traducirla, en este punto, en términos racionales. Su problema actual es el siguiente: tiene miedo de soñar, y no obstante necesita hacerlo. Ha tomado medicamentos para inhibir los sueños, pero no ha funcionado. Muy bien, intentemos todo lo contrario. Hagamos que sueñe de manera intencionada, intensa, vívidamente, aquí mismo. Bajo mi supervisión, en un entorno controlado. Para que pueda usted asumir el control de algo que parece escapársele de las manos.

—¿Cómo puedo soñar de forma voluntaria, ordenada? —preguntó Orr con gran desasosiego.

—¡Puede hacerlo en el Palacio de los Sueños del doctor Haber! ¿Lo han hipnotizado alguna vez?

—En el dentista.

—Estupendo. Muy bien, he aquí el sistema: yo lo someto a trance hipnótico y le sugiero que concilie el sueño, que sueñe e incluso lo que debe soñar. Se pondrá el casco de trance para asegurarnos de que duerma de verdad, de que no sólo se someta a un hipnotr trance. Yo lo observaré mientras sueñe, tanto visualmente como por medio del EEG, el electroencefalograma, y lo haré de manera continua. Lo despertaré y comentaremos cómo ha sido su experiencia. Y si el proceso se ha desarrollado de manera segura, quizá la próxima vez se sienta menos reacio a enfrentarse a los sueños.

—Pero aquí no necesariamente tendré uno de esos sueños. Tan sólo se dan una de cada varias docenas de veces, incluso cientos de ellas. —Las racionalizaciones de Orr eran muy consistentes.

—Aquí podrá soñar cualquier cosa. El contenido del sueño y su efecto pueden controlarlos en su práctica totalidad un sujeto motivado y un hipnotizador que cuente con los conocimientos adecuados. Llevo haciéndolo diez años. Y usted estará ahí conmigo porque llevará un casco de trance. ¿Alguna vez se ha puesto uno?

Orr negó con la cabeza.

—Pero sabrá lo que son.

—Envían una señal a través de electrodos que estimula al... cerebro para que la acompañe.

—Más o menos, sí. Los rusos llevan cincuenta años utilizándolos, los israelíes lo han mejorado; finalmente, nos sumamos al esfuerzo y masificamos la producción para su uso profesional para calmar a pacientes psicóticos y para su uso en los hogares destinado a la inducción del sueño o el trance alfa. Verá, estuve trabajando hace un par de años con una paciente que sufría una profunda depresión en OTT en Linnton. Como muchos depresivos, era incapaz de conciliar el sueño y no disfrutaba en concreto de la cantidad suficiente de sueño en estado d, del sueño que permite soñar. Siempre que entraba en el estado d tenía tendencia a despertarse. Era un efecto de círculo vicioso: el aumento de la depresión equivalía a menos sueños; menos sueños daban pie a un aumento del estado depresivo. Había que romperlo. ¿Cómo? No disponemos de medicación que estimule el sueño d. ¿Recurrir a la EEC, la estimulación eléctrica cerebral? Eso suponía la implantación de electrodos, y muy profundamente, para alcanzar los centros del sueño; aunque era preferible evitar una operación. Empleé con ella el casco de trance para incentivar el sueño. ¿Y si hiciese la señal difusa de baja frecuencia más concreta, dirigida localmente a la zona específica del cerebro? Ah, por supuesto, doctor Haber, he ahí una gran idea. Pero, de hecho, en cuanto hube llevado a cabo la necesaria investigación sobre electrónica, tardé únicamente dos meses en diseñar la maquinaria básica. Entonces intenté estimular el cerebro del paciente con una grabación de las ondas cerebrales procedente de un sujeto saludable sumido en los estados apropiados, las diversas etapas del sueño y de los sueños. No hubo suerte. Descubrí que una señal procedente de otro cerebro podía o no producir una respuesta por parte del sujeto; había que aprender a generalizar, hacer una especie de promedio extraído de cientos de grabaciones de ondas cerebrales. A continuación, mientras trabajo en el paciente, vuelvo a ajustarlo. A medida. Siempre que el cerebro del sujeto hace lo que yo quiero que haga más a menudo, grabo ese momento, lo aumento, lo agrando y lo prolongo, lo reproduzco y estimo el cerebro para que siga la pista de sus propios impulsos más saludables, si sabe usted a qué me refiero. A ver, todo eso implica una ingente cantidad de análisis de resultados, de modo que el simple casco de trance EEG plus acabó por convertirse en esto. —Hizo un gesto para señalar el bosque electrónico situado a espaldas de Orr. Lo había ocultado en gran medida tras un panel de plástico, ya que a menudo a los pacientes los asustaba la maquinaria o se identificaban demasiado con ella, a pesar de que seguía ocupando casi una cuarta parte de la consulta—. Ésa es la Máquina de los Sueños —manifestó con una sonrisa torcida—, o dicho de forma más prosaica, el Aumentador; y lo que hará por usted será asegurarse de que vaya a dormirse y que tenga un sueño tan breve, tan ligero o intenso como queramos. Ah, por cierto, debo añadir que la paciente aquejada de depresión recibió el alta de Linnton este pasado verano, definitivamente curada. —Se inclinó hacia adelante—. ¿Quiere probarlo?

—¿Ahora?

—¿Por qué esperar?

—Pero no puedo quedarme dormido a las cuatro y media de la tarde. —Se quedó mirando la nada, embobado. Haber había estado rebuscando en el cajón del escritorio, de cuyo interior sacó un papel: el formulario de consentimiento a la hipnosis que exigía el HEW. Orr aceptó el bolígrafo que Haber le tendía, firmó el documento y dejó ambas cosas sobre la mesa.

—Muy bien. Estupendo. Ahora dígame, George: ¿utiliza su dentista la hipnocinta, o es uno de esos tipos aficionados al bricolaje?

—Cinta. Soy un tres en la escala de susceptibilidad.

—En la mitad de la gráfica, ¿eh? Bueno, para que las sugerencias respecto al contenido del sueño funcionen de manera adecuada, queremos un trance bastante profundo, cosa que proporcionará el Aumentador, pero queremos asegurarnos de que la sugestión sea muy profunda. Así que, para evitar pasarnos horas sólo con el acondicionamiento para que acceda al trance profundo, emplearemos la inducción v-c. ¿Lo ha visto en alguna ocasión?

Orr hizo un gesto de negación. Parecía inquieto, pero no puso ninguna objeción. Había un aspecto pasivo, de aceptación, que se antojaba femenino, incluso pueril. Haber reconoció en sí mismo una reacción protectora/intimidante hacia aquel hombre físicamente inferior y sumiso. Era fácil dominarlo, mostrarse paternalista con él, hasta un punto irresistible.

—Lo utilizo en la mayoría de los pacientes. Es rápido y seguro, con diferencia el mejor método para inducir la hipnosis, y el que menos problemas plantea tanto para el hipnotista como para el sujeto.

Orr habría oído por ahí las historias que se contaban sobre pacientes que habían sufrido daños cerebrales o fallecido de resultas de una inducción de v-c prolongada o mal administrada, y aunque tales miedos no se aplicaran en ese caso, Haber debía aplacarlos, u Orr se resistiría al proceso inductivo. De modo que continuó con la cháchara, describiendo los cincuenta años de historia del método de inducción v-c, desviándose por completo del asunto de la hipnosis, antes de volver a tocar el tema del sueño y los sueños, con tal de distraer la atención de Orr del proceso inductivo e ir directo al meollo del asunto.

—Verá usted, aquí el hueco que debemos cubrir es el abismo que separa la condición de vigilia o trance hipnótico y el estado de sueño. Ese abismo tiene un nombre común: sueño. Sueño normal, el estado s, sueño noREM, cualquiera que sea el nombre que quiera darle. Veamos, existen a grandes trazos cuatro estados mentales que deben preocuparnos: la vigilia, el trance, el sueño s, el estado d y el estado hipnótico comparten algo en común: sueño, sueños y trance desatan la actividad del subconsciente, la mente oculta; tienden a emplear un pensamiento de proceso primario, mientras que la mentación de la vigilia pasa a ser un proceso secundario, racional. Pero ahora mire las grabaciones del EEG de los cuatro estados. Ahora son el estado d, el trance y el estado de vigilia los que tienen mucho en común, mientras que el estado s, el sueño, es totalmente distinto. Y no puede pasar directamente del trance

al sueño auténtico del estado d. El estado s debe intervenir. Normalmente, sólo accedemos al estado d cuatro o cinco veces por noche, cada una o dos horas, y sólo durante un cuarto de hora cada vez. El resto del tiempo lo pasamos en un estadio u otro del sueño normal. Y ahí soñamos, pero por lo general no solemos hacerlo de forma vívida; la mentación en el sueño s es como un motor al ralentí, una especie de murmullo constante de imágenes y pensamientos. Lo que buscamos son los sueños memorables, cargados de emociones, vívidos, del estado d. Nuestra hipnosis sumada al Aumentador garantizará que los obtengamos, que superemos el abismo temporal y neurofisiológico del sueño, hasta los sueños. Así que necesitamos que se tumbe aquí en el sofá. Mi campo lo encabezaron en su momento Dement, Aserinsky, Berger, Oswald, Hartmann y otros más, pero lo del sofá lo sacamos directamente de papá Freud. Sin embargo, lo utilizamos para dormir en él, algo a lo que el señor Freud ponía objeciones. Veamos, lo que pretendo, para empezar, es que se siente al pie del sofá. Sí, eso es. Pasará ahí un rato, hasta que se sienta cómodo. Ha dicho haber probado la autohipnosis, ¿verdad? De acuerdo, adelante, utilice las técnicas que ha empleado para eso. ¿Qué le parece lo de respirar hondo? Cuente hasta diez mientras inhala, retenga el aire hasta cinco; sí, así, excelente. Mire usted al techo, justo sobre su cabeza. Así, muy bien.

Mientras Orr inclinaba obediente la cabeza, Haber, situado cerca de él, extendió el brazo para apoyar con suavidad la mano izquierda tras la nuca del paciente, para ejercer una firme presión con el pulgar primero detrás de una oreja para pasar después a la siguiente, todo ello mientras con el pulgar derecho y el índice pellizcaba con fuerza la garganta desnuda, justo al pie de la barba rubia, donde discurrían el nervio vago y la carótida. Fue consciente de la piel delgada, cetrina, al contacto con los dedos; sintió el primer movimiento a medio camino entre el susto y la protesta, y luego comprobó cómo se le cerraban los ojos. Experimentó la emoción de constatar su propia pericia, su dominio instantáneo del paciente, mientras murmuraba con suavidad:

—Va a dormirse ahora. Cierre los ojos, duerma, relájese, ponga la mente en blanco; va a quedarse dormido, está relajado, relaje los músculos, relájese, déjese llevar...

Y Orr cayó hacia atrás en el sofá como si alguien hubiese abierto fuego sobre él, con la mano derecha colgando del costado.

Haber se arrodilló de inmediato a su lado, sin apartar la diestra de los puntos de presión y sin dejar de susurrar la rápida letanía de sugestión:

—Ahora está en trance, no duerme sino que se ha sumido en un profundo trance hipnótico que no abandonará ni del que despertará hasta que yo le diga que lo haga. Ahora está en trance, y va a sumirse más y más en él, a pesar de lo cual podrá oír mi voz y seguir mis instrucciones. Después, bastará con que le toque la garganta, tal como hago en este momento, para que entre usted de inmediato en trance. —Repitió estas instrucciones antes de añadir—: Cuando yo le diga que abra los ojos, usted lo

hará, y verá una bola de cristal flotando delante de usted. Quiero que concentre su atención en ella, y que mientras lo haga continúe adentrándose en el trance. Ahora abra los ojos, sí, estupendo, y avíseme cuando vea la bola de cristal.

Los ojos claros, que parecían mirar hacia el interior, miraron más allá de Haber, a la nada.

—Ya —dijo en voz muy baja el hipnotizado.

—De acuerdo. Siga mirándola, y respire con regularidad. No tardará en entrar en un trance muy profundo...

Haber levantó la vista hacia el reloj. Todo aquello apenas les había llevado un par de minutos. Estupendo; no le gustaba perder el tiempo en los preámbulos cuando lo importante era alcanzar el fin deseado. Mientras que Orr permanecía tumbado, contemplando la imaginaria bola de cristal, Haber se levantó y empezó a colocarle el casco de trance modificado, que retiró y volvió a colocar con tal de ajustar los diminutos electrodos y posicionarlos en el cuero cabelludo por debajo de la densa mata de pelo castaño claro. Siguió hablando en voz baja, haciendo sugerencias y, de vez en cuando, formulando preguntas para que Orr no se quedara dormido aún. En cuanto hubo colocado el gorro, puso en marcha el EEG, y se lo quedó mirando durante un rato para ver qué aspecto tenía ese cerebro.

Ocho de los electrodos del casco estaban conectados con el EEG; dentro de la máquina, ocho agujas gráficas tomaban continuamente nota de la actividad eléctrica cerebral. En la pantalla que Haber observaba, los impulsos se reproducían directamente como temblorosos garabatos blancos sobre gris oscuro. Podía aislar y agrandar uno, o comparar una pareja a voluntad. Nunca se cansaba de verlo, era como una película proyectada en una eterna sesión nocturna, el programa de Canal Uno.

No había rastro de las puntas agudas que buscaba, indicación de ciertas tipologías esquizoides. No se apreciaba nada fuera de lo normal en el conjunto de pautas, exceptuando cierta diversidad. Un cerebro simple produce un conjunto simple de pautas alternadas, y se contenta con repetirlas; ése no era un cerebro simple. Sus movimientos eran sutiles y complejos, y las repeticiones no eran frecuentes ni inalteradas. El ordenador del Aumentador las analizaría, pero hasta que viera el análisis, Haber no podía aislar un factor concreto a excepción de la complejidad que caracterizaba el conjunto.

Al ordenar al paciente que dejase de ver la bola de cristal y cerrase los ojos, obtuvo casi de inmediato una fuerte y clara señal alfa en doce ciclos. Jugó un poco más con el cerebro, obteniendo datos para el ordenador y poniendo a prueba la hondura hipnótica, y entonces dijo:

—Bueno, John... —No, ¿cómo coño se llamaba el sujeto?—. George. Dentro de un momento va a quedarse dormido. Va a conciliar un sueño profundo y también va a soñar, pero no se quedará dormido hasta que yo pronuncie la palabra «Amberes»; cuando la diga, se quedará dormido, y dormirá hasta que pronuncie su nombre tres veces. Una vez dormido, soñará, tendrá un buen sueño. Uno diáfano, agradable. No

habrá asomo de pesadilla en él, sino que será un sueño plácido, muy claro y vívido. Se asegurará de recordarlo cuando despierte. Soñará acerca de... —Titubeó unos instantes. No tenía nada planeado, lo había dejado en manos de la inspiración—. Soñará con un caballo. Un imponente bayo que galopa por el campo de un lado a otro. Tal vez monte usted a lomos del animal, o vaya en pos suyo, o quizá se limite a observarlo. Pero el sueño versará sobre un caballo. Un sueño vívido... —¿Cuál era la palabra que había empleado el paciente?—, efectivo, con un caballo. Después no soñará usted nada más; y cuando pronuncie su nombre tres veces despertará, sintiéndose muy tranquilo y descansado. Y ahora voy a ponerlo a dormir diciendo «Amberes».

Obedientes, las pequeñas líneas danzarinas en la pantalla empezaron a cambiar. Se volvieron más pronunciadas, más lentas; pronto aparecieron los ejes del sueño en su fase 2, y la promesa de un ritmo delta largo, profundo en su fase 4. Y a medida que los ritmos cerebrales experimentaron cambios, también lo hizo la materia pesada heredada por esa energía danzarina: las manos permanecían inertes sobre el pecho, que oscilaba con la respiración lenta; el rostro distante, inmóvil.

El Aumentador había obtenido un registro completo de las pautas del cerebro durante la vigilia, y ahora registraba y analizaba las pautas de sueño s; pronto sería testigo del arranque de las pautas de sueño d del paciente, e incluso sería capaz dentro de ese primer sueño de devolverlas al cerebro durmiente, amplificando sus propias emisiones. Podía estar haciéndolo en ese momento perfectamente. Haber había esperado un mayor lapso de tiempo, pero la sugerencia hipnótica, junto a la larga semiprivación del paciente de sueños, lo sumieron de inmediato en el estado d: en cuanto hubo alcanzado la fase 2, empezó el reascenso. Las lentas líneas oscilantes que mostraba la pantalla sufrieron puntuales temblores en puntos diversos; hubo puntas; empezaron a acelerarse y a danzar, adoptando un ritmo asincrónico y veloz. El puente troncoencefálico estaba activo, y la señal del hipocampo mostraba un ciclo de cinco segundos, el ritmo zeta, que hasta ese momento no había hecho acto de presencia en ese sujeto. Movi6 un poco los dedos; los ojos, tras los párpados cerrados, se movieron, mirando; separó los labios para exhalar un profundo suspiro. El durmiente soñaba.

Eran las 5.06 horas.

A las 5.11 horas Haber presionó el botón de apagado del Aumentador. A las 5.12 horas, al reparar en las puntas y ejes desiguales de la reaparición del sueño s, se inclinó sobre el paciente y pronunció claramente su nombre tres veces.

Orr suspiró, movió el brazo trazando un amplio gesto indefinido, abrió los ojos y se despertó. Haber retiró los electrodos de su cuero cabelludo con unos pocos gestos diestros.

—¿Se encuentra bien? —preguntó afable y con aplomo.

—Estupendamente.

—Y ha soñado. Eso se lo garantizo. ¿Puede contarme con qué ha soñado?

—Con un caballo —respondió Orr con voz ronca, presa aún del aturdimiento del sueño. Se incorporó—. Había un caballo. Ése —dijo, señalando la imagen del tamaño de una ventana que decoraba la pared de la consulta de Haber, fotografía del famoso caballo de carreras *Tammany Hall* disfrutando de un descanso en un prado cubierto de hierba.

—¿Qué es lo que ha soñado? —preguntó Haber, complacido. No había estado seguro de que la sugestión hipnótica hubiese funcionado en cuanto al contenido del sueño en una primera hipnosis.

—Caminaba por el campo, y el caballo permaneció a lo lejos un rato. Se me acercó entonces al galope, y de pronto caí en la cuenta de que iba a arrollarme. Pero no tenía ni pizca de miedo. Supuse que tal vez podía cogerlo de la brida, o montarlo y cabalgar. Sabía que no podía hacerme daño porque era el caballo de su pared, que no era de verdad. Era una especie de juego... Doctor Haber, ¿hay algo en esa imagen que le parezca... inusual?

—Verá, hay quienes la consideran demasiado dramática para la consulta de un loquero, algo apabullante. ¡Un símbolo sexual a tamaño real delante del sofá! —Rio.

—¿Estaba aquí hace una hora? Me refiero a si no era un paisaje del monte Hood cuando entré, antes de soñar con el caballo.

Dios mío es verdad era el monte Hood el tipo tenía razón.

No era el monte Hood no podía ser el monte Hood era un caballo era un caballo

Era una montaña

Un caballo era un caballo era...

Fijó los ojos en George Orr, lo miraba sin una expresión concreta, y debían de haber pasado varios segundos desde que Orr había formulado la pregunta, no debía mostrarse sorprendido, debía inspirar seguridad en sí mismo, él conocía todas las respuestas.

—George, ¿recuerda que la imagen de la pared era una fotografía perteneciente al monte Hood?

—Sí —respondió Orr con su habitual estilo desdichado pero impertérrito—. Lo recuerdo. Así era. Con nieve y todo.

—Hmm. —Haber asintió como si lo meditara, juicioso. Había cesado el frío terrible que se le había instalado en la boca del estómago.

—¿Usted no?

Los ojos del paciente, de un color tan impreciso como clara y directa era su mirada, eran los ojos de un psicópata.

—No, me temo que no. Es *Tammany Hall*, triple ganador en el ochenta y nueve. Echo de menos las carreras, qué vergüenza que las especies inferiores sean desplazadas por nuestros problemas alimentarios. Claro que un caballo constituye un anacronismo perfecto, pero me gusta esa imagen; posee vigor, fuerza, la imagen de algo que ha alcanzado su potencial en términos animales. Es una especie de ideal de lo que el psiquiatra aspira a conseguir en términos de la psicología humana, un

símbolo. Es la inspiración de la sugerencia que hice respecto al contenido de su sueño, por supuesto, porque resulta que lo estaba mirando... —Haber observó la pared de rojo. Pues claro que había un caballo—. Pero si quiere una tercera opinión, le preguntaremos a la señorita Crouch. Hace dos años que trabaja aquí.

—Dirá que siempre ha habido un caballo —afirmó Orr, tranquilo pero alicaído—. Siempre lo ha sido. Desde mi sueño. Siempre ha sido así. Pensaba que tal vez, puesto que fue usted quien me sugirió el sueño, podría haber conservado una doble memoria al respecto, como yo. Pero supongo que no lo ha hecho. —Pero los ojos, que ya no ocultaba, miraron de nuevo a Haber con esa claridad, esa contención, la súplica petición, calma y desesperada, de ayuda.

Estaba enfermo. Debía curarse.

—Me gustaría que volviese, George. Mañana mismo, a ser posible.

—Bueno, tengo trabajo...

—Salga una hora antes y acérquese a las cuatro. Está bajo el TTV. Dígaselo a su jefe y no sienta la menor vergüenza por ello. En uno u otro momento, el ochenta y dos por ciento de la población se somete a un TTV, por no mencionar al treinta y uno por ciento que lo hace al OTT. Venga a las cuatro y trabajaremos en su caso. Vamos a llegar a alguna parte con esto, ya lo verá. Aquí tiene una receta de meprobamato; mantendrá sus sueños a niveles muy bajos sin suprimir por completo el estado d. Podrá renovar la medicación en la autofarmacia cada tres días. Si tiene un sueño, o cualquier otra experiencia que lo asuste, llámeme, tanto si es de día como de noche. Pero dudo que lo haga, siempre y cuando se lo tome; y si decide trabajar conmigo en esto con empeño, no necesitará tomar medicamentos mucho más tiempo. No quedará ni rastro de sus problemas con los sueños, y se librá de ello para siempre. ¿De acuerdo?

Orr tomó la tarjeta IBM de la receta.

—Sería un alivio —dijo. Sonrió, fue una sonrisa vacilante, desdichada pero no carente de humor—. Hay otra cosa acerca del caballo —añadió.

Haber, que le sacaba una cabeza, inclinó un poco el cuello para mirarlo.

—Se parece a usted —afirmó Orr.

Haber levantó rápidamente la vista hacia el mural. Así era. Grande, saludable, peludo, castaño rojizo, al galope tendido.

—¿Es posible que el caballo de su sueño se me pareciera? —preguntó la viva y astuta imagen de la afabilidad.

—Sí, así es —confirmó el paciente.

Cuando se hubo marchado, Haber se sentó y levantó la vista, incómodo, hacia la fotografía de *Tammany Hall* que ocupaba la pared. Era demasiado grande para la consulta. Maldita sea, ¡ojalá pudiera permitirse una consulta que tuviese una ventana con vistas!

3

Llamamos a aquellos a quienes ayuda el cielo hijos del cielo. Esto no lo aprenden aprendiendo. No lo trabajan trabajando. No lo razonan empleando la razón. Supone un gran logro que la comprensión se detenga ante lo que no puede comprenderse. Aquellos que no puedan hacerlo serán destruidos en la rueda del cielo.

CHUANG TSE: XXIII

George Orr salió del trabajo a las tres y media y caminó hasta la estación de tren; no tenía coche. Ahorrando, podría haberse permitido un Volkswagen de vapor y pagar el impuesto por distancia recorrida, pero ¿para qué? En el centro no se permitía el acceso a automóviles, y él vivía en el centro. Había aprendido a conducir en los ochenta, pero nunca había tenido coche. Tomó el tren subterráneo de Vancouver de vuelta a Portland. Los vagones ya iban llenos; permaneció de pie lejos de los asideros, y mantenía el equilibrio únicamente por la presión que ejercían los cuerpos a su alrededor, levantado de vez en cuando, flotando mientras la fuerza de la multitud (m) excedía la fuerza de la gravedad (g). A su lado, un hombre que tenía un periódico ni siquiera había sido capaz de bajar los brazos y mantenía el rostro hundido en la sección de deportes. El titular de la primera plana: «FUERTE ATAQUE DE LOS A-1 CERCA DE LA FRONTERA AFGANA», y en letra más pequeña: «Amenaza de intervención afgana», miró a Orr a la cara durante seis paradas. El hombre del periódico se abrió paso hacia la salida y fue sustituido por un par de tomates en una bandeja verde de plástico, bajo la cual había una anciana que llevaba puesto un abrigo verde de plástico. La mujer se mantuvo pisando el pie izquierdo de Orr durante tres paradas más.

Salió con dificultad en la parada de East Broadway y se abrió paso durante cuatro manzanas a través de la muchedumbre recién salida del trabajo que iba en constante aumento hasta Willamette East Tower, una aguja imponente y llamativa de granito y cristal que competía con la obstinación de la maleza por la luz y el aire con la jungla de construcciones parecidas que la rodeaban. Poca luz y poco aire llegaban a pie de calle; lo que había era calor y una llovizna muy fina. La lluvia era una vieja tradición de Portland, pero el calor, los 21° C a principios de mayo, era algo moderno, el resultado de la polución. Los efluvios urbanos e industriales no se habían controlado a tiempo para invertir las tendencias acumulativas que había ya a mediados del siglo xx; llevaría varios siglos limpiar el CO₂ de la atmósfera, si es que era posible hacerlo. Nueva York se convertiría en una de las bajas del efecto invernadero, ya que el hielo polar seguía fundiéndose y el nivel del mar no dejaba de ascender. El grupo de áreas metropolitanas del nordeste estaba en peligro. Había ciertas compensaciones. La

bahía de San Francisco ganaba en altura y terminaría cubriendo los cientos de kilómetros cuadrados de vertedero y desperdicios depositados allí desde 1848. En lo que respecta a Portland, con ciento cincuenta kilómetros y la cadena costera del Pacífico entre la ciudad y el océano, no sufría amenaza por la subida del nivel del mar, sólo por el agua que caía.

Siempre había llovido en la parte occidental de Oregón, pero ahora lo hacía sin cesar, con constancia, con tibieza. Era como vivir bajo un aguacero de sopa caliente por toda la eternidad.

Las Nuevas Ciudades —Umatilla, John Day, French Glen— se repartían al este de la cordillera de las Cascadas, en lo que treinta años atrás había sido desierto. En verano hacía un calor del demonio, pero tan sólo se registraban 114 centímetros de lluvias anualmente, en contraste con los 290 de Portland. Era posible la explotación agropecuaria: el desierto florecía. French Glen contaba ahora con una población de siete millones. Portland, con sólo tres millones y sin potencial de crecimiento, se había rezagado mucho en la marcha del progreso. Eso no era nada nuevo para Portland. ¿Y qué importaba? La malnutrición, la superpoblación y la inmundicia extendida del ambiente eran la norma. Había más casos de escorbuto, tifus y hepatitis en las Viejas Ciudades, mayor índice de violencia entre bandas, crímenes y asesinatos en las Nuevas Ciudades. Las ratas gobernaban unas y la mafia gobernaba las otras. George Orr se quedó en Portland porque siempre había vivido allí, y porque no había tenido motivos para creer que la vida en ninguna otra parte fuese mejor, o cuando menos diferente.

La señorita Crouch, que le sonrió indiferente, lo acompañó al interior. Orr había pensado que las consultas de los psiquiatras, como las madrigueras de conejo, siempre tenían una puerta principal y una trasera. Ése no era el caso allí, pero dudaba que los pacientes se cruzasen a menudo unos con otros al entrar y salir. En la Facultad de Medicina le habían dicho que el doctor Haber tenía una modesta consulta psiquiátrica, ya que, principalmente, se dedicaba a la investigación. Eso había hecho que lo imaginara como un hombre con éxito, alguien que escogía a sus pacientes, y su jovialidad y autoridad confirmaron esa impresión. Pero hoy, ya menos nervioso, percibió más detalles. La consulta carecía de la combinación de acero inoxidable y cuero que sugiere el éxito económico, y tampoco mostraba la seguridad de la apatía científica de un cuchitril. Las sillas y el sofá eran de vinilo, el escritorio de metal con revestimiento de plástico y acabado de madera. No había nada que fuese de verdad. El doctor Haber, con sus dientes blancos, la melena castaña, enorme, lo saludó con estruendo:

—¡Buenas tardes!

Esa alegría no era fingida, sino exagerada. Emanaba una calidez, una extroversión reales; pero también contaba con el revestimiento de plástico del amaneramiento profesional, distorsionado por el uso poco espontáneo que hacía el doctor de sí mismo. Orr sentía el deseo de gustar y de ser de ayuda; pensó que el doctor no estaba

muy seguro de la existencia de nadie más, y quería demostrarse que existían ayudando al prójimo. Soltó un «¡Buenas tardes!» estruendoso porque nunca estaba muy seguro de que alguien fuese a responder. Orr quería decir algo cordial, pero nada de carácter personal parecía adecuado.

—Parece que Afganistán podría acabar metido en la guerra —dijo.

—Hmm. Eso ya se veía venir desde el pasado agosto. —Debió de prever que el médico estaría mejor informado que él sobre la actualidad internacional; por lo general se informaba a medias, con un retraso de tres semanas—. No creo que eso suponga un problema para los aliados —añadió Haber—, a menos que haga que Pakistán se decante por el bando iraní. En ese caso, quizá la India aportase más que una ayuda simbólica a los israegipcios. —Así era cómo denominaban en jerga televisiva a la alianza entre Israel y las Nuevas Repúblicas Árabes—. Creo que el discurso de Gupta en Delhi muestra que se está preparando por si eso sucede.

—No deja de extenderse —manifestó Orr, sintiéndose inepto y abatido—. Me refiero a la guerra.

—¿Eso le preocupa?

—¿Es que a usted no?

—Es irrelevante —replicó el doctor, esbozando su amplia sonrisa enmarcada por el pelo abundante de la barba. Era como un oso, como un gran dios oso, aunque seguía mostrándose cauto, desde ayer.

—Realmente lo hace. —Pero Haber no se había ganado esa respuesta; el interrogador no puede rehuir la pregunta asumiendo objetividad, como si las respuestas fuesen un objeto. Orr no mencionó en voz alta estos pensamientos; estaba en manos de un doctor, un profesional que, sin duda, sabría lo que se hacía.

Orr tenía tendencia a dar por sentado que la gente sabía lo que se hacía, quizá porque por regla general él daba por sentado que ése no era su caso.

—¿Ha dormido bien? —quiso saber Haber, sentándose bajo el casco trasero izquierdo de *Tammany Hall*.

—Bien, gracias.

—¿Qué le parece hacer otra visita al Palacio de los Sueños? —Lo observaba con atención.

—Claro, supongo que he venido a eso.

Vio que Haber se levantaba para rodear el escritorio, antes de tender la mano hacia su cuello, y nada más.

—... George...

Su nombre. ¿Quién lo llamaba? No era una voz que perteneciese a un conocido. Tierra seca, ambiente seco, el estampido de una voz extraña en su oído. Luz diurna, sin dirección. Ni vuelta atrás. Despertó.

La sala medio conocida; el hombretón medio conocido en su voluminoso Gernreich bermejo, la barba castaño-rojiza y la blanca sonrisa, los ojos oscuros, opacos.

—En el electroencefalograma me ha parecido un sueño breve pero intenso —dijo la voz grave—. Vamos a ver. Cuanto antes lo recuerde, más completo será el recuerdo.

Orr se incorporó, sintiéndose algo aturdido. Estaba sentado en el sofá. ¿Cómo había llegado allí?

—Pues no ha sido gran cosa. He soñado otra vez con el caballo. ¿Ha vuelto a decirme que soñara con ese animal mientras estaba hipnotizado?

Haber hizo un gesto con la cabeza, queriendo decir que sí o que no, y prestó atención.

—Esto era un establo. Esta sala. Había paja, un pesebre, un tridente en un rincón, y todo lo demás. El caballo estaba aquí. El animal...

El silencio expectante de Haber no daba pie a rehuir la cuestión.

—Hizo un tremendo montón de mierda. Marrón, humeante. Caca de caballo. Se parecía mucho al monte Hood, con esa pequeña joroba en la parte norte y todo lo demás. Estaba por toda la alfombra, y de algún modo se me acercaba por todos lados, así que dije: «No es más que la fotografía de la montaña», y entonces imagino que me desperté.

Orr levantó el rostro, mirando más allá del doctor Haber, al mural que había a su espalda, la fotografía del monte Hood que cubría la pared.

Era una imagen serena, más bien, plasmada en tonos apagados, tirando a pretenciosa: el cielo gris, la montaña de un pardo suave, con motas blancas cerca de la cima, y un primer plano cubierto de oscuras copas de árbol.

El doctor no miraba el mural. Estaba observando a Orr con aquellos ojos sagaces pero opacos. Rio cuando Orr hubo terminado, no mucho ni muy alto, sino tal vez con cierta emoción.

—¡Vamos avanzando, George!

—¿Hacia dónde?

Orr se encogió, sintiéndose ridículo, sentado en el sofá pero aturdido aún por el sueño, después de haberse quedado dormido ahí, probablemente boquiabierto y roncando, indefenso, mientras Haber observaba los engranajes secretos, las cabriolas de su cerebro, y le decía lo que debía soñar. Se sintió desnudo, utilizado. ¿Y con qué fin?

Evidentemente, el doctor no conservaba recuerdo alguno del mural con el caballo, ni de la conversación que habían mantenido al respecto; se hallaba integrado por completo en ese nuevo presente y todos sus recuerdos conducían allí. Así que no le servía de nada. Pero recorría la consulta de arriba abajo, utilizando un tono más alto de lo habitual en él.

—¡Bueno! a) Usted puede, y lo hace, soñar obedeciendo órdenes, siguiendo las sugerencias que recibe sometido a hipnosis. b) Responde de forma espléndida al Aumentador. Por tanto, podemos trabajar juntos, rápida y eficazmente, sin narcosis. Prefiero trabajar sin medicación de por medio. Lo que hace el cerebro por sí mismo

es infinitamente más fascinante y complejo que cualquier respuesta que pueda dar ante la estimulación química; por eso desarrollé el Aumentador, para proporcionar al cerebro un medio de autoestimulación. Prácticamente, son infinitos los recursos creativos y terapéuticos de los que dispone, ya sea en estado de vigilia, dormido o inmerso en un sueño. Si pudiésemos hallar la llave maestra, capaz de abrir todas las cerraduras... ¡El poder del sueño es algo insospechado! —Lanzó su clásica risotada; había hecho esa broma tantas y tantas veces... Orr sonrió incómodo. El comentario le era familiar—. Ahora estoy convencido de que ésta es la dirección que debe tomar su terapia, la de servirse de sus propios sueños en lugar de evitarlos o huir de ellos. Enfrentarse a su temor y, con mi ayuda, ver a través de él. Siente usted miedo de su propia mente, George. Ése es un temor que ningún hombre puede afrontar. Pero no tiene usted por qué hacerlo. No es consciente de la ayuda que puede prestarle su propia mente, el modo en que puede usarla, emplearla de forma creativa. Lo único que necesita es no esconderse de sus propios poderes mentales, no inhibirlos, sino liberarlos. Podemos hacerlo juntos. Dígame, ¿no le parece que eso es lo más adecuado, lo más idóneo?

—No lo sé —admitió Orr.

Cuando Haber mencionó lo de utilizar, lo de emplear sus poderes mentales, pensó por un instante que el doctor debía de referirse a su poder de alterar la realidad mediante los sueños; pero obviamente, si se hubiera referido a eso lo habría dicho a las claras, ¿o no? Consciente de que Orr necesitaba desesperadamente una confirmación, no iba a guardársela si podía darla.

A Orr se le cayó el alma a los pies. El uso de los narcóticos y los estimulantes lo había desequilibrado emocionalmente; era consciente de ello, y por tanto intentaba combatir y controlar sus sentimientos. Pero esta decepción escapaba a su control. Comprendió entonces que se había permitido albergar una pequeña esperanza. El día anterior tuvo la seguridad de que el doctor era consciente del cambio que había experimentado la montaña en caballo. No le había sorprendido ni alarmado que Haber intentara disimular ese conocimiento tras la conmoción inicial; sin duda, había sido incapaz de admitirlo, siquiera a sí mismo, para asimilarlo. Al propio Orr le había llevado mucho tiempo afrontar el hecho de que era capaz de obrar lo imposible. Pero había albergado la esperanza de que Haber, sabedor del sueño, presente mientras lo tenía, en mitad de todo, pudiese ver el cambio, que fuera capaz de recordar y confirmar.

Pero no. No había escapatoria. Orr estaba en el mismo lugar donde llevaba meses: solo. Consciente de su locura, consciente de no estar loco, simultánea e intensamente. Era suficiente para volverlo loco.

—¿Sería posible que me diera una orden poshipnótica para no soñar de forma efectiva? —preguntó con timidez—. Puesto que es capaz de sugestionarme lo que debo soñar... Así podría librarme de la medicación, al menos por un tiempo.

Haber se sentó al escritorio, inclinado hacia adelante como un oso.

—Dudo mucho que funcione, ni siquiera durante una noche —se limitó a responder. Entonces, de pronto, recuperando su tono explosivo, preguntó—: ¿No es ése el mismo camino estéril que ha intentado tomar ya, George? Medicación o hipnosis, ambas suprimen. No puede huir de su propia mente. Ya lo verá, porque aún no es capaz de afrontar ese hecho. No pasa nada. Mírelo de este modo: ha soñado ya dos veces, aquí mismo, en ese sofá. ¿Qué tiene de malo? ¿Ha supuesto algún perjuicio?

Orr negó con la cabeza, demasiado alicaído para responder.

Haber siguió hablando y hablando, y Orr intentó prestar atención a lo que decía. Ahora hablaba de soñar despierto, y de su relación con los ciclos nocturnos de sueños de hora y media, sobre su valor y sus usos. Preguntó a Orr si había algún tipo de sueño que le resultase agradable.

—Por ejemplo —dijo—, yo suelo soñar despierto con actos heroicos. Yo soy el héroe. Salvo a la chica, o a un compañero astronauta, o a una ciudad asediada, o a todo un jodido planeta. Sueños mesiánicos, de bienhechor que espera el aplauso del público. ¡Haber salva el mundo! Son muy muy divertidos, siempre y cuando los mantengamos donde deben estar. Todos necesitamos ese estímulo al ego que obtenemos de soñar despiertos, pero cuando empezamos a confiar demasiado en él, nuestros parámetros de realidad sufren un poco las consecuencias... Luego está lo de soñar despierto con la isla del Pacífico: muchos ejecutivos de mediana edad se decantan por ellos. Y el tipo de sueños del mártir noble sufridor, y las diversas fantasías románticas propias de la adolescencia, lo de soñar despierto con actos sadomasoquistas, y todo lo demás. La mayoría de nosotros somos conscientes de sus diferencias. Casi todos nos hemos enfrentado a los leones en la arena, al menos una vez, o arrojado una bomba y destruido a nuestros enemigos, o rescatado a la virgen neumática de un barco que se hundía, o escrito la *Décima Sinfonía* de Beethoven para él. ¿Usted qué estilo prefiere?

—Ah... De huir —respondió Orr. Debía recomponerse y responder a ese hombre que intentaba ayudarlo—. De ir lejos. De ver la luz del sol.

—¿De saltarse la jornada laboral, la rutina diaria?

Haber parecía negarse a creer que estuviese a gusto en su trabajo. Sin duda, el doctor era un hombre muy ambicioso y le costaba pensar que alguien pudiera apañárselas con lo que tenía.

—Más bien se trata de la ciudad. Me refiero al gentío. Hay demasiada gente por todas partes. Los titulares de prensa. Todo.

—¿Y lo del Pacífico? —preguntó Haber con su sonrisa de oso.

—No. Aquí. No soy muy imaginativo. Sueño despierto que tengo una cabaña en algún lugar fuera de la ciudad, quizá en la cadena costera del Pacífico, donde sobreviven aún algunos de los bosques de antaño.

—¿Ha llegado a plantearse la posibilidad de adquirir una?

—El precio del suelo de un parque público asciende a unos treinta y ocho mil dólares por media hectárea, y eso en las zonas más asequibles, como en las zonas vírgenes del Oregón meridional. Sin embargo, una propiedad alcanza los cuatrocientos mil si cuenta con vistas a la playa.

Haber lanzó un silbido.

—Veo que se lo ha planteado en serio, y que por tanto se ha limitado a soñar despierto. Gracias a Dios que soñar es gratis, ¿eh? Bueno, ¿está dispuesto a darle otra oportunidad? Aún nos queda media hora.

—¿Podría...?

—Dígame, George.

—Déjeme conservar el recuerdo.

Haber inició una de sus elaboradas negativas.

—A ver, como ya sabe, lo que uno experimenta durante la hipnosis, incluidas todas las instrucciones recibidas, suele ser bloqueado en el momento de despertar por un mecanismo similar al que bloquea el noventa y nueve por ciento de nuestros sueños. Reducir ese bloqueo supondría darle demasiadas instrucciones contradictorias en lo que, en resumidas cuentas, es un asunto muy delicado, a saber: el contenido de un sueño que aún no ha soñado. Puedo hacer que eso, el sueño, lo recupere. Pero no quiero que recuerde mis directrices y se mezclen todas con el recuerdo que tenga del sueño que, por último, acabe por soñar. Quiero que lo mantenga todo separado, que obtenga un recuerdo claro de lo soñado, en lugar de lo que usted crea que debiera haber soñado. ¿Lo entiende? Usted confíe en mí. Ambos jugamos en el mismo equipo y yo estoy aquí para ayudarlo. No voy a pedirle gran cosa. Le daré un empujón, pero no con fuerza ni lo haré demasiado rápido. ¡No seré la causa de que sufra pesadillas! Créame, quiero conocer el problema, y comprenderlo, tanto como usted. Es usted un sujeto cooperador e inteligente, y, teniendo en cuenta la presión que ha debido soportar todo este tiempo, también es usted un hombre valiente. Vamos a lograrlo, George. Créame.

Orr no lo creyó del todo, pero como predicador era imposible contradecirlo; además, deseaba creer lo que le decía.

No dijo una palabra. Se limitó a tumbarse en el sofá y a someterse al tacto de aquella mano grande en la garganta.

—¡De acuerdo! ¡Aquí lo tenemos de vuelta! ¿Qué ha soñado, George? Vamos, suéltelo antes de que se le enfríe.

Se sentía mareado y estúpido.

—Era algo relacionado con el Pacífico... Cocos... No lo recuerdo. —Se rascó la cabeza y la corta barba antes de aspirar con fuerza. Tenía ganas de tomar un trago de agua fría—. Después... soñé que usted paseaba con John Kennedy, el presidente, por Alder Street, me parece que era. Yo iba más o menos detrás, y creo recordar que llevaba algo para uno de los dos. Kennedy empuñaba un paraguas, lo veía de perfil,

como en las antiguas monedas de cincuenta centavos, y usted decía: «Ya no va a necesitar eso, señor presidente», y se lo quitaba. A él le molestó que lo hiciera y dijo algo que no entendí. Pero había dejado de llover, salió el sol y manifestó: «Supongo que ahora tiene usted razón». Ha dejado de llover.

—¿Cómo lo sabe?

Orr suspiró.

—Lo verá cuando salga. ¿Esto es todo por esta tarde?

—Yo estoy dispuesto a continuar. ¡Recuerde que la minuta la paga el gobierno!

—Estoy muy cansado.

—Bueno, entonces vale. Con esto hemos acabado por hoy. Escuche, ¿qué le parecería que hiciéramos las sesiones de noche? Usted se va a dormir como de costumbre, y yo empleo la hipnosis sólo para sugestionarle el contenido del sueño. Así tendrá libres las jornadas laborales, y la mitad de mis jornadas laborales son nocturnas; ¡algo que quienes investigamos el sueño no solemos hacer es dormir! Eso aceleraría mucho el proceso, y a usted le evitaría tener que recurrir a los fármacos inhibidores de sueños. ¿Quiere probar, a ver qué ocurre? ¿Qué le parece la noche del próximo viernes?

—Tengo una cita —dijo Orr, asustado por la mentira.

—Entonces el sábado.

—De acuerdo.

Se marchó con el húmedo abrigo doblado sobre el brazo. No lo necesitaba. El sueño con Kennedy había sido de lo más efectivo. Ahora estaba seguro de ellos cuando los tenía. No importaba cuán difuso fuera el contenido, despertaba de ellos recordándolos con intensa claridad, sintiéndose roto y exhausto, como si hubiese llevado a cabo un esfuerzo físico titánico para resistirse a una fuerza descomunal. En todo ese tiempo, sin ayuda, no había tenido más de uno cada mes, tal vez cada seis semanas; era el temor de tenerlo lo que lo había obsesionado. Pero ahora, el Aumentador lo mantenía en un estado proclive al sueño y la sugestión hipnótica insistía en que soñase de manera efectiva, lo que había supuesto tener tres sueños efectivos de cuatro posibilidades en un periodo de dos días; o, descontando el sueño del coco, que se había limitado a un mero tartamudeo de imágenes, tal como Haber lo denominaba, tres de tres. Estaba exhausto.

No llovía. Cuando salió del portal de la Willamette East Tower, el cielo de marzo estaba totalmente despejado sobre los cañones urbanos. El viento soplaba ahora procedente del este, el viento seco del desierto que de vez en cuando avivaba el tiempo triste, ardiente, húmedo y gris del valle de Willamette.

El ambiente limpio levantaba un poco el ánimo. Irguió la postura y echó a andar, intentando ignorar la sensación de debilidad que probablemente se debía a la combinación de la fatiga, la ansiedad, dos breves cabezadas a horas inacostumbradas del día, y a las sesenta y dos plantas que había bajado en ascensor.

¿Le había sugerido el doctor que soñase que dejaba de llover? ¿O la sugerencia apuntaba a la presencia en el sueño de Kennedy (quien por cierto, ahora que lo recordaba, tenía la barba de Abraham Lincoln? ¿O con el propio Haber? No había manera de saberlo. La parte efectiva del sueño consistió en detener la lluvia, en el cambio del tiempo atmosférico; pero eso no demostraba nada. A menudo sucedía que el aspecto más evidente, más visible de un sueño no era necesariamente el aspecto efectivo. Sospechaba que Kennedy, por motivos que sólo su subconsciente conocía, había sido una aportación propia, pero no había manera de estar seguro.

Bajó a la estación de East Broadway con el infinito gentío. Depositó la moneda de cinco dólares en la máquina expendedora de billetes, sacó el suyo, tomó el tren, se adentró en la oscuridad bajo el río.

La sensación de somnolencia aumentó en su cuerpo y en su mente.

Deslizarse bajo el río, vadearlo, nadar en sus aguas, emplear una embarcación, un *ferry*, un puente, un avión, remontar las aguas, dejarse llevar río abajo en la incesante renovación y nacimiento de la corriente: todo eso tiene sentido. Pero hay algo en el hecho de deslizarse bajo un río que es, por el propio significado del verbo, perverso. Hay caminos en la mente, y fuera de ella la simple complejidad de la misma muestra sin ambages que, para haber llegado a ese punto, es necesario haber tomado en algún momento el camino equivocado.

Había nueve túneles para trenes y camiones bajo el Willamette, dieciséis puentes lo cruzaban, y durante cuarenta y cinco kilómetros estaba bordeado por paredes de hormigón. El control de su caudal, así como el de su afluente, el Columbia, a pocos kilómetros corriente abajo del centro de Portland, contaba con un desarrollo tan avanzado que ninguno de ambos ríos podía alzarse más de quince centímetros incluso después de las lluvias torrenciales más prolongadas. El Willamette era un elemento útil del entorno, como un animal muy grande, dócil, atado con correas, cadenas, cinchas, sillas, bocados, trabas. Si no hubiese sido útil, qué duda cabe de que lo hubieran cubierto de hormigón, como el centenar de riachuelos y arroyos que discurrían a oscuras, colina abajo desde la ciudad, bajo calles y edificios. Pero sin él, Portland no hubiese sido puerto; los barcos, las largas hileras de barcazas, los imponentes transportes madereros que seguían surcando arriba y abajo sus aguas. Por tanto, trenes, camiones y los pocos vehículos particulares debían desplazarse por encima o por debajo del río. Sobre las cabezas de quienes viajaban en el tren GPRT por el túnel Broadway había toneladas de rocas y grava, toneladas de agua en movimiento, montañas de embarcaderos y de quillas de trasatlánticos, los enormes pilares de hormigón de los puentes suspendidos y los diversos accesos, un convoy de camiones cargados con pollos de cría intensiva congelados, un reactor a diez mil metros de altitud, las estrellas a 4,3 años luz o más. George Orr, pálido a la temblorosa luz del fluorescente del vagón de tren en la penumbra infrafluvial, zarandeado mientras se aferraba de pie al agarradero de acero que pendía de una tira de cuero entre el millar de almas ajenas. Sintió la pesadumbre sobre sus hombros, el

peso que tiraba hacia abajo de él incesantemente. Pensó: «Vivo en una pesadilla, de la que de vez en cuando despierto en sueños».

Los golpes y empujones de la gente que se apeaba en Union Station despejaron aquella noción sentenciosa de su mente; volcó totalmente la atención en mantenerse aferrado al agarradero. Aún se sentía algo mareado, temía que si se soltaba y se dejaba llevar por aquella fuerza c) podría marearse.

El tren arrancó de nuevo con un ruido compuesto a partes iguales por desagradables crujidos y chirridos agudos.

El sistema de transporte GPRT tan sólo tenía quince años, pero había sido construido tarde y con prisas, con materiales de calidad inferior, durante, y no antes, del hundimiento de la economía del vehículo particular. De hecho, los vagones de tren habían sido construidos en Detroit; y no sólo duraban como si lo estuvieran, sino que, además, sonaban como tales. Urbanita y viajero subterráneo, Orr ni siquiera reparaba en aquel estruendo espantoso. Las terminaciones de sus nervios auditivos habían perdido sensibilidad, a pesar de que sólo contaba con treinta años, y de todos modos el ruido no pasaba de ser el fondo habitual en que se desarrollaba la pesadilla. Pensaba de nuevo, establecido su derecho al agarradero.

Desde que las circunstancias lo habían forzado a interesarse por el tema, lo había intrigado la incapacidad de la mente para recordar la mayoría de los sueños. Por lo visto, el pensamiento no consciente, ya sea en la infancia o en un sueño, no está disponible para ser recuperado a voluntad. Pero ¿estaba inconsciente durante la hipnosis? No, en absoluto: totalmente despierto hasta que le ordenaban dormir. Entonces ¿por qué no podía recordarlo? Eso lo preocupaba. Quería saber lo que hacía Haber. Por ejemplo, el primer sueño de aquella misma tarde: ¿Se había limitado el doctor a sugestionarle que soñara de nuevo con el caballo? Y él había aportado los excrementos, lo cual era embarazoso. O, si el doctor también había especificado lo de los excrementos, eso era embarazoso de un modo distinto. Y tal vez el psiquiatra era afortunado de no haber terminado con una enorme y humeante pila marrón de excrementos en la alfombra de la consulta. Aunque en cierto sentido, lo había hecho: el cuadro de la montaña.

Orr irguió la espalda como si alguien le hubiera tocado el trasero justo cuando el tren llegó con un chillido a Alder Street Station. La montaña, pensó mientras sesenta y ocho personas pasaban por su lado a empujones y empellones en dirección a las puertas. La montaña. Me pidió devolver la montaña a su sitio en mi sueño. Así que hice que el caballo devolviese a la montaña a su lugar. Pero si me pidió hacerlo, entonces sabía que había estado ahí antes del caballo. Lo sabía. Vio que el primer sueño había cambiado la realidad. Vio el cambio. Me cree. ¡No estoy loco!

Una alegría tan grande se apoderó de Orr que, entre las cuarenta y dos personas que atestaban el vagón mientras concebía estos pensamientos, las siete u ocho que se apretaban contra su cuerpo sintieron cómo emanaba de él algo tan tenue como evidente, una especie de resplandor de alivio o benevolencia. La mujer que había

fracasado en su empeño de arrebatarse el agarradero experimentó el bendito cese del dolor agudo que le causaba un callo; el hombre que iba aplastado a su izquierda pensó sin venir a cuento en la luz del sol; el anciano sentado, encogido, frente a él olvidó por unos instantes el hambre que tenía.

Orr no era de razonamiento rápido. De hecho, no era alguien muy dado a razonar. Llegaba a las cosas por la vía lenta, sin patinar por el hielo diáfano y duro de la lógica, sin planear por las estelas de la imaginación, sino a trompicones, caminando con dificultad por el duro terreno de la existencia. No veía las conexiones, las cuales se cree que configuran el sello distintivo del intelecto. Más bien las palpaba, como haría un fontanero. No era estúpido, pero no empleaba el cerebro ni la mitad de lo que podría, o la mitad de rápido. No fue hasta que se apeó del tren en Ross Island Bridge West, y que hubo caminado colina arriba varias manzanas y tomado el ascensor para subir las dieciocho plantas que lo separaban de su piso-habitación de 3,40 por 2,60 metros en el Corbett Condominium, con sus veinte plantas de acero y triste hormigón («¡Viva económicamente pero con estilo en pleno centro!»), y puesto una porción de soja en el infrahorno, además de tomarse una cerveza del frigorífico de pared, y permanecido un rato de pie ante la ventana —pagaba el doble por una habitación con vista—, contemplando las West Hills de Portland alfombradas de torres relucientes, llenas de luces y de vida, que se le ocurrió pensar, por fin: «¿Por qué el doctor Haber no me ha dicho que sabe que tengo sueños efectivos?».

Dio vueltas a esta cuestión durante un rato. Volcó en ella toda su fuerza, intentando levantarla, pero la encontró inmanejable.

Pensó: «Haber sabe que el mural había cambiado dos veces. ¿Por qué no dijo nada? Debía de ser consciente de que yo temía haber perdido la razón. Dice ayudarme. Pues me hubiera ayudado mucho si llega a decirme que puede ver lo que yo, que no se trata de un delirio».

«Lo sabía —pensó Orr tras un largo y lento trago de cerveza—, sabía que había dejado de llover. Pero no fue a comprobarlo cuando le dije que así era. Tal vez temió hacerlo. Es probable que sea eso. Teme todo este asunto y quiere hacer más averiguaciones antes de decirme qué piensa él realmente sobre todo esto. En fin, no puedo culparlo. Lo raro sería que no tuviese miedo».

«Pero me pregunto: una vez se haga a la idea... ¿qué hará? Me pregunto cómo logrará detener mis sueños, cómo me impedirá cambiar las cosas. Debo parar; todo esto ha llegado demasiado lejos. Demasiado...».

Negó con la cabeza y dio la espalda a las resplandecientes colinas llenas de vida.

Nada perdura, nada es preciso y seguro (excepto la mente de un pedante), la perfección es la simple negación de esa inexactitud marginal e ineludible que es la misteriosa e íntima cualidad del Ser.

H. G. WELLS
UNA UTOPIA MODERNA

El bufete de Forman, Esserbeck, Goodhue y Rutti se hallaba situado en un edificio que se había construido como aparcamiento en 1973, adaptado posteriormente para uso humano. Muchos de los antiguos edificios del centro de Portland compartían estas características. Hubo un tiempo en que la mayor parte del centro de la ciudad consistía en lugares donde aparcar automóviles. Al principio éstos fueron principalmente llanuras de asfalto salpicadas de peajes o de parquímetros, pero a medida que la población fue aumentando, también éstos lo hicieron. La imponente estructura de aparcamiento automático había sido inventada en Portland hace largo, largo tiempo; y antes de que el vehículo particular se asfixiase en sus propios humos, los edificios de rampa en espiral habían alcanzado las quince o veinte plantas. No todos ellos habían acabado derruidos para proporcionar espacio a los edificios de despachos y viviendas; hubo algunos que fueron adaptados. Éste, sito en el 209 de S. W. Burnside, seguía oliendo a espectrales gases de escape. Los suelos de cemento tenían manchas de lo que innumerables motores habían excretado, marcas de ruedas de los dinosaurios fosilizadas en el polvo de estancias donde reinaba el eco. Todos los suelos tenían una pendiente curiosa, un sesgo, debido a la construcción helicoidal del edificio; en los despachos de Forman, Esserbeck, Goodhue y Rutti, uno nunca estaba seguro del todo de hallarse en posición vertical.

La señorita Lelache se sentaba tras la pantalla de estanterías y archivos que separaba parcialmente su medio despacho del medio despacho del señor Pearl, y se consideraba una viuda negra.

Ahí sentada, venenosa; dura, brillante y ponzoñosa; a la espera, a la espera.

Y llegó la víctima.

Alguien que había nacido para serlo. Con el pelo de una niña, castaño y escaso, la barba insignificante, rubia; la piel blanca como el vientre de un pez; dócil, tímido, tartamudeante. ¡Mierda! Seguro que si le daba por pisarlo ni siquiera protestaría.

—Verá, yo... creo que es una... es una especie de apelación al derecho de la intimidad. O algo así —decía él—. Vulneración de la intimidad, quiero decir. Pero no estoy seguro. Por eso busco consejo.

—Bien. Cuente, cuente —lo animó la señorita Lelache.

La víctima ni siquiera era capaz de contar. Su discurso entrecortado se había secado.

—Usted se ha sometido a un tratamiento terapéutico voluntario —dijo entonces la señorita Lelache, refiriéndose a la nota que el señor Esserbeck le había enviado con anterioridad— por infringir la normativa federal que controla la distribución de medicamentos en las autofarmacias.

—Sí. Si acepto el tratamiento psiquiátrico no voy a juicio.

—Ésa es la historia, sí —afirmó secamente la abogada. Pensó que aquel hombre no era exactamente corto de entendederas, sino, repugnantemente, simple. Carraspeó.

Él también carraspeó. ¿Adónde va Vicente? A donde va la gente.

Poco a poco, con tantos titubeos como exceso de detalles, explicó que se había sometido a una terapia que consistía básicamente en la inducción mediante hipnosis del sueño y los sueños. Tenía la sensación de que el psiquiatra, al ordenarle tener ciertos sueños, podía estar vulnerando su derecho a la intimidad, tal como lo definía la Nueva Constitución Federal de 1984.

—Comprendo. Sucedió algo parecido el año pasado en Arizona —dijo la señorita Lelache—. Un hombre inmerso en su tratamiento terapéutico voluntario intentó denunciar a su terapeuta por implantar en él tendencias homosexuales. Por supuesto, el loquero no hacía más que emplear técnicas de condicionamiento estándar, y de hecho el demandante era un homosexual reprimido al que arrestaron por intentar dar por culo a un niño de doce años a plena luz del día en mitad de Phoenix Park, antes incluso de que el caso fuese a juicio. Acabó en Terapia Obligatoria en Tehachapi. En fin. Lo que pretendo decirle es que debe usted ser cauto a la hora de hacer ese tipo de acusaciones. La mayoría de los psiquiatras que obtienen recomendaciones gubernamentales son gente cauta, practicantes respetables. Pero si puede usted aportar un ejemplo, un suceso, que pueda servirnos como prueba sólida... Porque no bastará con una mera sospecha. Es más, podrían acabar metiéndolo en la Obligatoria, o sea, en el Hospital Mental de Linnton. O en la cárcel.

—¿Podrían... asignarme, tal vez, otro psiquiatra?

—Pues no. No sin una causa real. La Facultad de Medicina le asignó al tal Haber; y ya sabe que ahí están los buenos. Si presenta usted una queja contra Haber, probablemente quienes la atiendan sean los mismos que lo entrevistaron. No admitirán la palabra que presente un paciente contra su médico sin pruebas palpables. No tratándose de un caso de esta índole.

—Un caso mental —apuntó el cliente, alicaído.

—Exacto.

Pasó un rato sin decir nada. Por último, levantó la vista para mirarla a los ojos. Los ojos claros, pequeños, una mirada sin ira y sin esperanza. Sonrió y dijo:

—Muchas gracias, señorita Lelache. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

—¡Eh, espere! —lo detuvo. Quizá fuese un simple, pero no parecía estar loco; ni siquiera parecía neurótico, sólo desesperado—. No tiene que darse por vencido tan

fácilmente. No he dicho que no tenga motivos para plantear un caso. Dice usted que quiere abandonar la medicación y que el doctor Haber le está dando una dosis más fuerte de fenobarbital, mayor de la que estuvo tomando por su cuenta; eso podría justificar una investigación. Aunque lo dudo mucho. Pero la defensa del derecho a la intimidad es mi especialidad, y quiero saber si existe en su caso una vulneración de este derecho. Por ahora usted no me ha contado su caso, si es que tiene uno. Concretamente, ¿qué es lo que ha hecho ese doctor?

—Si se lo cuento pensará que estoy loco —dijo el cliente con apenas objetividad.

—¿Cómo lo sabe?

Era imposible suggestionar a la señorita Lelache, excelente cualidad en una abogada, aunque era consciente de llevarla al extremo.

—Si le contara —insistió el cliente con el mismo tono— que algunos de mis sueños ejercen una influencia sobre la realidad, y que el doctor Haber lo ha descubierto y está utilizando... este talento mío con fines propios, sin mi consentimiento... me tomaría por loco. ¿Me equivoco?

La señorita Lelache lo miró un rato con la barbilla apoyada en las manos.

—Adelante, continúe —dijo por fin con tono agudo. Había acertado de pleno con lo que ella pensaba, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Además, ¿qué importaba si estaba loco? ¿Qué persona viviría en este mundo sin estarlo?

Él se miró las manos durante largos instantes, intentando poner orden en sus pensamientos.

—Verá usted —dijo—, tiene una máquina. Un artilugio parecido a una grabadora EEG, pero que aporta una especie de análisis e información sobre las ondas cerebrales.

—¿Quiere decir que hablamos de un científico loco con una máquina infernal, con mayúsculas?

El cliente esbozó una sonrisa débil.

—Sé que hago que suene así. No, creo que cuenta con una buena reputación como investigador, y que se dedica de veras a ayudar a la gente. Estoy seguro de que no pretende causar daños, ni a mí ni a nadie. Sus motivos son muy elevados. —Se topó un instante con la mirada desencantada de la viuda negra, y tartamudeó—: La... la máquina. Bueno, no puedo decirle cómo funciona, pero la está utilizando conmigo para mantener a mi cerebro en el estado d, como él lo llama. Se trata de un término que define una especie de sueño especial que se tiene cuando se sueña. Es muy distinto del sueño normal. Me pone a dormir mediante la hipnosis, y entonces enciende la máquina para que empiece a soñar de inmediato. Eso no pasa, por lo general. Al menos eso tengo entendido. La máquina se asegura de que sueñe, y creo que intensifica también el estado del sueño. Entonces, sueño lo que él me ha dicho en la hipnosis que sueña.

—Vaya. Suena como un método a prueba de bombas para que un psicoanalista pasado de moda obtenga sueños que analizar. Pero, en lugar de ello, ¿le está diciendo qué debe soñar por métodos hipnóticos? Por tanto, doy por sentado que por algún motivo lo está condicionando por medio de los sueños. Es sabido que bajo sugestión hipnótica una persona puede y hará todo lo que se le ordene, lo permita o no su conciencia en su estado normal: eso se sabe desde mediados del siglo pasado, y ha quedado legalmente establecido desde Somerville contra Projansky en el ochenta y ocho. Bien. ¿Tiene usted motivos para creer que este doctor haya estado utilizando la hipnosis para sugestionar que realice usted actos peligrosos, cualquier cosa que considere moralmente repugnante?

El cliente titubeó.

—Peligroso, sí. Si acepta que un sueño pueda serlo. Pero él no me ordena hacer nada. Sólo soñarlo.

—Bueno, ¿le resultan moralmente repugnantes los sueños que le sugiere?

—No es un hombre... malvado. Tiene buena intención. Mis objeciones se deben al hecho de que me esté usando como instrumento, como un medio, por mucho que su fin sea bueno. No puedo juzgarlo. Mis propios sueños tuvieron consecuencias inmorales, por eso intenté inhibirlos con la medicación y acabé metido en este follón. Y quiero salir de él, abandonar la medicación. Curarme. Pero él no me está curando. Él me anima.

Hubo una pausa.

—¿A hacer qué? —preguntó por fin la señorita Lelache.

—A cambiar la realidad soñando que es distinta —respondió tenaz el cliente, sin esperanza.

La señorita Lelache hundió de nuevo la barbilla en las manos y contempló un rato la caja de clips azul del escritorio, situada en el mismísimo nadir del alcance de su visión. Levantó la vista subrepticamente al cliente. Ahí lo tenía, sentado, apacible como siempre, pero ahora pensó que no protestaría si lo pisaba, ni gritaría ni emitiría un crujido ni se rompería. Era peculiarmente sólido.

La gente que acudía a un abogado tendía a estar a la defensiva si no se comportaba de forma agresiva; buscaban, naturalmente, algo concreto: un legado, una propiedad, un requerimiento, un divorcio, un compromiso, lo que fuera. No se imaginaba lo que ese tipo, tan inofensivo, tan indefenso, podía andar buscando. Lo que decía era incoherente; sin embargo, no sonaba como si estuviera diciendo incoherencias.

—De acuerdo —dijo ella, cauta—. Entonces ¿qué hay de malo en lo que le está haciendo soñar?

—No tengo derecho a cambiar las cosas. Tampoco él a hacer que las cambie.

¡Dios, realmente se lo creía!, había perdido la cabeza. No obstante, su certidumbre moral la tenía enganchada, era como un pez que nadase en torno al borde del lugar donde se extravían las cabezas.

—Cambiar las cosas ¿cómo? ¿Qué cosas? ¡Póngame un ejemplo! —No sentía piedad por él como la hubiera sentido por un enfermo, un sujeto esquizoide o paranoico con delirios de manipular la realidad. Tenía ante sí «otra víctima de estos tiempos nuestros que ponen a prueba el alma humana», como el presidente Merdle, con su alegre capacidad de utilizar sin medida las citas, había dicho en su discurso del estado de la Unión; y ahí estaba ella, portándose mal con una víctima pobre, desdichada y sangrante con el cerebro agujereado. Pero no se sentía inclinada a mostrarse amable. Él podía encajarlo.

—La cabaña —dijo el cliente, meditándolo—. En la segunda visita que le hice me preguntó por cuando soñaba despierto, y le dije que a veces soñaba con tener una casa en tierras vírgenes, ya sabe, un lugar en el campo como en las novelas de antaño, un lugar para alejarse de la ciudad. Por supuesto no lo tengo, ¿quién lo tiene? Pero la semana pasada debió de ordenarme que soñara que lo hacía. Porque ahora lo tengo. Es una cabaña con un contrato de treinta y tres años en tierras del gobierno, en el Parque Nacional de Siuslaw, cerca de Neskowin. Alquilé un batcoche y conduje hasta allí el domingo para verlo. Es muy bonito. Pero...

—¿Por qué no iba usted a tener una cabaña? ¿Le parece inmoral? Muchas personas han participado en esos sorteos que se organizan de alquileres desde que el año pasado destinaron a tal efecto algunos terrenos de las zonas vírgenes. Menuda suerte tiene usted.

—Pero es que yo no tenía una cabaña —objetó el paciente—. Nadie la tenía, de hecho. Parques y bosques quedaron reservados exclusivamente como terrenos no edificables, lo que queda de ellos, al menos, aunque se puede acampar en los alrededores. El gobierno no alquilaba cabañas. Hasta el viernes pasado, que fue cuando soñé su existencia.

—Mire, señor Orr, hasta yo sé...

—Ya sé que lo sabe —la interrumpió él con buenos modos—, también yo sé que la primavera pasada tomaron la decisión de alquilar terrenos de los parques nacionales. Sé que envié una solicitud y obtuve un número ganador en el sorteo, y todo eso. Pero también sé que eso no era cierto hasta el viernes pasado. Y también lo sabe el doctor Haber.

—Entonces ¿su sueño del viernes pasado ha cambiado la realidad con carácter retroactivo para todo el estado de Oregón y ha afectado la decisión tomada en Washington el año pasado, además de modificar los recuerdos de todo el mundo, exceptuando los suyos y los del doctor? —preguntó ella con tono burlón—. ¡Vaya sueño! ¿Puede recordarlo?

—Sí —asintió él, malhumorado pero firme—. Soñé con la cabaña y el riachuelo que discurre delante de ella. No espero que usted lo crea, señorita Lelache. Ni siquiera pienso que el doctor Haber haya logrado comprenderlo del todo; debería tomárselo con calma para hacerse una idea más concreta. Si lo hiciera, podría mostrarse más cauto. Verá, funciona de la siguiente manera: si él me dice bajo

hipnosis que hay un perro de color rosa en la sala, yo lo sueño; pero aparecerá tal perro aunque esos animales no existen en el orden natural, no forman parte de la realidad. Lo que sucedería es que, o bien logro que aparezca un caniche con el pelo teñido de rosa, y un motivo plausible que justifique su presencia allí, o, si me insiste para que sea un perro rosa de verdad, entonces mi sueño alteraría el orden natural para incluir perros rosas. Por doquier. Desde el Pleistoceno o cuando fuera que aparecieron los primeros perros. Desde entonces, su pelaje sería negro, marrón, amarillo, blanco y también rosa. Y uno de los rosas habría entrado procedente del vestíbulo, o sería su collie, o el pequinés de su recepcionista, o algo parecido. Nada milagroso. Nada antinatural. Todos estos sueños cubren completamente sus huellas. Cuando despertase habría un perro rosa normal y corriente cuya presencia allí estaría justificada. Exceptuándonos a mí y al doctor Haber, nadie percibiría la novedad. Yo conservo ambas memorias, las que pertenecen a ambas realidades. También lo hace el doctor Haber. Él presencia el momento del cambio, y sabe de qué va el sueño. No admite hacerlo, pero sé que lo hace. Para todos los demás siempre habría habido perros de color rosa. Para mí, para él, es así... y no lo es.

—Dobles líneas temporales, universos alternativos —dijo la señorita Lelache—. ¿Ve muchos programas en televisión de los que emiten a altas horas de la noche?

—No —respondió el cliente, casi con la misma sequedad utilizada por ella—. No le estoy pidiendo que lo crea. Y menos sin pruebas.

—Vaya, ¡gracias a Dios!

Él esbozó una sonrisa que estuvo a punto de convertirse en risa. Tenía una cara amable; era, por algún motivo, como si ella le gustara.

—Pero mire, señor Orr, ¿cómo iba a obtener pruebas de sus sueños? Sobre todo cuando dice destruir todas las pruebas cada vez que sueña cambiándolo todo desde el Pleistoceno.

—¿Podría...? —preguntó él, cobrando una súbita intensidad, como si de pronto hubiera engendrado esperanzas—. ¿Podría, en calidad de mi abogada, pedir estar presente en una de mis sesiones con el doctor Haber? Siempre y cuando estuviese dispuesta a ello.

—Posiblemente. Podría arreglarse, si existe un buen motivo. Pero verá, solicitar la presencia de un abogado en calidad de testigo en el caso de una posible brecha del derecho a la intimidad arruinaría por completo la relación terapeuta-paciente que tengan. Por lo que dice, no parece que ahora mismo sea muy fluida, aunque eso cuesta juzgarlo desde fuera. El hecho es que debe usted depositar su confianza en él, y que también él debe confiar en usted. Si le arroja a un abogado porque quiere sacárselo de la cabeza, bueno, ¿qué cree que hará él? Se supone que está intentando ayudarlo.

—Sí, pero me está utilizando con fines experimentales... —Orr no prosiguió: la señorita Lelache se había envarado, la araña había visto, por fin, a su presa.

—¿Fines experimentales? ¿De veras? ¿Qué fines? ¿Es experimental esa máquina de la que me ha hablado? ¿Cuenta con la aprobación HEW? ¿Qué ha firmado? ¿Algún permiso, algo que vaya más allá de los formularios del TTV y el formulario de consentimiento para someterse a hipnosis? ¿No hay nada? Parece que podría usted tener motivos para quejarse, señor Orr.

—¿Podría usted venir a presenciar una sesión?

—Tal vez. La línea a seguir sería la de los derechos civiles, por supuesto, no la de la intimidación.

—¿Entiende que no pretendo meter en un lío al doctor Haber? —preguntó con cara de preocupación—. No quiero eso. Sé que lo hace con buena intención. Es sólo que quiero que me curen, no que me utilicen.

—Si obra con buenos motivos, y está usando un artefacto experimental en un sujeto humano, debería encajarlo como algo normal, sin resentimientos; si está a la altura, no debería tener problemas. He llevado casos así en dos ocasiones. Contratada por el HEW para ello. Presencí a un inductor de hipnosis en plena faena en la Facultad de Medicina, pero no funcionó, y también en el instituto de Forest Grove presencié una demostración de cómo inducir la agorafobia mediante el poder de la sugestión, para que la gente se mostrase a gusto entre el gentío. Ésta funcionó, pero al final no la aprobaron, decidimos anularla debido a las leyes de lavado de cerebro. Es posible que pueda obtener una orden del HEW para investigar ese artilugio que utiliza su doctor. Eso lo dejaría a usted al margen. No intervendría en calidad de su abogada. De hecho, ni siquiera sería necesario dar a entender que nos conocemos. El HEW me acreditaría como observadora oficial ACLU. Entonces, si no llegamos a ningún lado con esto, ustedes dos mantendrían la relación que tenían. La única pega es que deben invitarme a presenciar una de sus sesiones.

—Soy el único paciente psiquiátrico con quien emplea el Aumentador, al menos eso fue lo que me dijo. Afirma estar trabajando aún en él, perfeccionándolo.

—Sea lo que sea que hace con él, lo que está claro es su carácter experimental. Estupendo. De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Necesitaré una semana para que se aprueben los formularios.

El cliente se mostró inquieto.

—Esta semana no sueña usted que no existo, señor Orr —le advirtió ella, consciente de su propia voz quitinosa, del chasquido de sus mandíbulas.

—No lo haré a sabiendas —dijo él con gratitud. No, por Dios. No era gratitud, sino agrado. Ella le gustaba. Era un pobre diablo psicópata enganchado a la medicación. A ella le gustaba. La mujer le tendió la mano de piel morena, que él estrechó con la suya blanca, como ese condenado botón que su madre guardaba siempre en el fondo de su cajita de abalorios, SCNN o SNCC o algo a lo que ella había pertenecido hacía mucho, a mediados del siglo pasado, unidas la mano negra y la mano blanca. ¡Santo Dios!

Cuando se pierde el gran camino, surgen la bondad y la rectitud.

LAO TSE: XVIII

Sonriendo, William Haber subió la escalera del Instituto Onirológico de Oregón y franqueó las altas puertas de cristal polarizado para adentrarse en la fresca del aire acondicionado. Sólo era 24 de marzo, pero el exterior era como una sauna; no obstante, dentro reinaba un ambiente fresco, limpio, sereno. Suelo de mármol, mobiliario discreto, un mostrador de recepción de cromo pulido y una recepcionista con una manicura perfecta:

—¡Buenos días, doctor Haber!

Atwood pasó por su lado en el vestíbulo, procedente de la zona de investigación; tenía los ojos rojos y llevaba el pelo enmarañado tras pasar la noche frente a los monitores que controlaban el electroencefalograma de los pacientes dormidos. Los ordenadores se encargaban de la mayor parte de esos cometidos, pero aún había momentos en que era necesaria una mente no programada.

—Buenos días, jefe —masculló Atwood.

—¡Buenos días, doctor! —lo saludó la señorita Crouch desde su propio despacho. Se alegró de haberse hecho acompañar por Penny Crouch cuando el año pasado se trasladó al despacho de director del instituto. Era leal y despierta, y un hombre que dirigía una institución grande y compleja dedicada a la investigación necesitaba la presencia de una mujer leal y despierta en la antesala de su consulta.

Se adentró en su sanctasanctórum.

Dejó el maletín y las carpetas en el sofá, estiró los brazos y seguidamente se acercó, como tenía por costumbre hacer nada más entrar en el despacho, a la ventana. Era una espaciosa ventana esquinera con vistas al este y al norte sobre un extenso trecho del mundo: la curva del Willamette y sus múltiples puentes, al pie de las colinas; las innumerables torres urbanas, altas y lechosas en la niebla primaveral, a ambos lados del río; los barrios periféricos que se perdían de vista hasta que a sus lejanas afueras se alzaban los pies de las colinas; y las montañas. Hood, inmensa pero apartada, envuelta su cima entre nubes; al norte, la lejana Adams como un diente molar; y después el cono puro de Saint Helens, de cuya larga y gris extensión de ladera aún más al norte asomaba una cúpula algo calva, como un bebé que mirase a su alrededor en busca de la falda de la madre: el monte Rainier.

Era una vista inspiradora. Siempre lograba inspirar al doctor Haber. Además, después de una semana de lluvia ininterrumpida, la presión barométrica había ascendido y el sol asomaba de nuevo sobre la niebla del río. Plenamente consciente

gracias al millar de lecturas de electroencefalogramas de los vínculos entre la presión, la atmósfera y la pesadez mental, casi percibía su psicósoma reflotar por el viento vivo y secante. Hay que ocuparse de ello, seguir mejorando el clima, pensó rápidamente, casi de manera subrepticia. Había diversas cadenas de pensamiento formadas o formándose en su mente al mismo tiempo, y esta nota mental no formaba parte de ninguna de ellas. La hizo a la carrera, y así de rauda quedó archivada en la memoria, a pesar de poner en marcha la grabadora del escritorio y disponerse a dictar una de las diversas cartas que entrañaba la dirección del instituto de investigación científica dependiente del gobierno. Pura rutina, por supuesto, pero había que hacerlo, y él era la persona adecuada. No le suponía una carga, aunque reducía drásticamente el tiempo que dedicaba a la investigación. Ahora sólo pasaba cinco o seis horas semanales en el laboratorio, por lo general, y sólo tenía un paciente propio, aunque por supuesto supervisaba la terapia de algunos más.

Sí conservaba un paciente, sin embargo. Después de todo era psiquiatra. Al principio se había dedicado a los campos de la investigación del sueño y la onirológia por su afán de hallar aplicaciones terapéuticas. No le interesaba el conocimiento teórico, la ciencia por la ciencia: no tenía sentido aprender algo si carecía de utilidad. La relevancia era su piedra de toque. Siempre mantenía un paciente propio para recordarse ese compromiso fundamental, para mantenerse en contacto con la realidad humana de su investigación, en función de la estructura de personalidad perturbada del individuo. Porque no hay nada más importante que las personas. Una persona se define únicamente por la extensión de la influencia que ejerce sobre otras, por la esfera de sus interrelaciones; y la moralidad es un término totalmente inútil, a menos que se defina por el bien que se hace a los demás, el cumplimiento de la función propia en el entero conjunto sociopolítico.

Su actual paciente, Orr, llegaría a las cuatro de la tarde, puesto que habían abandonado el empeño de hacer sesiones nocturnas; y, como la señorita Crouch le recordó a la hora de comer, un inspector HEW observaría la sesión de esa tarde, para asegurarse de que no hubiese nada ilegal, desagradable, inseguro, inmoral e inetcétera en el funcionamiento del Aumentador. Maldito fuera el gobierno por meter las narices en sus asuntos.

Ése era el problema del éxito y sus concomitantes: la publicidad, la curiosidad del gran público, los celos profesionales, la rivalidad entre colegas. Si aún fuese un investigador autónomo, matándose a trabajar en el laboratorio del sueño de P.S.U. y en un despacho de segunda categoría en la Willamette East Tower, lo más probable era que nadie hubiese reparado en su Aumentador hasta que él decidiese que estaba listo para salir al mercado, y lo hubieran dejado a sus anchas para ajustar y perfeccionar el aparato y sus aplicaciones. Pero ahí estaba, efectuando la parte más íntima y delicada de su oficio: la psicoterapia con un paciente perturbado, y el gobierno tenía que enviarle a un abogado que apenas entendería la mitad de lo que pasaba y malinterpretaría todo lo demás.

El abogado llegó a las cuatro menos cuarto, y Haber salió a la entrada de la consulta para saludarlo, para saludarla, pues resultó ser una mujer, todo con el fin de dar una impresión cálida, amistosa, nada más empezar. Todo fluía mejor si veían que no tenías miedo, te mostrabas cooperador y eras de trato cordial. Muchos doctores eran incapaces de ocultar su resentimiento cuando los visitaba un inspector del HEW, y dichos doctores no obtenían muchas ayudas gubernamentales.

No le resultó sencillo mostrarse cordial y cálido con esa abogada. Era toda golpes secos y chasquidos. El cierre de metal pesado del maletín, las joyas de cobre y latón que entrechocaban, los zapatos de tacón y un enorme anillo de plata con un motivo horrible de máscara africana, el entrecejo arrugado, el tono inflexible, clac, paf, chis, chas... En los diez segundos siguientes, Haber sospechó que toda aquella parafernalia era un disfraz, tal como revelaba el anillo: mucho ruido para ocultar la timidez. Pero todo eso, sin embargo, no era asunto suyo. No llegaría a conocer a la mujer que se ocultaba tras la máscara, no era importante, siempre y cuando pudiese causar la impresión adecuada en la señorita Lelache, la abogada.

Si bien no discurrió de forma cordial, al menos no fue mal; era una mujer competente, no era la primera vez que hacía algo así, y había hecho los deberes para ese trabajo en particular. Sabía qué debía preguntar y cómo escuchar.

—Este paciente, George Orr —dijo—, no es un adicto, ¿correcto? ¿Lo han diagnosticado psicópata o perturbado después de tres semanas de terapia?

—Perturbado, tal como define la palabra el Departamento de Salud. Profundamente perturbado y con orientaciones a la realidad artificial, aunque mejora sometido a la terapia actual.

Ella llevaba una grabadora de bolsillo en la que registraba todo lo que se decía: cada cinco segundos, tal como exigía la ley, el aparato emitía un pitido.

—¿Me describiría usted la terapia que está empleando, si es tan amable (pitido), y me explicaría el papel que representa en ella este aparato? No me explique cómo (pitido) funciona, eso figura en su informe, sino lo que hace. Por ejemplo (pitido), ¿en qué difiere su uso del Elektrosón o el casco de trance?

—Verá, estos aparatos, como bien sabe, generan diversos pulsos de baja frecuencia capaces de estimular las células nerviosas del córtex cerebral. Estas señales son lo que podría llamarse generalizadas; su efecto en el cerebro se obtiene de una forma básicamente similar a la de las luces estroboscópicas a un ritmo crítico, o a un estímulo auditivo como un redoble de tambor. El Aumentador emite una señal específica que puede ser captada por un área específica. Por ejemplo, puede entrenarse a un sujeto para producir un ritmo alfa a voluntad, como sabe; pero el Aumentador es capaz de inducirlo sin entrenamiento alguno, incluso hallándose en una condición que normalmente no es conductiva del ritmo alfa. Suministra un ritmo alfa de nueve ciclos a través de electrodos adecuadamente distribuidos, y en cuestión de segundos el cerebro es capaz de aceptar ese ritmo y empezar a producir ondas alfa con la misma firmeza que un budista zen en pleno trance. De igual forma, algo que

resulta más útil es que puede inducirse cualquier estadio del sueño, con sus ciclos típicos y actividades regionales.

—¿Estimularía el centro del placer o el centro del habla?

¡Ay, el brillo moralista en el ojo ACLU siempre que se mencionaba lo del centro del placer! Haber ocultó la ironía y la irritación, y respondió con amistosa sinceridad.

—No, veré, no es como la EEC. No es como la estimulación eléctrica funcional, o la estimulación química de cualquier centro; no comporta intrusión en áreas especiales del cerebro. Simplemente induce a toda la actividad cerebral a cambiar, a pasar a otro estado natural. Es un poco como una canción pegadiza que te lleva a seguir el ritmo con el pie. El cerebro adopta y mantiene la condición deseada para el estudio o terapia, siempre y cuando sea necesario. Lo he llamado Aumentador para señalar su función no creativa. Nada se impone desde el exterior. El sueño inducido por el Aumentador es, literalmente, la clase y cualidad de sueño normal de ese cerebro particular. La diferencia que existe entre ésta y las máquinas de electrosueño es como la que hay entre un sastre particular y los trajes fabricados en serie. La diferencia entre el Aumentador y la implantación de electrodos es... bueno, qué diantre, ¡es como la que hay entre un escalpelo y un mazo!

—Pero ¿cómo crea el estímulo que utiliza? ¿Graba (pitido) usted un ritmo alfa, por ejemplo, de un sujeto concreto para emplearlo en otro (pitido)?

Había estado evitando este punto. No quería mentir, por supuesto, pero no tenía sentido hablar sobre una investigación a medias hasta que se alcanzase un resultado y se comprobase; podía dar la impresión equivocada a alguien neófito. Inició la respuesta con soltura, contento de oír su propia voz en lugar del pitido, el entrechocar del metal y los chasquidos; era curioso comprobar que había oído, únicamente, los ruidos molestos cuando ella hablaba.

—Al principio empleé un conjunto generalizado de estímulos, promediado a partir de las grabaciones de diversos sujetos. El paciente depresivo mencionado en el informe fue tratado con éxito de esta manera. Pero me pareció que los efectos fueron más aleatorios y erráticos de lo que me gustaba. Empecé a experimentar. En animales, por supuesto. Gatos. A quienes investigamos el sueño nos gustan los gatos, ya sabe. ¡Duermen mucho! En fin, descubrí con sujetos animales que la línea de investigación más prometedora consistía en emplear ritmos previamente obtenidos del propio cerebro del sujeto. Una especie de autoestimulación obtenida de las grabaciones. Veré, yo voy tras la particularidad. Un cerebro responderá a su propio ritmo alfa, y espontáneamente, además. Claro que existen visiones terapéuticas que parten de otras líneas de investigación. Podría ser posible imponer una pauta ligeramente gradual a partir de la propia pauta del paciente: una que sea más saludable o más completa. Una de ese sujeto grabada previamente, quizá, o de otro distinto. Esto podría resultar ser tremendamente útil en casos de daños cerebrales, lesiones, traumas...; podría ayudar a un cerebro dañado a restablecer sus viejos hábitos en nuevos canales: algo que el cerebro se esfuerza largo y tendido en hacer

por sus propios medios. Podría utilizarse para «enseñar» nuevos hábitos a un cerebro que funciona de forma anormal, y un largo etcétera. Sin embargo, todo esto es especulación, en este momento, y sí, cuando vuelva a dedicarme a la investigación en esa línea me registraré por supuesto en el HEW. —Eso era muy cierto. No era necesario mencionar que había estado investigando en esa línea, ya que hasta el momento los resultados no eran concluyentes y lo único que lograría era que lo malinterpretaran—. Podría describirse la forma de autoestimulación por grabación que utilizo en esta terapia como ineficaz en el paciente más allá del efecto ejercido durante el periodo de funcionamiento de la máquina: entre cinco y diez minutos. —Conocía mejor cualquiera de las especialidades de los abogados HEW de lo que ella conocía la suya. Vio que la letrada asentía levemente tras oír la última frase, más próxima a sus conocimientos.

Pero enseguida dijo:

—Entonces ¿qué es lo que hace?

—Sí, a eso iba —dijo Haber, que reajustó rápidamente el tono, puesto que la irritación empezaba a asomar a la superficie—. En este caso tenemos a un sujeto que teme soñar: un onirofóbico. Mi tratamiento consiste en un condicionamiento básico en la tradición clásica de la psicología moderna. Se induce al paciente a soñar aquí, bajo condiciones controladas; el contenido del sueño y el efecto emocional son manipulados por medio de la sugestión hipnótica. Se muestra al sujeto que puede soñar a salvo, que puede ser un placer, etcétera, un condicionamiento positivo que lo liberará de su fobia. El Aumentador constituye el instrumento ideal para este propósito. Garantiza que soñará, instigando y luego reforzando su propia actividad típica del estado d. El sujeto podría tardar hasta una hora y media en atravesar los diversos estados del sueño s y alcanzar el estado d por sus propios medios, una duración nada práctica para sesiones de terapia diurnas, y, además, durante el sueño profundo la fuerza de las sugestiones hipnóticas referentes al contenido del sueño podrían perderse parcialmente. Esto no es deseable: mientras está condicionado es esencial que no tenga sueños negativos, que no sufra pesadillas. Por tanto, el Aumentador supone para mí tanto un aparato que me ahorra tiempo como un factor de seguridad. La terapia podría realizarse sin él, pero probablemente llevaría meses; con él, espero que dure semanas. Podría demostrar ser un enorme ahorro de tiempo, en los casos apropiados, tanto como la propia hipnosis ha demostrado serlo en el psicoanálisis y la terapia conductual.

La grabadora de la abogada soltó un pitido. Ping, anunció el comunicador que descansaba en el escritorio con su voz a la vez suave y autoritaria. Gracias a Dios.

—Ya está aquí nuestro paciente. Ahora sugiero, señorita Lelache, que se lo presente y que, si quiere, charlemos un poco; tal vez luego sería adecuado que se retirase usted a ese sillón de cuero que hay en el rincón, ¿le parece? Su presencia no debería suponer una diferencia para el paciente, pero si se le recuerda constantemente podría ralentizar mucho el proceso. Hablamos de alguien que sufre de un agudo

estado de ansiedad, con tendencia a interpretar sucesos como personalmente amenazadores, y se ha creado un conjunto de engaños a modo de protección, como podrá apreciar. Ah, sí, apague la grabadora, por favor, en efecto, no debe usted grabar una sesión de terapia. ¿De acuerdo? Muy bien, estupendo. ¡Sí, hola, George, pase, pase! Le presento a la señorita Lelache, la participante del HEW. Ha venido a ver el Aumentador en acción. —Ambos se estrecharon la mano con una rigidez ridícula. Cling clong, sonaron los brazaletes de la abogada. El contraste divirtió a Haber: la mujer dura, enérgica, y el tipo sin carácter, dócil. No tenían nada en común.

»Veamos —continuó, disfrutando de la dirección del espectáculo—. Sugiero que pongamos manos a la obra, a menos que tenga algo concreto en mente, George, algo de lo que quiera hablar antes. —Los distribuyó mentalmente mediante sus gestos aparentemente tímidos: la Lelache al sillón del rincón, Orr al sofá—. Muy bien, pues, estupendo. Pongamos el sueño en marcha. Que constituirá un archivo para que HEW corrobore que el Aumentador no lo deja sin uñas en los pies, le obstruye las arterias o hace que le explote la mente, y que tampoco tiene efectos secundarios, exceptuando quizá un leve descenso compensatorio en el sueño poblado por sueños que pueda tener esta noche.

Cuando terminó la frase, extendió el brazo y puso como si nada la mano derecha en la garganta de Orr.

El paciente parpadeó consciente del contacto, como si fuese la primera vez que lo hipnotizaban.

Seguidamente se disculpó.

—Lo siento. Lo ha hecho tan de sopetón...

Fue necesario rehipnotizarlo completamente empleando el método de inducción v-c, que por supuesto era perfectamente legal, pero algo más dramático de lo que a Haber hubiera gustado usar en presencia de un observador del HEW; estaba furioso con Orr, en quien había percibido una creciente resistencia a lo largo de las últimas cinco o seis sesiones. En cuanto tuvo inconsciente al sujeto, puso en marcha una cinta que había preparado personalmente, con fórmulas repetitivas y aburridas de trance profundo y sugerencias poshipnóticas para la rehipnotización.

—Ahora se siente relajado, cómodo. Se sumerge más y más en un trance. —Y etcétera, etcétera. Mientras se reproducía la cinta, se acercó al escritorio y revolvió en el papeleo con expresión calma y seria, haciendo caso omiso de la presencia de Lelache. Ella se mantuvo inmóvil, consciente de que no debía interrumpir la rutina hipnótica; contemplaba las vistas que había tras la ventana, las torres de la ciudad.

Finalmente, Haber paró la cinta y puso el casco de trance en la cabeza de Orr.

—Y ahora, mientras le pongo todo lo que debo ponerle, hablemos de lo que soñará hoy, George. A usted le apetece hablar sobre ello, ¿verdad?

Lento gesto afirmativo con la cabeza por parte del paciente.

—La última vez que estuvo usted aquí hablamos sobre las cosas que le preocupan. Dijo que le gustaba su empleo, pero que no le gusta tener que tomar el

tren para ir al trabajo. Dijo que se llena enseguida de gente, que viaja apretujado. Dijo tener la sensación de no tener espacio para moverse, como si estuviera prisionero.

Hizo una pausa, y el paciente, que siempre se mostraba taciturno en la hipnosis, se limitó a responder por último:

—Exceso de población.

—Hmm, ésa fue la palabra que empleó. Ésa es su palabra, su metáfora, para definir esta sensación de falta de libertad. Muy bien, hablemos ahora de esa palabra. Ya sabe que en el siglo XVIII, Malthus dio la voz de alarma para alertar del crecimiento de la población; y luego hubo otro brote de pánico hará unos treinta o cuarenta años. Está claro que la población ha aumentado; pero todos los horrores que predijeron no han sucedido. No es tan malo como dijeron que sería. Aquí, en Estados Unidos, nos las apañamos bien, y si la calidad de vida ha sufrido menoscabo en algunos casos, en otros ha mejorado sustancialmente respecto a hace una generación. Quizá un excesivo temor a la superpoblación, a la aglomeración de gente, no refleje una realidad externa, sino un estado mental interno. ¿Qué significa que perciba la superpoblación cuando no debería? Tal vez que teme el contacto humano, la cercanía con el prójimo, que lo toquen. Así que se ha buscado una especie de excusa para mantener a distancia la realidad. —El EEG seguía en marcha, y mientras hablaba ultimó las conexiones al Aumentador—. Bueno, George, hablaremos un poco más y luego diré la palabra clave, «Amberes», momento en que se sumirá en un sueño profundo. Cuando despierte, se sentirá despejado, alerta. No recordará lo que estoy diciendo ahora, pero sí recordará el sueño. Será uno vívido y agradable, un sueño efectivo. Soñará sobre aquello que lo preocupa, su superpoblación: tendrá un sueño en que descubrirá que no es eso lo que lo preocupa realmente. La gente no puede vivir en soledad, después de todo; ¡el encierro en soledad es la peor clase de encierro! Necesitamos rodearnos de personas. Para que nos ayuden, personas a las que ayudar, con quienes competir, gente que nos haga mejorar. —Siguió y siguió. La presencia de la abogada perjudicó su retórica; tuvo que plantearlo todo en términos abstractos, en lugar de limitarse a contarle a Orr lo que debía soñar. Pero no falsificaba su método con tal de engañar a la observadora; sencillamente, su método no era invariable. Lo cambiaba de sesión en sesión, buscando el modo seguro de sugestionar el sueño preciso que quería, siempre en busca de métodos para superar la resistencia que pensaba que a veces constituía el exceso de literalidad del proceso primario de pensamiento, y a veces para forzar una interrupción positiva en la mente de Orr. Fuera lo que fuese que lo impidiera, el sueño casi nunca se producía tal como Haber lo había pretendido; y esta especie de vaga, abstracta sugestión podía resultar igual que cualquier otra estrategia. Quizá motivase una menor resistencia consciente por parte de Orr.

Antes de continuar, dirigió un gesto a la abogada para que se acercara a observar la pantalla del electroencefalograma, que había estado mirando desde el sillón esquinero.

—Va a tener un sueño en el que se sentirá sin gente alrededor, sin apretujones. Soñará que disfruta de todo el espacio del mundo, toda la libertad de movimiento que desea. —Finalmente, dijo—: ¡Amberes! —Y señaló los registros del EEG para que la Lelache viera el cambio que se había producido casi de forma espontánea—. Mire cómo se reduce todo en la gráfica —murmuró—. Hay un pico, mire, y aquí hay otro... Los husos del sueño. Ya se adentra en la segunda etapa del sueño ortodoxo, el sueño s, o como quiera que usted lo conozca, la clase de sueño sin sueños vívidos que se produce a lo largo de la noche entre los estados d. Pero no permitiré que se sumerja mucho en la cuarta fase, puesto que aquí ha venido a soñar. Voy a poner en marcha el Aumentador. No aparte la vista de esas marcas. ¿Las ve?

—Parece que acaba de despertar —murmuró ella con reserva.

—¡Exacto! Pero no lo hace. Mírelo.

Orr yacía tumbado de espaldas, la cabeza algo echada hacia atrás, de modo que la barba corta, rubia, señalaba al techo; dormía como un tronco, pero había cierta tensión en torno a sus labios. Lanzó un hondo suspiro.

—¿Ve cómo mueve los ojos bajo los párpados? Así es cómo repararon en los años treinta en todo ese fenómeno del sueño y los sueños. Durante años se ha denominado a este hecho «movimientos oculares rápidos del ojo», MOR. Pero es muchísimo más que eso. Es un tercer estadio de la existencia. Su sistema autonómico cuenta con tal movilidad que podría equipararse a uno de los momentos más emocionantes de la vigilia; pero su tono muscular es nulo, los músculos mayores están más relajados que en el sueño s. Las zonas cortical, subcortical, del hipocampo y media del cerebro están activas como en la vigilia, mientras que permanecen activas en el sueño s. Su respiración y la presión sanguínea alcanzan valores propios de la vigilia, si no superiores. Mire, tómeme el pulso. —Presionó levemente la laxa muñeca de Orr con dos dedos—. Ochenta u ochenta y cinco. Sea lo que sea, se lo pasa de maravilla...

—¿Se refiere a que está soñando? —preguntó ella con expresión asombrada.

—Exacto.

—¿Todas estas reacciones son normales?

—Totalmente. Todos nos subimos a este escenario cada noche, cuatro o cinco veces, al menos durante diez minutos cada vez. En pantalla tenemos un estado d bastante normal. La única anomalía o peculiaridad que podría percibirse la constituyen los picos ocasionalmente altos que se registran, una especie de efecto tormenta de ideas que no había visto con anterioridad en un estado d EEG. La pauta parece similar a un efecto que vengo observando en los electroencefalogramas de varones que trabajan con denuedo en ciertos puestos: individuos creativos, artistas, pintores, poetas, incluso en personas que leen a Shakespeare. Aún no sé qué hace el cerebro en momentos como éstos. Pero el Aumentador me proporciona la oportunidad de observarlos sistemáticamente y, por tanto, con el tiempo, de poder analizarlos.

—¿No existe ninguna posibilidad de que la máquina esté causando este efecto?

—No. —De hecho, había intentado estimular el cerebro de Orr con una grabación de una de esas puntas, pero el sueño resultante de dicho experimento había sido incoherente, un revoltijo entre el sueño anterior, durante el cual el Aumentador había grabado la punta, y el actual. No era necesario mencionar los experimentos no concluyentes—. Ahora que se ha adentrado en su sueño, de hecho, apagaré el Aumentador. Mire a ver si es capaz de discernir cuándo cierre el contacto. —No pudo—. Es posible que se produzca una actividad confusa. No aparte la vista de la gráfica. Es posible que repare en ello al principio en la onda theta, ahí, desde el hipocampo. Sin duda, se produce también en otros cerebros. Nada que no hayamos visto antes. Si puedo averiguar en qué otros cerebros, y en qué estado, podría llegar a ser capaz de concretar con mayor exactitud cuál es el problema que acucia a este sujeto; podría existir una tipología psicológica o neurológica a la que pertenezca. ¿Comprende las posibilidades del Aumentador en el campo de la investigación? No causa efecto en el paciente, excepto el de situar a su cerebro en cualquiera que sea el estado propio en que el investigador quiera observarlo. ¡Mire ahí! —Por supuesto, ella no alcanzó a ver la punta. La lectura del electroencefalograma en pantalla requería de cierta práctica—. Se acerca el final, pero sigue soñando... Ahora mismo podrá contarnos qué ha visto. —No podía seguir hablando, la boca se le había quedado seca. Lo sintió: la alteración, la llegada, el cambio.

También a la mujer le ocurrió lo mismo. Parecía asustada. Se pellizcaba un eslabón del pesado collar de metal como si de un talismán se tratara, y miraba con terror, conmocionada, consternada, el panorama que le ofrecía la vista a través de la ventana.

Haber no había esperado eso. Creía que sólo él era capaz de reparar en los cambios.

Pero ella le había oído sugestionar a Orr lo que debía soñar; había permanecido a su lado, en el centro, como él. Y también como él se había vuelto para mirar por la ventana a las torres que se desvanecían como si fueran el fruto de un sueño, sin dejar a su paso una huella de su existencia, los kilómetros y kilómetros de insulsos barrios periféricos que se disolvieron como el humo llevado por el viento, la ciudad de Portland, que había contado con una población de un millón de habitantes antes de los Años de la Peste, pero que en los tiempos que corrían, en la llamada Recuperación, era una leonera, un caos, igual que todas las ciudades estadounidenses, pero unificada por sus colinas y su río brumoso con sus siete puentes. El edificio de cuarenta plantas del First National Bank dominaba el perfil del centro, y más allá, sobre todo ello, se alzaban las serenas y blancas montañas...

Ella vio cómo sucedía. Y él comprendió que nunca había pensado que la observadora del HEW pudiera ver cómo ocurría. No era una posibilidad, ni siquiera se lo había planteado. Esto implicaba que ni siquiera él había creído en el cambio, en lo que hacían los sueños de Orr. Aunque lo había sentido, lo había visto, con asombro, temor y júbilo, al menos una docena de veces a esas alturas; a pesar de

haber visto cómo su caballo se convertía en una montaña (si es que puede verse cómo se solapa una realidad sobre otra), a pesar de haber puesto a prueba, de haber utilizado, el poder efectivo de los sueños de Orr casi durante un mes, aún no era capaz de creer lo que sucedía.

Todo ese día, desde que había llegado a su puesto de trabajo, ni siquiera había dedicado un pensamiento al hecho de que, una semana atrás, no era director del Instituto Onirológico de Oregón, sencillamente porque no había tal instituto. Desde el viernes pasado, este instituto existía desde hacía dieciocho meses. Y él era su fundador y director. Y por ser esto lo que era para él, para todos los miembros del personal, para sus colegas de la Facultad de Medicina, y para el gobierno que lo había financiado, aceptó sin reservas esa situación, igual que ellos lo hicieron, como si fuera la única realidad posible. Había borrado de su memoria el hecho de que, hasta el viernes pasado, las cosas no habían sido de esa manera.

Aquél fue, con diferencia, el sueño más exitoso de Orr. Había empezado en su antigua consulta al otro lado del río, bajo esa condenada fotografía mural del monte Hood, y terminó en esa oficina... y él estuvo allí, vio los cambios que experimentaban las paredes a su alrededor, y supo que el mundo estaba en pleno rehacerse, y lo olvidó. Lo había olvidado de tal modo que ni siquiera llegó a preguntarse si un extraño, un tercero, podría haber pasado por la misma experiencia.

¿Cómo afectaría a la mujer? ¿Lo entendería? ¿Perdería la cabeza? ¿Qué haría? ¿Conservaría ambas memorias, como le había pasado a él, la verdadera y la nueva, la antigua y la real?

No debía hacerlo. Se interpondría, avisaría a otros observadores, echaría a perder por completo el experimento, arruinaría sus planes.

Debía detenerla a cualquier precio. Se volvió hacia ella, las manos crispadas en puños, dispuesto a la violencia.

Ella seguía ahí de pie. Su piel morena había adquirido una intensa palidez, tenía la boca abierta. Estaba aturdida. No podía creer lo que había visto al otro lado de la ventana. No podía y no lo hacía.

Se relajó un poco la extraordinaria tensión que soportaba Haber. Mirándola, se sintió bastante seguro de que estaba tan confundida y traumatizada que era inofensiva. Pero de todos modos debía actuar deprisa.

—Pasaré un rato durmiendo —dijo. Su voz casi sonó normal, a pesar de la ronquera derivada de la tirantez muscular. No tenía ni idea de lo que iba a decir, pero siguió adelante; cualquier cosa con tal de romper el hechizo—. Ahora dejaré que disfrute de un breve periodo de sueño s. No mucho, o apenas recordará lo que ha soñado. Bonita vista, ¿no le parece? Estos vientos del este que han soplado últimamente son un regalo divino. En otoño e invierno me paso meses sin ver las montañas. Pero ahí están cuando despejan las nubes. Oregón es un lugar magnífico. No hay estado en la Unión que se conserve mejor. No explotaron mucho sus recursos

antes del Impacto. Portland empezaba a despegar a finales de los setenta. ¿Es usted oriunda de Oregón?

Al cabo de un minuto ella asintió, embobada. Aunque fuese lo único, el tono desenfadado de la voz de Haber la había alcanzado.

—Nací en Nueva Jersey. Allí el deterioro ambiental fue terrible cuando era una niña. La ingente labor de desescombro y derribo que tuvo que hacer la Costa Este tras el Impacto, y que sigue haciendo, es increíble. Aquí no se había acusado el daño real derivado del exceso de población y la mala gestión ambiental, excepto en California. El ecosistema de Oregón seguía intacto. —Era peligroso mantener esa charla sobre un tema peliagudo, pero no se le ocurría nada mejor: se sentía obligado. Tenía la cabeza demasiado saturada, repleta de dos conjuntos de recuerdos, dos sistemas llenos de información: uno perteneciente al mundo real (que ya no lo era) con una población humana próxima a los siete mil millones y aumentando geométricamente; y otro del mundo real (el actual) con una población inferior a los mil millones, aún por estabilizarse.

«Dios mío —pensó—. ¿Qué ha hecho Orr?».

Seis mil millones de personas.

¿Dónde estaban?

Pero la abogada no debía caer en la cuenta. No debía hacerlo.

—¿Ha viajado alguna vez al Este, señorita Lelache?

Ella lo miró distraída y respondió:

—No.

—Bueno, qué más da. De todos modos Nueva York está condenado, y Boston; además, el futuro de este país pende de un hilo. El precipicio es cada vez más alto. Así están las cosas, solía decirse cuando yo era crío. Por cierto, me pregunto si conoce a Dewey Furth, de la oficina del HEW de aquí.

—Sí —respondió ella, que seguía con la mente como embotada, pero que empezaba a responder, a actuar como si nada hubiese pasado. Un escalofrío de alivio recorrió el cuerpo de Haber. De pronto quiso sentarse, para respirar hondo. Había pasado el peligro. Ella rechazaba aquella experiencia increíble. Seguro que ahora se preguntaba: ¿qué me pasa? ¿Por qué me habrá dado por mirar a través de la ventana con la esperanza de ver una ciudad de tres millones de habitantes? ¿Habré sufrido un ataque de locura transitoria?

Haber pensó que, por supuesto, quien presencia un milagro está dispuesto a rechazar aquello que ve con sus propios ojos si quienes lo acompañan no han visto nada.

—El ambiente está cargado —dijo con cierta solicitud en el tono de voz mientras se dirigía al termostato que había en la pared—. Mantengo la temperatura alta, es una costumbre de mis tiempos de investigador del sueño; la temperatura del cuerpo cae durante el sueño, y no quieres que tus pacientes o sujetos pillen un resfriado. Este calor eléctrico es demasiado eficiente, enseguida hace demasiado calor, me atonta...

No tardará en despertar. —Pero no quería que Orr recordase con claridad su sueño, que pudiera contarlo, que confirmase el milagro—. Creo que lo dejaré dormir un rato más, no me importa que sea incapaz de recordar lo que ha soñado esta vez, y ya se ha adentrado en la tercera fase del sueño. Dejemos que siga ahí mientras terminamos de charlar. ¿Hay algo más que desee preguntarme?

—No. No lo creo. —Las pulseras entrechocaron sin brío. Ella parpadeó, intentando recomponerse—. Si remite una descripción detallada de su máquina, así como de su manejo, y de los usos a los que la somete en la actualidad, todas esas cosas, ya sabe, al despacho del señor Furth... bastará con eso. ¿Ha patentado ya su invento?

—He solicitado una patente, sí.

Ella asintió.

—Puede que valga la pena. —Se había acercado, entre levísimos tintineos y repiqueteos hacia el hombre dormido, a quien observaba con una expresión peculiar de su rostro delgado y moreno.

—Tiene usted una profesión muy extraña —dijo ella inesperadamente—. Sueños; observar cómo funciona el cerebro de los demás; decirles qué deben soñar... Supongo que hará buena parte de su trabajo de investigación de noche.

—Solía hacerlo. El Aumentador podría ahorrarnos parte de todo eso. Si lo utilizamos, seremos capaces de obtener sueños siempre que queramos, o de la clase que necesitemos para estudiar. Pero hace unos años hubo un periodo en que me era imposible irme a dormir antes de las seis de la mañana. Pasé así trece meses. —Se rio—. Ahora hago alardes de ese hecho. Mi récord. Últimamente confío la mayor parte del trabajo de madrugada a mis ayudantes. ¡Las compensaciones de la mediana edad!

—Cuando duerme, la gente parece tan distante... —apuntó ella sin quitar la vista de Orr—. ¿Dónde estarán...?

—Aquí mismo —respondió Haber, tecleando algo en la pantalla del EEG—. Aquí mismo, pero incomunicada. Eso es lo que a los humanos nos resulta asombroso del hecho de dormir. Que no se disfruta en la vida de mayor intimidad. El durmiente da la espalda a todo el mundo. «El misterio del individuo cobra mayor fuerza durante el sueño», escribió un colega investigador. ¡Claro que el misterio no es más que un problema que aún no hemos solucionado...! Va a despertarse. George... George... Despierte, George.

Y despertó como solía hacerlo, con rapidez, pasando de un estado al otro sin gruñidos, sin abrir los ojos como platos, sin recaídas. Se incorporó en el sofá y miró primero a la señorita Lelache, luego a Haber, que acababa de retirarle el casco de trance de la cabeza. Se levantó, se desperezó un poco y se dirigió a la ventana, donde permaneció de pie, contemplando el exterior.

Su delgada figura había adoptado una postura singular, imbuida casi de monumentalidad: estaba completamente inmóvil, inmóvil en mitad de algo. Pendientes como estaban, ni Haber ni la mujer dijeron una palabra.

Orr se volvió para mirar a Haber.

—¿Dónde están? —preguntó—. ¿Adónde han ido todos ellos?

Haber vio que la mujer abría los ojos aún más, vio cómo aumentaba la tensión en ella, y reparó en lo peligroso de la situación. Hablar. ¡Tenía que hablar!

—A juzgar por el electroencefalograma —dijo, oyendo cómo su voz surgía grave y cálida, tal como él quería que la oyeran—, ahora mismo acaba usted de tener un sueño muy cargado, George. Ha sido desagradable; muy próximo, de hecho, a una pesadilla. El primer sueño «malo» que ha tenido aquí. ¿No es así?

—He soñado con la Peste —dijo Orr, temblando de la cabeza a los pies, como si estuviera a punto de marearse.

Haber asintió. Se sentó al escritorio. Con su peculiar docilidad, su modo de hacer la cosa más habitual, más aceptable, Orr se le acercó para sentarse enfrente, en el sillón de cuero destinado a visitas y pacientes.

—Ha sudado tinta esta vez, y volver al mundo real no ha sido cosa fácil, ¿eh George?, ha sido la primera vez que le he dejado afrontar una inquietud real en un sueño. Esta vez, bajo mi dirección, tal como le he sugerido mediante la hipnosis, se ha acercado a uno de los elementos más profundos de su enfermedad psíquica. El enfoque no ha sido fácil, ni agradable. De hecho, el sueño ha sido un infierno, ¿verdad?

—¿Recuerda los Años de la Peste? —preguntó Orr, no con agresividad, sino con un timbre inusual en la voz: ¿sarcasmo? Miró a su alrededor en busca de Lelache, que se había retirado al sillón del rincón.

—Sí, los recuerdo. Yo ya era un hombre adulto cuando se declaró la primera epidemia. Tenía veintidós años cuando Rusia hizo aquel primer anuncio, conforme los contaminantes químicos en la atmósfera se combinaban para dar forma a cancerígenos virulentos. A la noche siguiente se publicaron las estadísticas hospitalarias de Ciudad de México. Entonces determinaron el periodo de incubación y todo el mundo empezó a contar. Esperando. Y hubo altercados, y manifestaciones donde la gente fornicaba en público a modo de protesta, y la Banda Apocalipsis, y los Justicieros. Y mis padres fallecieron ese año. Mi esposa al año siguiente. Después lo hicieron mis dos hermanas y sus hijos. Toda la gente que conocía. —Haber abrió los brazos—. Sí, recuerdo esos años —dijo con expresión grave—. Cuando hay que hacerlo.

—Solucionaron el problema de exceso de población, ¿verdad? —preguntó Orr, momento en el cual el deje de su tono de voz se hizo evidente—. Lo logramos de verdad.

—Sí. Lo solucionaron. Ya no hay problemas de exceso de población. ¿Acaso hubo una alternativa, aparte de la guerra nuclear? En la actualidad no hay ya hambruna perpetua en Sudamérica, África o Asia. Cuando los canales de transporte se recuperen del todo, ni siquiera habrá las bolsas de hambre que aún quedan. Dicen que un tercio de la humanidad sigue acostándose de noche con hambre; sin embargo,

en 1980, era el noventa y dos por ciento. Ya no hay desbordamientos en el Ganges causados por el apilamiento de cadáveres de muertos por hambre. No hay falta de proteínas y raquitismo entre los hijos de los integrantes de la clase obrera de Portland, Oregón. Como antes, como antes del Impacto.

—La Peste —dijo Orr.

Haber se inclinó hacia adelante sobre el amplio escritorio.

—Dígame, George. ¿Está superpoblado el mundo?

—No —respondió su paciente. A Haber le pareció que estaba riéndose, y se apartó con cierta aprensión; entonces reparó en que el brillo extraño que había en los ojos de Orr se debía a las lágrimas. Estaba a punto de quebrantarse. Mucho mejor. Si se hacía pedazos, la abogada se sentiría aún menos inclinada a creer nada que dijera que encajase con cualquier cosa que fuese capaz de recordar.

—Pero hace media hora, George, usted estaba profundamente preocupado, inquieto, porque creía que la superpoblación constituía una amenaza para la civilización, para todo el ecosistema terrestre. Vamos a ver, no espero que la inquietud haya desaparecido, de ninguna manera, pero sí creo que su cualidad ha cambiado desde que la ha vivido a través del sueño. Es consciente, ahora, de que no tenía una base real. La inquietud sigue existiendo, pero con esta diferencia: ahora sabe que es irracional, que se conforma con un deseo interno en lugar de hacerlo con una realidad externa. Eso es un buen punto de partida. Un buen principio. No está mal para una sola sesión, para un único sueño. ¿Se da cuenta de eso? Ahora tiene dónde agarrarse, una base para enfrentarse a todo esto, para imponerse a algo que lleva tiempo imponiéndose a usted, aplastándolo, haciendo que se sintiera hundido, prisionero. A partir de ahora va a ser una pelea justa porque usted es un hombre libre. ¿No se da cuenta? ¿No se siente, ya, en este preciso momento, algo menos aprisionado?

Orr lo miró antes de volverse de nuevo hacia la abogada. No dijo nada.

Hubo una larga pausa.

—Parece cansado —dijo Haber (palmadita verbal en el hombro). Quiso tranquilizar a Orr, devolverlo a su habitual estado de quien odia llamar la atención en el que carecería del coraje necesario para decir nada acerca de sus poderes relacionados con el sueño en presencia de terceros; o, en su defecto, de quebrantarlo para que se comportase con absoluta y abierta anormalidad. Pero no hizo ninguna de estas cosas—. Si no estuviese presente en un rincón una observadora del HEW le ofrecería un trago de whisky. Pero será mejor que no convirtamos una sesión de terapia en un guateque, ¿eh?

—¿No quiere que le hable del sueño?

—Si lo desea...

—Yo los enterraba. En una de esas zanjas enormes... A los dieciséis años trabajé en el Cuerpo de Entierros, después de que mis padres la tuvieran... Pero en el suelo la gente estaba desnuda y parecía haber muerto de hambre. Había montañas de

personas. Tenía que enterrarlos a todos. No dejaba de buscarlo a usted, pero no lo encontraba.

—No —aseguró Haber con afán tranquilizador—. Aún no he aparecido en sus sueños, George.

—Ah, sí. Con Kennedy. Y como caballo.

—Sí, al principio de la terapia —asintió Haber, como desestimándolo—. Pero volvamos a su sueño. ¿Ha utilizado usted material que forme parte de su experiencia...?

—No. Nunca he enterrado a nadie. Nadie ha muerto de la Peste. No hubo tal Peste. Todo forma parte de mi imaginación. Yo lo soñé.

¡Maldito gusano estúpido! Ha perdido el control, pensó Haber, que inclinó la cabeza manteniendo el silencio tolerante de quien deja cierto espacio a su interlocutor; era todo cuanto podía hacer, porque un comportamiento más agresivo podía levantar las sospechas de la abogada.

—Ha dicho que recordaba la Peste; pero ¿no recuerda también que no hubo tal Peste, que nadie murió de cáncer de resultas de la contaminación, que la población siguió aumentando y aumentando? ¿No? ¿No se acuerda de eso? ¿Qué me dice usted, señorita Lelache, recuerda ambas cosas?

Al oír esto, Haber se levantó.

—Lo siento, George, pero no puedo permitir que involucre a la señorita Lelache. No está cualificada. Sería impropio que ella le respondiera. Ésta no es una sesión psiquiátrica. La observación del Aumentador es lo único que justifica su presencia aquí, nada más y nada menos. Debo insistir en ello.

Orr estaba lívido; los pómulos se le marcaban en el rostro. Se sentó mirando fijamente a Haber. No dijo nada.

—Tenemos un problema, y mucho me temo que sólo hay un modo de solucionarlo. Hay que cortar el nudo gordiano. No se ofenda, señorita Lelache, pero como puede ver, usted es el problema. Sencillamente, nos hallamos en un punto en que nuestro diálogo no admite la presencia de un tercer miembro, aunque no participe. Lo mejor es dar la sesión por terminada. Ahora mismo. Empezaremos de nuevo mañana a las cuatro, ¿le parece bien, George?

Orr se levantó, pero no se dirigió hacia la puerta.

—¿Alguna vez le ha dado por pensar, doctor Haber que podría haber otros capaces de soñar como yo lo hago? —preguntó en voz baja, pero tartamudeando un poco—. Que la realidad cambia bajo nuestros pies, sustituida, renovada continuamente, sin que nosotros nos demos cuenta. Sólo el soñador lo sabe, y quienes conocen su sueño. Si eso es cierto, supongo que tenemos suerte de no saberlo. Esto ya es bastante confuso.

Simpático, sin comprometerse, tranquilizador, Haber lo acompañó charlando a la puerta, que cerró cuando se hubo marchado.

—Ha asistido usted a una sesión de crisis —anunció a la señorita Lelache, con la mano en el tirador de la puerta. Se secó el sudor de la frente y dejó que el cansancio y la preocupación permearan el tono y la expresión—. ¡Caramba! ¡Vaya día para tener a un observador presente!

—Ha sido muy interesante —admitió ella, cuyos brazaletes tintinearón un poco.

—No pierdo la esperanza con él —dijo Haber—. Una sesión como ésta puede desanimar a cualquiera, hasta a mí. Pero tiene una oportunidad, una oportunidad real, de superar esta pauta de desilusión en la que está inmerso, este terrible temor a soñar. El problema es que se trata de una pauta compleja, y que quien está atrapado en ella posee la inteligencia necesaria para hilvanar nuevas redes de las que caer preso... Si lo hubiesen enviado a hacer terapia hace diez años, antes de cumplir los veinte; claro que la Recuperación apenas había arrancado hace diez años. Incluso hace un año, antes de que empezase a deteriorar toda su orientación a la realidad con medicación. Pero lo intenta, y sigue haciéndolo; y es posible aún que gane mediante un ajuste a la realidad a través del sonido.

—Pero usted ha dicho que no es un psicópata —comentó Lelache, algo dubitativa.

—Correcto. Perturbado, dije. Por supuesto, si se resquebraja, lo hará completamente; es probable que lo haga en la línea catatónico esquizofrénica. Un perturbado no es menos susceptible a la psicosis que una persona normal. —No podía seguir hablando, las palabras se le secaban en la lengua, convertidas en mustios jirones de sandeces. Tenía la impresión de llevar horas soltando un torrente de palabrería sin tener el menor control sobre él. Por suerte, saltaba a la vista que la señorita Lelache también había tenido suficiente. Tintineó, taconeó, le estrechó la mano y se marchó.

Haber fue en primer lugar a la grabadora oculta en un friso próximo al sofá en la que registraba todas las sesiones de terapia: las grabadoras que emitían señal eran un privilegio especial de psicoterapeutas y de la Oficina de Inteligencia. Borró la grabación de la pasada hora.

Se sentó al imponente escritorio de roble, abrió el cajón inferior, sacó de su interior una botella y un vaso, y se sirvió un generoso trago de *bourbon*. Dios mío, media hora antes no quedaba una sola gota de *bourbon*, ¡hacía veinte años que era así! El grano era demasiado valioso, con siete mil millones de bocas que alimentar, como para destinarlo a la elaboración de licores. No había más que una pseudocerveza, o (para los médicos) alcohol puro; de eso había estado llena su botella hasta hacía media hora.

Apuró el contenido del vaso de un sorbo e hizo una pausa. Echó un vistazo por la ventana. Luego, se levantó y se situó ante ella, mirando los tejados y los árboles. Cien mil personas. El crepúsculo empezaba a oscurecer las tranquilas aguas del río, pero las montañas se alzaban inmensas, diáfanas, distantes, en la luz del sol que aún brillaba en las alturas.

—¡Por un mundo mejor! —brindó el doctor Haber, que levantó el vaso y apuró el *bourbon* con un último trago gustoso, persistente.

6

Podríamos tener pendiente aprender... que nuestra labor no es más que el principio, y que es posible que nunca podamos contar con ayuda alguna, excepto la inefable e impensable que proporciona el tiempo. Tal vez debamos aprender que el infinito remolino de la muerte y el nacimiento, del que no podemos huir, es de nuestra propia creación, de nuestro propio buscar. Que las fuerzas que integran los mundos son los errores del pasado. Que el eterno pesar no es más que el hambre eterna del deseo insaciable, y que los soles que se extinguen tan sólo prenden de nuevo gracias a las pasiones inextinguibles de las vidas desaparecidas.

LAFCADIO HEARN,
OUT OF THE EAST

El apartamento de George Orr se hallaba en la planta superior de una casa de vieja estructura situada a unas manzanas colina arriba en Corbett Avenue, una parte de la ciudad algo dejada donde la mayoría de los edificios se acercaban al siglo de antigüedad, si no lo habían rebasado. Tenía tres habitaciones grandes, un baño con una bañera de pie de garra y una vista entre tejados hasta el río por el que se deslizaban los barcos, las embarcaciones de recreo, los transportes de madera, sobrevolado por gaviotas e imponentes bandadas de palomas.

Recordaba perfectamente el otro piso, con su única habitación de 3,40 por 2,60 metros con placa extraíble para cocinar, cama hinchable y un baño comunitario al final del pasillo de linóleo, en la planta dieciocho de la torre Corbett Condominium, la cual no se había construido nunca.

Se apeó del tranvía en Whiteaker Street y anduvo colina arriba para después subir la amplia y oscura escalera; entró, dejó el maletín en el suelo y se tumbó en la cama, y por último se soltó. Estaba aterrorizado, angustiado, exhausto y perplejo.

—Debo hacer algo, debo hacer algo —se decía a sí mismo una y otra vez, pero no sabía qué. Nunca lo había sabido. Siempre había hecho lo que parecía que era necesario, lo siguiente en la lista, sin hacer preguntas, sin obligarse, sin preocuparse por ello. Pero aquella seguridad lo había abandonado cuando empezó a medicarse, y ahora estaba perdido. Debía actuar, tenía que hacerlo. Negarse a permitir que Haber se sirviera de él como un instrumento. Debía asumir las riendas de su destino.

Extendió las manos y las contempló, antes de hundir el rostro en ellas; estaba humedecido por las lágrimas. «Mierda, mierda —pensó con amargura—, ¿qué clase de hombre soy? ¿Lágrimas en la barba? No me extraña que Haber me utilice. ¿Cómo iba a no hacerlo? Carezco de fuerza, no tengo carácter, he nacido para servir de herramienta. No tengo destino. Lo único que poseo son sueños. Y ahora son otros quienes los rigen».

«Debo alejarme de Haber», siguió pensando, procurando mostrarse firme, decidido, a pesar de que en el mismo instante en que lo pensaba supo que no lo haría:

Haber lo tenía enganchado, y con más de un gancho.

Una configuración de sueños tan inusual, única, le había dicho Haber, no tenía precio para el campo de la investigación. La aportación de Orr al conocimiento humano se revelaría inmensa. Orr creía que Haber hablaba en serio y que sabía de lo que estaba hablando. De hecho, a sus ojos, el aspecto científico de aquello era lo único esperanzador; le parecía que tal vez la ciencia pudiera extraer algo bueno de su peculiar y terrible don, emplearlo con fines positivos, compensar un poco todo el daño que había hecho.

El asesinato de seis mil millones de personas inexistentes.

Orr tenía tal dolor de cabeza que tuvo la impresión de que iba a estallarle. Abrió el grifo del agua fría en el resquebrajado lavabo y sumergió el rostro durante medio minuto, para recuperarlo sonrojado, ciego y húmedo como un recién nacido.

Haber tenía la superioridad moral sobre él, pero donde realmente lo tenía acorralado era en el aspecto legal. Si Orr abandonaba la Terapia Voluntaria, podían presentar acusaciones por la obtención ilegal de medicamentos, y lo enviarían a la cárcel o a un manicomio. No había más opción. Y si no abandonaba, si se limitaba a saltarse las sesiones y negarse a cooperar, Haber poseía un instrumento efectivo de coerción: los fármacos inhibidores de sueños, los cuales Orr tan sólo podía obtener mediante receta. Lo incomodaba más que nunca la idea de soñar de manera espontánea, sin control. En el estado en el que se hallaba, después de ser condicionado para soñar de manera efectiva cada vez en el laboratorio, no le gustaba pensar en lo que podría suceder si soñaba así sin las limitaciones racionales que imponía la hipnosis. Sería una pesadilla, una pesadilla peor que la que acababa de tener en la consulta de Haber; de eso estaba seguro, y no se atrevía a permitir que sucediera tal cosa. Debía tomar los inhibidores de sueños. Ésa era la única cosa que sabía que debía hacer, lo que había que hacer. Pero podía hacerlo siempre y cuando Haber se lo permitiera, y por tanto debía cooperar con él. Estaba atrapado. Era una rata en la trampa. Corría por un laberinto sin salida, observada por un científico loco. No había salida. No la había.

Pero no se trataba de un científico loco, pensó Orr, confuso, sino que estaba perfectamente cuerdo. O lo estuvo. Es la oportunidad de ejercer el poder que le permiten mis sueños lo que lo convierte. Sigue representando un papel, y esto le proporciona un enorme papel que representar. Así que ahora está usando incluso su ciencia como un medio en lugar de como un fin... Pero sus fines son buenos, ¿o no? Quiere mejorar la vida de la humanidad. ¿Qué tiene eso de malo?

Volvía a dolerle la cabeza. Estaba bajo el agua cuando sonó el teléfono. Se apresuró a secarse la cara y el pelo y regresó a su dormitorio a oscuras, tanteando a ciegas.

—Hola, al habla Orr.

—Soy Heather Lelache —dijo una voz de contralto, suave y suspicaz.

Una sensación tan irrelevante como enternecedora de placer se alzó en su interior, como un árbol que crece y florece en un abrir y cerrar de ojos, con sus raíces en las entrañas y flores en la mente.

—Hola —repitió.

—¿Quiere que nos veamos en algún momento para hablar de esto?

—Sí. Por supuesto.

—Bueno. No quiero que piense que existe un posible caso por utilizar esa máquina, el Aumentador. Parece que funciona perfectamente. Ha sido sometido a extensas pruebas de laboratorio y ha pasado por pruebas de funcionamiento bajo la supervisión de los canales adecuados, además de estar registrada con el HEW. Es un profesional de tomo y lomo, eso está claro. No me di cuenta de quién era cuando usted habló conmigo. Un hombre no alcanza esa clase de posición a menos que sea muy muy bueno.

—¿Qué posición?

—Bueno ¡pues el cargo de director de un instituto de investigación financiado por el gobierno!

Le gustaba cómo empezaba ella tan a menudo sus fieras y desdeñosas frases con aquel débil, conciliador, «bueno». Era como si socavara el suelo que los sostenía antes de que echasen a andar, quedándose ambos suspendidos en el vacío. Tenía coraje, mucho coraje.

—Ah, sí, comprendo —dijo él, impreciso. El doctor Haber había obtenido su cargo de director al día siguiente de que Orr obtuviese su cabaña. El sueño de la cabaña se había producido durante la sesión nocturna que habían mantenido durante toda una noche; nunca acordaron hacer otra. La sugestión hipnótica del contenido del sueño no bastaba para abarcar toda una noche, y el doctor Haber había tirado la toalla a las tres de la madrugada y, con Orr enganchado al Aumentador, había suministrado a su paciente pautas de sueño profundo durante el resto de la noche para que ambos pudieran descansar. Pero a la tarde siguiente tuvieron otra sesión, y el sueño que Orr había soñado en el transcurso de la misma había sido tan largo, tan confuso y complicado, que nunca había estado del todo seguro de qué cosas había cambiado, qué buenas obras Haber había logrado esa vez. Se había ido a dormir en la antigua consulta y había despertado en el despacho del O.O.I.: Haber se había procurado un ascenso. Pero hubo algo más que eso: el tiempo atmosférico era algo menos lluvioso, al parecer, desde aquel sueño; quizá habían cambiado otras cosas. No estaba seguro. Había protestado en contra de tener tanto sueño efectivo en tan poco tiempo. Haber había aceptado de inmediato no presionarlo tanto, y lo había dejado en paz durante cinco días sin celebrar una sola sesión. Después de todo, Haber era un hombre bondadoso. Además, no quería matar al ganso que le ponía los huevos de oro.

El ganso. Precisamente. Eso lo describía perfectamente, pensó Orr. Un condenado, insulso e insípido ganso. Había perdido un par de frases de lo que le estaba diciendo la señorita Lelache.

—Disculpe —dijo—. No he oído lo que me decía hace un momento. Creo que estoy algo espeso en este momento.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, bien. Algo cansado.

—Ha tenido un sueño perturbador. Sobre la Peste, ¿verdad? Después tenía un aspecto terrible. ¿Esas sesiones lo dejan así siempre?

—No, no siempre. Ésta ha sido una de las malas. Supongo que ya se habrá dado cuenta. ¿Dónde tiene pensado que nos veamos?

—Sí. Le decía que el lunes para comer. Usted trabaja en el centro, ¿verdad?, en Industrias Bradford.

Para su leve sorpresa cayó en la cuenta de que así era. No existían los grandes proyectos de Bonneville-Umatilla para llevar agua a las ciudades gigantes de John Day y French Glen, que tampoco existían. No había ciudades grandes en Oregón, exceptuando Portland. No trabajaba de dibujante en el distrito, sino para una empresa privada de herramientas en el centro; trabajaba en la oficina de Stark Street. Por supuesto.

—Sí —le confirmó—. Estoy libre de una a dos. Podríamos vernos en Dave's, en Ankeny.

—De una a dos me va bien. Dave's también. Nos vemos el lunes.

—Espere —la retuvo él—. Escuche. ¿Le importaría...? ¿Le importaría decirme qué dijo el doctor Haber; me refiero a qué me pidió que soñara cuando me hubo hipnotizado? Usted lo presencié todo, ¿verdad?

—Sí, pero no puedo hacer eso. Estaría interfiriendo con su tratamiento. Si él quisiera que usted lo supiera, se lo diría. No sería ético, no puedo.

—Supongo que tiene razón.

—Sí. Lo siento. ¿Entonces el lunes?

—Adiós —dijo él, abrumado de pronto por la depresión y un mal presentimiento, devolviendo el revólver al lugar del que lo había sacado mientras la oía despedirse. Ella no podía ayudarlo. Era valiente y fuerte, pero no tanto. Quizá había presenciado o percibido el cambio, pero lo había hecho a un lado, lo había negado. ¿Por qué no? Era una pesada carga para cualquiera, esa doblez de la memoria, y no tenía motivos para aceptarla, carecía de motivos para creer siquiera por un momento a un psicópata baboso que aseguraba que sus sueños se hacían realidad.

Mañana era sábado. Larga sesión con Haber, desde las cuatro a las seis. Quizá más. No había salida.

Era la hora de comer, pero Orr no tenía hambre. No había encendido las luces de su dormitorio, iluminado por la luz del atardecer, ni las del salón, que no había llegado a terminar de decorar en los tres años que llevaba viviendo allí. Entró en él. Las ventanas miraban a las luces y al río, el ambiente olía a polvo y a promesa de primavera. Había un hogar enmarcado en madera, un antiguo piano de pared al que le faltaban ocho teclas, una pila de troncos junto a la chimenea, y una decrepita mesa de

bambú japonés de un palmo de altura. La oscuridad yacía indolente en el desnudo suelo de madera de pino, basto, sucio.

George Orr se tumbó en aquella templada negrura cuan largo era, boca abajo, con el olor de la madera polvorienta en las fosas nasales; la dureza de la superficie le sostenía el cuerpo. Yació inmóvil, sin dormirse, en algún lugar que no era el sueño, más allá, fuera, un lugar donde no hay sueños. No era la primera vez que había estado allí.

Cuando se levantó, fue para tomarse un comprimido de clorpromazina e irse a la cama. Esa misma semana, Haber le había hecho probar con las fenotiazinas; parecían sentarle bien, le permitían acceder a un estado d a voluntad, a la vez que debilitaban la intensidad de los sueños para que nunca llegaran a alcanzar el nivel efectivo. Eso estaba bien, pero Haber decía que el efecto iría perdiendo fuerza, igual que con los demás medicamentos, hasta perderlo por completo. No había nada capaz de impedir soñar a un ser humano, le había dicho. Sólo la muerte.

Esa noche, al menos, logró dormir profundamente, y si soñó, los sueños se mostraron huidizos, insustanciales. No despertó casi hasta mediodía del sábado. Fue a la nevera y miró dentro; se quedó mirando un rato. Había más alimentos en ella de los que había visto en una nevera particular en toda su vida. En su otra vida. La que vivía entre las otras siete mil millones de personas, donde nunca había comida suficiente. Donde un huevo era el lujo del mes. «¡Hoy ovulamos!», solía decirle su medio esposa cuando él le llevaba su ración de huevo... Curioso, en esa vida no habían celebrado un matrimonio a prueba, Donna y él. No había tal cosa, legalmente hablando, en los años posteriores a la Peste. Sólo existía el matrimonio total. En Utah, puesto que el índice de natalidad seguía siendo inferior al de mortalidad, intentaban incluso restituir el matrimonio polígamo, por motivos religiosos y patrióticos. Pero ellos no habían celebrado ninguna clase de matrimonio esta vez, tan sólo habían convivido. A pesar de ello, tampoco había durado. Devolvió la atención a los alimentos que había en la nevera.

No era el hombre delgado, de facciones angulosas, que había sido en el mundo de los siete mil millones; era, de hecho, tirando a sólido. Pero ingirió, como un muerto de hambre, una copiosa comida: huevos duros, tostadas con mantequilla, anchoas, cecina, queso, nueces, un poco de lenguado con mayonesa, lechuga, remolacha en escabeche, galletas de chocolate, cualquier cosa que encontrase en su interior. Después de semejante orgía, se sintió físicamente mucho mejor. Pensó en algo mientras tomaba un auténtico no sucedáneo de café que de hecho le arrancó una sonrisa. Pensó: «En esa vida, ayer, tuve un sueño efectivo que obliteró seis mil millones de vidas y cambió toda la historia de la humanidad del último cuarto de siglo. Pero en esta vida, que creé a continuación, no tuve un sueño efectivo. Estaba en la consulta de Haber, en su despacho, sí, y soñé, pero no hubo cambios. Así ha sido

todo este tiempo, y tan sólo tuve una pesadilla acerca de los Años de la Peste. No me ocurre nada malo; no necesito terapia».

Nunca lo había considerado así, y le divirtió tanto que sonrió de nuevo, aunque no fue una sonrisa especialmente feliz.

Sabía que volvería a soñar.

Eran pasadas las dos. Se aseó, encontró el gabán (algodón auténtico, un lujo en la otra vida), y echó a andar en dirección al instituto, un paseo de unos tres kilómetros, pasando junto a la Facultad de Medicina y, después, Washington Park adentro. Podría haber ido en tranvía, por supuesto, pero la frecuencia de paso era esporádica y daba muchos rodeos. De todos modos no tenía prisa. Era agradable pasear bajo la cálida lluvia de marzo por las calles tranquilas; los árboles se cargaban de hojas, cerca estaban los castaños de prender sus velas.

El Impacto, la peste carcinógena que había reducido la población humana en cinco mil millones de personas en cinco años, y en otros mil millones en los siguientes diez, había sacudido las civilizaciones del mundo hasta los cimientos, a pesar de lo cual, al final, habían quedado intactas. Nada había cambiado de forma radical, sólo era cuestión de números.

El ambiente seguía profunda e irremediabilmente contaminado: la misma polución que había precedido durante décadas al Impacto y que fue su causa directa. Ya no perjudicaba mucho a nadie, excepto a los recién nacidos. La Peste, en su variedad leucémica, selectiva aún, como con esmero, escogía a uno de cada cuatro bebés y lo mataba en un periodo de seis meses. Los supervivientes eran prácticamente inmunes al cáncer. Pero había otros pesares.

A lo largo del río las fábricas no vomitaban humo. No había coches que llenasen el aire con el monóxido de carbono de los tubos de escape; los pocos que circulaban lo hacían gracias al empuje de baterías o de vapor.

Tampoco había pájaros cantores.

Los efectos de la Peste eran visibles en todas las cosas, seguían siendo algo endémico, pese a lo cual no habían logrado impedir que estallase una guerra. De hecho, los combates en Oriente Próximo eran más encarnizados de lo que habían sido en zonas más pobladas. Estados Unidos se había comprometido sin reservas con la causa egipcioisraelí, aportando armamento, munición, aviones y regimientos de «asesores militares». China estaba igualmente comprometida con el bando formado por Irak e Irán, a pesar de que aún no había enviado soldados chinos, únicamente tibetanos, norcoreanos, vietnamitas y mongoles. Rusia y la India se mantenían al margen, en una situación incómoda; pero desde que Afganistán y Brasil se habían declarado proiraníes, Pakistán podía alinearse con el bando egipcio. La India perdería entonces los nervios y se alinearía con China, lo cual podía asustar lo bastante a la Unión Soviética para sumarse al bando estadounidense. Esto arrojaba un resultado de doce potencias nucleares en total, seis por bando. Así discurrían las especulaciones. Jerusalén era un montón de escombros, y en Arabia Saudí e Irak la población civil

vivía en agujeros en el suelo, mientras los tanques y los aviones rociaban el ambiente de fuego y de cólera el agua, y los niños pequeños se arrastraban fuera de los agujeros cegados por el napalm.

Seguían asesinando blancos en Johannesburgo, leyó Orr en el titular de un periódico del quiosco de la esquina. Hacía años de la Revuelta, ¡y aún quedaban blancos a los que asesinar en Sudáfrica! La gente es dura...

La lluvia que caía era cálida, contaminada, suave en la cabeza descubierta mientras ascendía las colinas grises de Portland.

En el despacho con la espléndida ventana esquinera que miraba a la lluvia, dijo:

—Por favor, deje de utilizar mis sueños para mejorar las cosas, doctor Haber. No va a funcionar. Es una equivocación. Quiero curarme.

—¡Ése es uno de los prerequisites esenciales de su cura, George! Querer curarse.

—No cambie de tema.

Pero el hombretón era como una cebolla; quitas una capa y sale otra de personalidad, de creencia, de respuesta, capas infinitas, un sinfín de capas, imposible alcanzar el corazón. En ningún lugar donde se detuviera, donde tuviera que pararse, donde dijera «¡Aquí me planto!». No había un ser, tan sólo capas.

—Está utilizando mis sueños efectivos para cambiar el mundo. ¿Por qué no me dice a la cara que eso es lo que hace? ¿Por qué no?

—George, debe usted comprender que hace preguntas que desde su punto de vista puede que parezcan razonables, pero que desde el mío son literalmente incontestables. No vemos la realidad del mismo modo.

—Pues se parecen bastante ya que podemos hablar.

—Sí. Por suerte. Pero no siempre para ser capaces de preguntar y responder. Aún no.

—Puedo responder a sus preguntas, y lo hago... En fin, escúcheme. No puede seguir cambiando las cosas, intentando dirigirlo todo.

—Habla como si ése fuera una especie de imperativo moral general. —Miró a Orr con su sonrisa reflexiva, afable, acariciándose la barba—. Pero, de hecho, ¿no es ése el propósito del hombre en la Tierra? ¿Hacer cosas, cambiar las cosas, dirigir las, construir un mundo mejor?

—¡No!

—¿Cuál es, entonces, su propósito?

—No lo sé. Las cosas no tienen propósitos, como si el universo fuese una máquina y cada una de sus partes tuviese una función útil. ¿Cuál es la función de la galaxia? No sé si nuestra vida tiene un propósito, y no veo que eso importe. Lo que importa es que somos una parte. Como un hilo en una tela o una brizna de hierba en el campo. Es y nosotros somos. Lo que hacemos es como el viento que sopla en la hierba.

Hubo una breve pausa, y cuando Haber respondió, su tono ya no era afable, tranquilizador o alentador. Era bastante neutro y rayano, apenas perceptiblemente, en

el desprecio.

—Posee usted una peculiar perspectiva pasiva para haberse educado en el Occidente judeocristianoracionalista. Una especie de budista natural. ¿Ha tenido oportunidad de estudiar los misticismos orientales, George?

Esta última pregunta, con su respuesta obvia, era una burla descarada.

—No. No sé nada sobre ellos. Lo que sé es que es un error forzar la pauta de las cosas. No lo haré. Ése ha sido nuestro error durante cientos de años. ¿No lo ha visto...? ¿No ha visto lo que pasó ayer?

Los ojos oscuros, opacos, se clavaron en los suyos sin reparos.

—¿Qué fue lo que sucedió ayer, George?

No la había. No había salida.

Haber recurrió al pentotal sódico para reducir su resistencia a los procedimientos hipnóticos. Se sometió al pinchazo de la aguja, atento a cómo se le introducía en la vena del brazo con un pasajero dolor. Así debía proceder; no tenía elección. Nunca la había tenido. No era más que un soñador.

Haber fue a algún lado a hacer algo mientras la droga surtía efecto; pero regresó enseguida, tal vez no habían pasado ni quince minutos, jovial, animado e indiferente.

—¡Muy bien! ¡Pongamos manos a la obra, George!

Orr supo, con temible claridad, a qué obra se refería: la guerra. Los periódicos rebosaban guerra por todas partes, incluso la mente de Orr, que se resistía a las noticias, se había llenado de ella de camino a la consulta. La creciente guerra en Oriente Próximo. Haber le pondría fin. Y, sin duda, también acabaría con las muertes en Sudáfrica. Porque Haber era un hombre bondadoso. Quería hacer un mundo mejor para la humanidad.

El fin justifica los medios. Pero ¿y si nunca hay un fin? Los medios es lo único de lo que dispones. Orr se tumbó en el sofá y cerró los ojos. La mano le tocó la garganta.

—Ahora se adentrará usted en un estado hipnótico, George —dijo la voz grave de Haber—. Está... oscuro.

A oscuras.

No es del todo de noche; última parada del crepúsculo en los campos. Arboledas negras, húmedas. La carretera por donde caminaba recibía la leve luz última del firmamento; se extendía larga y recta, un antigua autopista que atravesaba el campo con grietas en el asfalto. Un ganso anadeaba al frente, unos cinco metros por delante de él, sólo visible como un borrrón blanco y tambaleante. A veces silbaba un poco.

Asomaron las estrellas, blancas como margaritas. Una grande florecía justo a la derecha de la carretera, baja sobre el terreno oscuro, trémula su blancura. Cuando levantó de nuevo la vista hacia ella se había hecho más grande y más brillante. Se *agiganta*, pensó. Parecía enrojecer tanto como cobrar brillo. Se enrojegigantaba. Nadaron los ojos. Pequeñas vetas verdiazules la surcaban en zigzag alrededordesrededor. Un vasto halo cremoso que latía en torno a la enorme estrella y diminutas descargas, leves, claras, parpadeantes. ¡Oh, no, no, no!, dijo cuando la

estrella se iluminó gigantescamente ESTALLIDO cegador. Cayó al suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos mientras el cielo estallaba en sucesión de muerte deslumbrante, pero no pudo evitar mirar, debía contemplar, presenciar. El suelo se columpiaba arriba y abajo, arrugas temblorosas e imponentes que atravesaban la piel terrestre. «¡Deja que suceda, que suceda!», voceaba vuelto el rostro al cielo, cuando despertó en el sofá de cuero.

Se incorporó y hundió la cara en las manos sudadas, temblorosas.

Sintió la mano pesada de Haber en el hombro.

—¿Otra vez un mal sueño? Maldita sea, creí habérselo dicho con claridad. Le dije que soñara con la paz.

—Y lo he hecho.

—Pero lo ha perturbado.

—Estaba contemplando una batalla en el espacio.

—¿Contemplando? ¿Desde dónde?

—Desde la Tierra —le contó brevemente el sueño, omitiendo al ganso—. No sé si habían alcanzado a uno de los suyos o a uno de los nuestros.

Haber rio.

—¡Ojalá pudiéramos ver lo que sucede ahí fuera! Nos sentiríamos más involucrados. Aunque esos enfrentamientos se producen a tales velocidades y distancias que la visión del ser humano no está capacitada para ello. Su versión es mucho más pintoresca que la realidad, de eso no me cabe duda. Suena como una buena película de ciencia ficción de los setenta. Acostumbraba a verlas de crío... Pero ¿por qué cree que ha soñado con una escena de batalla cuando le había sugerido la paz?

—¿Sólo paz? Sueñe con la paz... ¿Eso es todo lo que me ha dicho?

Haber no respondió enseguida. Se mantuvo ocupado con los controles del Aumentador.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Por esta vez, experimentalmente, voy a permitirle comparar la sugestión con el sueño. Tal vez descubramos por qué ha resultado tan negativo. Le dije... No, mejor pongamos la cinta. —Se acercó a un panel de la pared.

—¿Graba toda la sesión?

—Claro. Es la práctica habitual en psiquiatría. ¿No lo sabía?

¿Cómo iba a saberlo si está oculta, no hace el menor ruido y usted no me lo dice?, pensó Orr; sin embargo, no dijo nada. Puede que fuese la práctica estándar, pero quizá era la arrogancia particular de Haber. En todo caso, no había gran cosa que él pudiera hacer al respecto.

—Aquí, debería de empezar más o menos aquí. El estado hipnótico, George. Está usted... ¡Aquí! ¡No se duerma, George! —La cinta susurraba. Orr sacudió la cabeza y parpadeó. Los últimos fragmentos de las frases correspondían a la voz de Haber en la

cinta, por supuesto; y él seguía estando sometido a la medicación inductora de hipnosis.

—Voy a tener que pasarla un poco. Así. —Volvió a oír su voz en la cinta diciendo —: «Paz. Se acabaron los asesinatos en masa de humanos por humanos. Nada de luchar en Irán y Arabia e Israel. Punto y final a los genocidios en África. Nada de arsenales de armas nucleares y biológicas preparadas para su uso contra otros países. Nada de investigar modos y medios de matar al prójimo. Un mundo en paz consigo mismo. Paz como estilo de vida universal en la Tierra. Soñará usted en ese mundo en paz consigo mismo. Ahora va a quedarse dormido. Cuando yo diga...». —Detuvo abruptamente la cinta para evitar que Orr volviera a quedarse dormido tras oír la palabra clave.

Orr se rascó la frente.

—Bueno —repuso—. He seguido sus instrucciones.

—De ninguna manera. Soñar con una batalla en el espacio cislunar... —Haber se calló tan abruptamente como lo había hecho la cinta.

—Cislunar —repitió Orr, sintiéndolo un poco por Haber—. No utilizamos esa palabra cuando me fui a dormir. ¿Cómo van las cosas en Israeigpto?

La palabra improvisada de la antigua realidad causó un efecto curiosamente impactante pronunciada en esta realidad: como el surrealismo, pareció tener sentido y no tenerlo, o pareció no tener el menor sentido.

Haber recorrió de un lado a otro la alargada y hermosa estancia. Se pasó la mano por el pelo castaño rojizo, la barba rizada. A Orr el gesto le pareció calculado, familiar, pero cuando habló, Orr percibió que estaba buscando y escogiendo las palabras cuidadosamente, sin confiar, por una vez, en su incansable gusto por la improvisación.

—Es curioso que usted haya empleado la defensa de la Tierra como símbolo o metáfora de la paz, del final de la guerra. Pero no es inadecuado. Tan sólo muy sutil. Los sueños son perpetuamente sutiles. Perpetuamente. Porque de hecho fue esa amenaza, ese peligro inmediato de invasión por parte de alienígenas razonablemente hostiles y no comunicantes lo que nos obligó a poner fin a nuestros mutuos conflictos bélicos, a volcar nuestras energías agresivas y defensivas hacia afuera, a ampliar el empeño territorial para abarcar a toda la humanidad, a combinar nuestras armas contra un enemigo común. Si los alienígenas no se hubiesen rendido, ¿quién sabe? Puede que siguiéramos combatiendo en Oriente Próximo.

—De mal en peor —dijo Orr—. ¿No lo ve, doctor Haber? ¿No ve que eso es todo lo que va a obtener de mí? Mire, no es que quiera bloquearlo, frustrar sus planes. Terminar la guerra fue una buena idea con la que coincido totalmente. Incluso voté aislacionista las pasadas elecciones porque Harris prometió sacarnos de Oriente Próximo. Pero supongo que no puedo, o mi subconsciente no puede, imaginar siquiera un mundo sin guerra. Lo mejor que puedo hacer es sustituir una clase de guerra por otra. Dijo que nada de que los humanos maten a otros humanos. Así que

soñé con alienígenas. Sus ideas son cuerdas y racionales, pero lo que usted se propone utilizar es mi inconsciente, no mi mente racional. Puede que racionalmente pueda concebir que la especie humana no intente aniquilarse dividida en países; de hecho, resulta más sencillo concebir que los motivos de la guerra. Pero usted maneja algo que escapa a la razón. Intenta alcanzar objetivos progresistas, humanitarios, por medio de una herramienta que no es adecuada para el trabajo. ¿Quién tiene sueños humanitarios?

Haber no dijo nada, no mostró ninguna reacción, por tanto Orr continuó.

—O puede que no sea sólo mi inconsciente, la mente irracional, puede que sea todo yo, todo mi ser, lo que sencillamente no es adecuado para esta labor. Quizá soy demasiado derrotista, o pasivo, como usted ha dicho. No tengo suficientes deseos. Tal vez eso tenga algo que ver con el hecho de que posea esta... esta capacidad para tener sueños efectivos; pero si no es así, podría haber otros que sean capaces de ello, gente cuya mente se parezca más a la suya, con la que podría trabajar mejor. Podría hacer pruebas; no puedo ser el único. Yo sólo caí en la cuenta. Pero no quiero hacerlo. Quiero quitármelo de encima. No puedo soportarlo. Mire, de acuerdo, la guerra se declaró en Oriente Próximo hace seis años, muy bien, pero ahora hay alienígenas en la luna. ¿Y si les da por aterrizar? ¿Qué clase de monstruos ha desenterrado usted de mi mente inconsciente en aras de la paz? ¡Porque yo no tengo ni idea!

—Nadie sabe qué aspecto tienen los alienígenas, George —dijo Haber con su tono de voz razonable, tranquilizador—. ¡Dios sabe que todos hemos tenido pesadillas con ellos! Pero, como ha dicho, han pasado seis años desde que llegaron a la luna, y aún no han llegado a la Tierra. A estas alturas, nuestro sistema defensivo de misiles es completamente eficaz. Si no lo han hecho ya, no hay motivos para pensar que llegarán a burlarlo. El peligro estuvo durante esos primeros meses, antes de que Defensa se movilizara gracias a la cooperación de todas las naciones.

Orr se sentó un rato, hundidos los hombros. Quiso gritarle a Haber: «¡Mentiroso! ¿Por qué me miente?». Sin embargo, el impulso no era profundo. No lo llevó a ningún lado. Que él supiera, Haber era incapaz de ser sincero porque se estaba mintiendo a sí mismo. Podía estar compartimentando su mente en dos herméticas mitades iguales, en una de las cuales sabía que los sueños de Orr cambiaban la realidad, y los empleaba con ese propósito; en la otra, sabía que estaba utilizando la hipnoterapia y la abreacción de los sueños para tratar a un paciente esquizoide convencido de que sus sueños cambiaban la realidad.

A Orr le costaba concebir que Haber hubiese sido capaz de llegar a desconectarse de ese modo de sí mismo; su propia mente era tan resistente a tales divisiones que se mostraba lento a la hora de reconocerlas en otros. Pero había descubierto su existencia. Se había criado en un país dirigido por políticos que enviaban a militares a pilotar bombarderos para matar a los bebés, y hacer del mundo un lugar más seguro donde los niños pudieran crecer en paz.

Pero eso formaba ahora parte del viejo mundo. No eran así las cosas en el nuevo.

—Me hago pedazos —dijo—. Ya se habrá dado cuenta. Usted es psiquiatra. ¿No ve que me hago pedazos? ¡Alienígenas del espacio exterior atacando la Tierra! Mire, si me pide otra vez que sueñe, ¿qué obtendrá? Quizá un mundo totalmente absurdo, fruto de un demente. Monstruos, fantasmas, brujas, dragones, transformaciones, todo lo que llevamos dentro, todos los horrores de cuando éramos pequeños, los terrores nocturnos, las pesadillas. ¿Cómo impedir liberar todo eso? Soy incapaz. ¡No tengo el control!

—¡No se preocupe por el control! La libertad es a lo que aspira con su labor —apuntó Haber—. ¡La libertad! Su subconsciente no es un vertedero de horror y depravación. Ése es un planteamiento victoriano, y también terriblemente destructivo. Hizo daño a las mejores mentes del siglo diecinueve, y perjudicó a la psicología durante la primera mitad del veinte. ¡No tema a su subconsciente! No es un pozo oscuro repleto de pesadillas. ¡Nada de eso! Es una fuente inagotable de salud, imaginación, creatividad. Lo que nosotros llamamos el «mal» es fruto de la civilización, sus restricciones y represiones que deforman lo espontáneo, la libre expresión propia de la personalidad. El objetivo de la psicoterapia consiste precisamente en eso, en retirar esas pesadillas y los temores infundados para sacar a lo inconsciente a la luz de la conciencia racional, examinarlo con objetividad y comprobar que no hay nada que temer.

—Pero lo hay —dijo Orr en voz muy baja.

Por fin Haber lo dejó marchar. Salió al atardecer de primavera, y permaneció un minuto en la escalera del instituto con las manos en los bolsillos, mirando las farolas de la ciudad, tan ocultas en la niebla y el anochecer que las luces parecían moverse y pestañear como los diminutos y argénteos peces tropicales en la penumbra de un acuario. Un teleférico ascendía por la pronunciada colina hasta allí, al pie de Washington Park, delante del instituto. Salió a la calle y se subió al vehículo mientras efectuaba un giro. Su andar era esquivo y sin dirección. Se movía como un sonámbulo, como alguien a quien empujan.

Soñar despierto, algo que para el pensamiento es como la nébula a la estrella, bordea el dormir, que considera su frontera. Una atmósfera habitada por lo desconocido. Pero más allá se abre lo posible, que es inmenso. Hay allí otros seres, otros hechos. No el supernaturalismo, tan sólo la continuación oculta de la naturaleza infinita... El sueño está en contacto con lo posible, al cual llamamos también lo inverosímil. El mundo nocturno es un mundo. La noche, como tal, es un universo... Las cosas oscuras del mundo desconocido se convierten en vecinas del hombre, ya sea por comunicación real o por un aumento visionario de las distancias del abismo... y el durmiente, sin ver del todo, sin ser del todo consciente, atisba las extrañas animalidades, peculiares vegetaciones, terribles o radiantes palideces fantasmas, máscaras, figuras, hidras, confusiones, luces de luna sin luna, oscuras y milagrosas disoluciones, crecimientos y desapariciones dentro de una turbia profundidad, formas flotantes en la sombra, el conjunto del misterio que denominamos soñar, y que no es más que el acercarse de una realidad invisible. El sueño es el acuario de la noche.

VICTOR HUGO
LOS TRABAJADORES DEL MAR

A las 2.10 de la tarde del 30 de marzo, Heather Lelache fue vista saliendo de Dave's Fine Foods, en Ankeny Street, para dirigirse al sur por la Cuarta Avenida, cubierta por un chubasquero de vinilo rojo y llevando un bolso negro y grande con cierre metálico.

No se debió a que le importase el aspecto que tendría cuando se reuniera con ese pobre loco, pero mierda, no le gustaba la idea de tener aspecto de idiota delante de los camareros. Ocupar la mesa durante media hora en plena hora punta de las comidas: «Estoy esperando a alguien». «Lo siento, es que espero a alguien», para que nadie llegue y nadie se siente, y al final deba pedir algo y comerlo a toda prisa, y acabe con ardor de estómago. Además de rencor, resentimiento y fastidio... Ay, las enfermedades francesas del alma.

Se detuvo de pronto al girar por Morrison. ¿Qué hacía ella ahí? Ése no era el camino a Forman, Esserbeck y Rutti. Recorrió varias manzanas a toda prisa en dirección norte, cruzó Ankeny, llegó a Burnside y se detuvo de nuevo. ¿Qué coño estaba haciendo?

Iba al aparcamiento reconstruido del 209 S. W. de Burnside. ¿Qué aparcamiento reconstruido? Ella tenía el despacho en el edificio Pendleton, en el primer edificio de oficinas posImpacto de la ciudad de Portland, en Morrison. Quince plantas, decoración neoinca. ¿Qué aparcamiento reconstruido, quién coño trabaja en un aparcamiento reconstruido?

Bajó por Burnside y echó un vistazo. Sí, ahí estaba. Tenía letreros de «PRECINTADO» por todas partes.

Su oficina estaba en la tercera planta.

Mientras permanecía de pie en la acera, mirando al edificio en desuso con los suelos ligeramente inclinados y los amplios ventanales, se sintió muy muy rara. ¿Qué había sucedido el pasado viernes en aquella sesión psiquiátrica?

Tuvo que volver a ver a ese pobre desgraciado. El señor Nosequé Orr. Y la había dejado plantada en la comida, y aún tenía preguntas que hacerle. Anduvo hacia el sur, clic clac, chasquido de pinzas, hasta el edificio Pendleton, y lo llamó desde el despacho. Primero a Industrias Bradford (no, el señor Orr no había acudido hoy, y tampoco había llamado), luego a su domicilio (ring, ring, ring).

Quizá debería llamar de nuevo al doctor Haber. Pero era un pez gordo que dirigía el Palacio de los Sueños arriba, en el parque. Y de todos modos ¿en qué estaba pensando? Se suponía que Haber ignoraba que tenía contacto con Orr. El mentiroso se cava su propio hoyo y se cae en él. Araña atrapada en su propia telaraña.

Esa noche, Orr no respondió al teléfono a las siete, ni a las nueve ni a las once. El martes por la mañana tampoco acudió a su puesto de trabajo, ni a las dos de la tarde. A las cuatro y media de la tarde del martes, Heather Lelache abandonó la oficina de Forman, Esserbeck y Rutti y tomó un tranvía en Whiteaker Street, anduvo colina arriba hasta Corbett Avenue, localizó la vivienda y llamó al timbre: uno de los seis timbres infinitamente hundidos, instalados en el mugriento marco descascarillado de la puerta de cristal tallado de una casa que había supuesto el orgullo y la alegría de alguien en 1905 o en 1892, pero que pasaba por un mal momento desde entonces y se encaminaba a la ruina con compostura y cierta ostentación ingrata. No hubo respuesta cuando llamó al timbre de Orr. Llamó a M. Ahrens, encargado de mantenimiento. Dos veces. El encargado se presentó. Al principio no se mostró muy proclive a colaborar. Pero si algo se le daba bien a la viuda negra era intimidar a insectos menores. El encargado la llevó escalera arriba y probó a abrir la puerta de Orr. Se abrió. No la había cerrado.

Ella dio un paso atrás. De pronto pensó que en el interior podía haber un muerto. Y no era cosa suya.

El encargado, tan campante tras el allanamiento de morada, entró sin más, y ella lo siguió a regañadientes.

Las estancias espaciosas, viejas y desnudas, permanecían a oscuras, desocupadas. Parecía una bobada haber pensado en la muerte. Orr no tenía gran cosa; no era un desordenado piso de soltero, y tampoco un pulcro piso de soltero. Había poca huella de su personalidad en las habitaciones, a pesar de lo cual lo imaginó viviendo allí, el hombre callado que vivía calladamente. Había un vaso de agua en la mesa del dormitorio, con un pellizco de brezo blanco. El agua se había evaporado y sólo quedaba menos de medio dedo.

—No sé adónde habrá ido —dijo el encargado, molesto, volviéndose hacia ella como en busca de ayuda—. ¿Cree que ha tenido un accidente o algo? —El hombre llevaba un abrigo de ante con flecos en trenza y un collar con el símbolo Acuario de su juventud: por lo visto no se había cambiado de ropa en treinta años. Tenía un

acusador tono dylanescos, e incluso olía a marihuana. Los viejos hippies nunca mueren.

Heather lo miró con amabilidad, porque su olor le recordó a su madre.

—Tal vez haya ido a la casa que tiene en la costa —sugirió ella—. El caso es que no se encuentra bien, ya sabe, está sometido a terapia. Se meterá en un lío si no hace acto de presencia. ¿Sabe dónde está esa cabaña, o si tiene teléfono allí?

—Ni idea.

—¿Puedo usar su teléfono?

—Use el suyo —dijo el encargado, encogiéndose de hombros.

Llamó a un amigo en Oregon State Parks y le pidió que buscara información sobre las treinta y cuatro cabañas del Siuslaw National Forest que se habían adjudicado por sorteo, y que le proporcionara su ubicación. El encargado se quedó a escuchar la conversación, y cuando ella terminó, dijo:

—Conque tiene amistades en puestos elevados, ¿eh?

—Ayuda —respondió la viuda negra, sibilante.

—Espero que logre dar con George. Me gusta ese tipo. A veces me toma prestada la tarjeta farmacéutica —dijo el encargado, que de pronto soltó una risotada, que se esfumó tan pronto como había llegado. Cuando Heather se despidió, lo dejó malhumorado, apoyado en el desconchado marco de la puerta principal, como si la casa y él se prestasen apoyo mutuo.

Heather tomó el tranvía de vuelta al centro, alquiló un Ford Streamer en Hertz, y condujo por la 99-W. Se lo estaba pasando bien. La viuda negra persigue a su presa. ¿Por qué no había sido detective en lugar de una absurda abogada de derechos civiles de tres al cuarto? Odiaba el derecho. Requería de una personalidad agresiva, firme. Ella no era así. Su personalidad se caracterizaba por ser taimada, engañosa, tímida, áspera. Padecía las enfermedades francesas del alma.

Pronto el pequeño vehículo se liberó de la ciudad, porque los barrios residenciales, o la periferia que antaño había acompañado el trazado de las autopistas occidentales durante kilómetros había desaparecido. Durante los Años de la Peste, en los ochenta, cuando en ciertas zonas tan sólo sobrevivía una de cada veinte personas, la zona residencial no era un lugar adecuado para vivir. Había que recorrer kilómetros hasta el supermercado, no había gasolina para el coche, y todas las viviendas a tu alrededor estaban llenas de cadáveres. No había ayuda, ni alimentos. Manadas de esos perros que son símbolo de posición elevada corrían sueltos por ahí: afganos, alsacianos, gran danés sueltos a sus anchas por los jardines donde crecía con descuido la hierba y no se podaban los plátanos. Una ventana rota. ¿Quién acudiría para cambiar el cristal? La gente se había refugiado en la ciudad, y una vez saqueadas las casas, acabaron ardiendo. Como Moscú en 1812, actos de Dios o vandalismo: nadie las quería ya, y se incendiaron. La adelfilla, de la que las abejas hacen la mejor miel que existe, crece hectárea tras hectárea en las fincas de Kensington Homes West, Sylvan Oak Manor Estates y Valley Vista Park.

Se ponía el sol cuando cruzó el río Tualatin, calmo como la seda entre las riberas de árboles tupidos. Al cabo de un rato asomó la luna amarilla, casi llena, a su izquierda a medida que la carretera discurría hacia el sur. La preocupaba, apartando la vista en las curvas. Ya no era agradable cruzar la mirada con la luna. Ya no simbolizaba lo inalcanzable, como había hecho durante miles de años, ni lo alcanzado, tal como había hecho durante unas pocas décadas, sino lo perdido. Una moneda perdida, el cañón de tu propia arma vuelto hacia ti mismo, redonda oquedad en el tejido del firmamento. Los alienígenas tenían la luna. Su primer acto de agresión, la primera vez que la humanidad tuvo constancia de su presencia en el sistema solar, fue el ataque que efectuaron sobre la Base Lunar, el horrible asesinato por asfixia de cuarenta hombres en la cúpula-burbuja. Y, al mismo tiempo, el mismo día, habían destruido la plataforma espacial rusa, esa enorme, extraña y hermosa construcción que era como un vilano y que había orbitado la Tierra y desde la cual los rusos se habían propuesto dar el salto a Marte. Sólo diez años después de la remisión de la Peste, la civilización, rota, había resurgido como un fénix, en órbita, a la luna, a Marte, para encontrarse con esto. Una brutalidad informe, indescriptible, demente. El odio estúpido del universo.

No se conservaban las carreteras como cuando la autopista reinaba por encima de todo; había trechos llenos de dificultades. Pero Heather alcanzó con frecuencia el límite de velocidad (70 kilómetros por hora) mientras condujo por el valle amplio e iluminado por la luna y el crepúsculo, cruzando el río Yamhill cuatro veces, ¿o fueron cinco?, atravesando Dundee y Grand Ronde, uno, un pueblo vivo, el otro, desierto, tan muerto como Karnak, hasta llegar por fin a las colinas y adentrarse en el bosque. VAN DUZER FOREST CORRIDOR, antigua señal de madera: tierra preservada hacía tiempo para evitar que cayese en manos de las madereras. No todos los bosques estadounidenses se habían convertido en bolsas de la compra, casas de dos plantas o tiras dominicales de Dick Tracy. Algunos seguían en pie. Un giro a la derecha: Siuslaw National Forest. Nada de vivero de árboles, alfombrado de tocones y enfermos semilleros, sino bosque virgen. Los abetos oscurecen el cielo iluminado por la luna.

La señal que buscaba era casi invisible en la negrura de frondas y ramas que engullía las luces delanteras. Giró de nuevo, y circuló lentamente dando botes por espacio de un kilómetro y medio, más o menos, hasta que vio la primera cabaña, bañadas las tejas por la luna. Pasaban unos minutos de las ocho.

Las cabañas se repartían en parcelas, con diez o doce metros entre ellas; hubo que sacrificar pocos árboles, pero habían despejado el terreno, y en cuanto vio la disposición de las construcciones, distinguió los modestos tejados que capturaban la luz de la luna, y al otro lado de un riachuelo había un conjunto igual. Había una sola ventana iluminada. Martes por la noche a principios de primavera; no era época de veraneantes. Cuando abrió la puerta del coche le sorprendió el ruido que hacía el riachuelo, un estruendo fuerte e incesante. ¡Elogio eterno, absoluto! Se acercó a la

cabaña iluminada, tropezando tan sólo dos veces en la oscuridad, y miró el coche que había aparcado junto a ella: un batcoche Hertz. Por supuesto. Pero ¿y si no lo era? Podía tratarse de un extraño. Pero ¡qué coño!, no se la comerían viva, ¿no? Llamó a la puerta.

Al rato, jurando entre dientes, volvió a llamar.

El arroyo era un clamor ensordecedor. El bosque guardaba un silencio sepulcral.

Orr abrió la puerta. El pelo enmarañado le colgaba a mechones, tenía los ojos irritados, secos los labios. La miró entre parpadeos. Tenía un aspecto enfermizo, roto. La aterrorizó.

—¿Está enfermo? —preguntó sin más.

—No, yo... Entre...

Tuvo que entrar. Había un atizador para la estufa Franklin: podía defenderse con él si era necesario. Claro que él haría lo mismo si se le adelantaba.

Ay, por el amor de Dios, si ella era tan grandota como él, o casi, y estaba en mejor forma. Cobarde cobarde.

—¿Está drogado?

—No, yo...

—¿Usted qué? ¿Qué le pasa?

—No puedo dormir.

La cabaña diminuta olía de maravilla al humo reciente de la leña. El mobiliario era la estufa Franklin con dos fuegos para cocinar, una caja llena de ramas de aliso, un armario, una alacena, una mesa, una silla y una camilla plegable del ejército.

—Siéntese —dijo Heather—. Tiene muy mal aspecto. ¿Necesita un trago?, ¿un médico? Llevo brandi en el coche. Será mejor que lo acompañe a visitar a un médico en Lincoln City.

—Estoy bien. Es que farfullo entre dientes al dormir.

—Ha dicho que no podía.

La miró con ojos vidriosos.

—No puedo permitírmelo. Lo temo.

—Ay, Dios. ¿Cuánto hace que está así?

—Farfullo entre dientes desde el domingo.

—¿Lleva desde el domingo sin dormir?

—¿Sábado? —preguntó él a su vez.

—¿Ha tomado algo? ¿Estimulantes?

Negó con la cabeza.

—He dormido un poco —dijo con suficiente claridad, y entonces pareció quedarse dormido, como si tuviera noventa años. Pero mientras ella lo miraba con incredulidad, despertó de nuevo y dijo, lúcido—: ¿Ha venido a buscarme?

—¿A qué, si no? ¿A cortar árboles de Navidad? ¡Por el amor de Dios! Ayer me dejó plantada.

—Ah. —Abrió mucho los ojos, intentando, evidentemente, verla—. Lo siento —dijo—. No he estado en mi sano juicio.

Dicho lo cual, volvió a ser él mismo, a pesar del pelo y los ojos de lunático: alguien de una dignidad personal tan profunda que era prácticamente invisible.

—No se preocupe. ¡No me importa! Pero se está saltando la terapia... ¿no?
Él asintió.

—¿Le apetece un café? —preguntó. Iba más allá de la dignidad. ¿Integridad? ¿Entereza? Como un tocón de madera sin tallar.

La infinita posibilidad, la ilimitada e incondicional entereza del no comprometido, el no actuante, el no tallado: el ser que, sin ser más que sí mismo, lo es todo.

Así fue cómo lo vio fugazmente, y lo que más la sorprendió de esa percepción fue su fortaleza. Era la persona más fuerte que había conocido porque no había manera de moverlo un ápice del centro. Y era por eso por lo que le gustaba. La fuerza la atraía, se arrimaba a ella como polilla a la luz. Había recibido mucho amor de niña, pero no había tenido en quién apoyarse, sino que fueron los demás quienes se apoyaron en ella. Llevaba treinta años queriendo conocer a alguien que no se apoyara en ella, que nunca lo hiciese, que no pudiera...

Y ahí, encogido, los ojos rojos, escondido, ahí la tenía, su torre de fuerza.

La vida es una maraña increíble, pensó Heather. Imposible aventurar qué pasará a continuación. Se quitó el abrigo mientras Orr sacaba una taza del armario y leche condensada de la alacena. Le llevó una taza de un café fuerte: 97 por ciento cafeína, 3 por ciento sin ella.

—¿Usted no toma?

—He bebido demasiado. Me da ardor de estómago.

Todo su corazón se volcó en él sin reservas.

—¿Qué me dice del brandi?

Él se mostró pensativo.

—No lo hará dormir. Le levantará un poco el ánimo. Voy a buscarlo.

Él le alumbró el camino de vuelta al coche con la linterna. El riachuelo era un alarido; los árboles del bosque, silentes. La luna resplandecía en lo alto, la luna de los alienígenas.

Ya de vuelta en la cabaña, Orr se sirvió un modesto trago del brandi para probarlo. Se estremeció.

—Qué bueno —dijo, apurándolo.

Ella lo miró con aprobación.

—Siempre llevo una petaca —afirmó—. La guardo en la guantera porque si la poli me hace parar y tengo que mostrarles el permiso de conducir daría una impresión rara si la llevase en el bolso. Pero nunca me separo de ella. Es curioso lo útil que demuestra ser un par de veces al año.

—¿Por eso lleva un bolso tan grande? —preguntó Orr con voz de brandi.

—¡Exacto! Creo que voy a ponerme un par de gotas en el café. A ver si lo suaviza un poco. —Aproveché para llenarle el vaso—. ¿Cómo se las ha ingeniado para mantenerse despierto durante sesenta o setenta horas?

—No crea, no lo he logrado del todo. Sin tumbarme. Uno puede dormirse estando de pie, pero no puede soñar. Hay que tumbarse para pasar a la fase del sueño en la que se sueña, para que los músculos se relajen. Lo he leído en los libros. Funciona bastante bien. Aún no he tenido un sueño real. Pero no ser capaz de relajarte te debilita. Y de un tiempo a esta parte tengo como alucinaciones. Veo cosas que se mueven por la pared.

—No podrá seguir así.

—Ya. Lo sé. Tengo que alejarme. De Haber. —Una pausa. Pareció haberse adentrado en otro periodo de aturdimiento. Soltó una risa tirando a insensata—. La única solución que se me ocurre —dijo— es suicidarme. Pero no quiero. No me parece bien.

—¡Pues claro que no está bien!

—Pero debo pararlo de algún modo. Debo detenerme.

Ella no podía seguirlo, y tampoco quería.

—Es un lugar muy agradable —comentó—. Llevo veinte años sin oler el humo de la leña.

—Ensucia el aire —dijo él con una sonrisa débil. Parecía muy ido; sin embargo, ella reparó en que mantenía una postura erguida en la camilla, sin recostarse siquiera en la pared. Parpadeó varias veces—. Cuando ha llamado, creía que era un sueño —añadió—. Por eso he farfullado entre dientes.

—Dice haber soñado esta cabaña. Muy modesta para tratarse de un sueño. ¿Por qué no se ha hecho con un chalet en la playa en Salishan, o un castillo en Cape Perpetua?

Él negó con la cabeza, ceñudo.

—Es todo lo que quería. —Tras pestañear varias veces más, añadió—: ¿Qué pasó? ¿Qué pasó con usted? El viernes. En la consulta de Haber. La sesión.

—¡Eso había venido a preguntarle!

Sus palabras lo despertaron.

—¿Cayó usted en la cuenta de...?

—Supongo. Quiero decir que sé que sucedió algo. Desde entonces le aseguro que llevo circulando por dos carreteras con los mismos cuatro neumáticos. ¡El pasado domingo me di contra una pared de mi propio piso! ¿Lo ve? —Le mostró una mancha, oscura bajo la piel morena, que tenía en la frente—. La pared está allí ahora, pero no estaba ahí ahora... ¿Cómo puede usted convivir con ello todo el tiempo? ¿Cómo sabe dónde encontrar las cosas?

—No lo hago —respondió Orr—. Lo mezclo todo. Si se supone que debe pasar, no debería hacerlo tan a menudo. Es demasiado. Ya no sé si estoy loco o es que no

puedo manejar toda la información conflictiva. Yo... Esto... ¿Está diciendo que me cree?

—¿Qué otra cosa voy a hacer? ¡He visto lo que le ha pasado a la ciudad! ¡Estaba mirando por la ventana! ¿No pensará que prefiero creerlo? No, de ninguna manera. Dios mío, es terrible. Pero ese doctor Haber, tampoco quería que yo lo creyera. Enseguida se puso a embaucarme. Pero luego, lo que usted dijo al despertar; y después lo de darme con la pared, lo de ir al despacho equivocado... Seguí dándole vueltas: ¿habrá soñado algo más desde el viernes, habrán cambiado de nuevo las cosas? Pero ¿cómo saberlo si no estaba allí?, y seguía preguntándome qué habría cambiado, y si había algo que fuese real. Qué mierda, es horrible.

—Eso es. Escuche, ¿sabe lo de la guerra? ¿Lo de la guerra en Oriente Medio?

—Claro que sí. Mi marido murió en ella.

—¿Su marido? —Orr se mostró sorprendido—. ¿Cuándo?

—Tres días antes del cese de las hostilidades. Dos días antes de la Conferencia de Teherán y del pacto chino-norteamericano. Un día después de que los alienígenas destruyeran la base en la luna.

La miraba como horrorizado.

—¿Qué pasa? Ah, mierda, es una antigua cicatriz. Hará seis años, casi siete. Y si hubiese sobrevivido, ahora estaríamos divorciados, era un matrimonio terrible. Mire, no es culpa suya.

—Ya no sé distinguir qué es y no es culpa mía.

—Bueno, Jim seguro que no era culpa suya. Era un negro tan enorme y guapo como infeliz, un hijo de su madre y un pez gordo de la fuerza aérea. Capitán a los veintiséis, derribado con veintisiete, no creerá que es la primera vez que pasa, lleva ocurriendo desde hace miles de años. Y pasó del mismo modo en ese otro... momento, antes del viernes, cuando el mundo estaba tan poblado. Lo mismo, clavado. Sólo que fue al principio de la guerra... ¿verdad? —Se le suavizó la voz, que cayó varios tonos—. Dios mío. Fue al principio de la guerra en lugar de casi cuando se acordó el alto el fuego. Esa guerra era incesante. Seguía en marcha en este momento. Y no hubo... no hubo alienígenas, ¿verdad?

Orr negó con un gesto.

—¿Los soñó?

—Él me hizo soñar con la paz. La paz en la Tierra, buena voluntad entre los hombres. Así que creé a los alienígenas. Para darnos una causa común para luchar.

—No fue usted, sino su máquina.

—No. Yo me las apaño bien solito, sin la máquina, señorita Lelache. Lo único que hace es ahorrarle a él tiempo porque me pone a soñar de inmediato. Aunque ha estado trabajando en ella para mejorarla de algún modo. Se le da muy bien mejorar las cosas.

—Llámeme Heather, por favor.

—Es un nombre bonito.

—Usted es George. Él no dejó de llamarlo así durante la sesión. Como si fuera un caniche muy listo, o un macaco. Tumbese, George. Sueñe con esto, George.

Él rio. Tenía la dentadura blanca y su sonrisa era agradable e irrumpía a través de la confusión y el desaliño.

—Ése no soy yo. Verá, es mi subconsciente al que se dirige. Pero sí, es como un perro o un mono para sus propósitos. No es racional, pero puede adiestrarse para que cumpla.

No habló con un ápice de amargura, por terribles que fuesen las cosas que dijo. ¿Existen de veras personas ajenas al resentimiento, al odio?, se preguntó ella. ¿Gente que nunca maldice al universo? ¿Capaces de reconocer la maldad, que se le resistan, que no les afecte lo más mínimo?

Pues claro que las hay. Innumerables, los vivos y los muertos. Quienes han regresado por pura compasión a la rueda, quienes siguen el camino que no puede tomarse sin saber por dónde se va, la mujer del aparcerero de Alabama, y el lama del Tíbet, y el entomólogo de Perú, y el molinero de Odessa, y el verdulero de Londres y el pastor de Nigeria y el anciano, el viejo que talla la punta de un bastón junto el cauce seco de algún rincón de Australia, y todos los demás. No hay uno solo de nosotros que no los haya conocido. Son los suficientes. Bastantes para que todos sigamos adelante. Tal vez.

—Veamos. Dígame una cosa, debo saberla: ¿fue después de acudir a Haber cuando empezó a tener...?

—Sueños efectivos. No, antes. Por eso fui a visitarlo. Temía tanto esos sueños que me dio por adquirir sedantes de manera ilegal para inhibirlos. No sabía qué hacer.

—¿Por qué no ha tomado algo estas dos últimas noches en lugar de intentar mantenerse despierto?

—La noche del viernes agoté las últimas que tenía. Aquí las recetas no me sirven de nada. Pero tenía que alejarme. Quería apartarme del doctor Haber. Las cosas son mucho más complejas de lo que él está dispuesto a comprender. Cree que puede enderezarlo todo. E intenta usarme para enderezarlas, pero no lo admite; miente porque no quiere abordar el problema de frente, no le interesa lo que es verdad, lo que son las cosas, es incapaz de ver nada excepto su mente, su concepto de cómo deberían ser.

—Bueno. Como abogado no puedo hacer nada por usted —dijo Heather, que no seguía todo aquello muy bien. Tomó un sorbo de un café con brandi que hubiese sido capaz de hacer crecer el pelo de un chihuahua—. No hubo nada que llamase la atención en sus instrucciones hipnóticas, al menos que yo viese; se limitó a decirle que no se preocupara por la superpoblación y demás. Y si está decidido a ocultar el hecho de que se está aprovechando de sus sueños para llevar a cabo propósitos peculiares, puede; empleando la hipnosis podría asegurarse de que no tuviese usted un sueño efectivo en presencia de testigos. Me pregunto por qué me permitió presenciar una sesión. ¿Está seguro de que él cree en ellas? No lo entiendo. Pero es

igual, a un abogado le cuesta interferir entre un médico y su paciente, sobre todo cuando el médico es un pez gordo y el paciente es un loco que cree que sus sueños se hacen realidad. No ;no quiero esto en un tribunal! Pero ¿no hay un modo en que pueda usted impedirse soñar para él? ¿Quizá con tranquilizantes?

—Mientras esté sometido a un TTV no tengo acceso a mi tarjeta farmacéutica. Él tendría que recetármelos. Pero da lo mismo, porque su Aumentador podría hacerme soñar.

—Es una violación de la intimidad, pero no basta para montar un caso... Escuche: ¿y si tuviera usted un sueño en el que lo cambiase a él?

Orr se la quedó mirando fijamente a través de la bruma del sueño y el brandi.

—Si lo hiciera más bondadoso. Bueno, usted dice que ya lo es, que tiene buenas intenciones. Pero está hambriento de poder. Ha hallado un modo estupendo de gobernar el mundo sin aceptar ninguna responsabilidad por ello. Bueno. Pues hágalo menos hambriento de poder. Sueñe que es verdad que es un hombre bueno. ¡Sueñe que intenta curarlo a usted, en lugar de utilizarlo!

—Pero no puedo escoger mis sueños. Nadie puede.

Ella se hundió de hombros.

—Lo olvidaba. En cuanto acepto que esto es real, me empeño en pensar que se trata de algo que usted puede controlar. Pero no puede. Tan sólo lo hace.

—Yo no hago nada —replicó Orr malhumorado—. Nunca he hecho nada. Sólo sueño. Y los sueños se hacen realidad.

—Yo lo hipnotizaré —dijo de pronto Heather.

Haber aceptado un hecho increíble como verdadero se le subió a la cabeza. Si los sueños de Orr funcionaban, ¿por qué todo lo demás no habría de hacerlo? Además, no había comido nada desde mediodía, y el café y el brandi le estaban sentando como una patada.

Él siguió mirándola con los ojos muy abiertos.

—Lo he hecho antes. Hice unos cursos de psiquiatría en la universidad, antes de empezar derecho. Hubo un curso en que hicimos de hipnotizadores y luego de sujetos. Yo fui un buen sujeto, pero se me dio especialmente bien hipnotizar a los demás. Yo lo haré, y luego le sugestionaré qué soñar. Con el doctor Haber, a quien volverá más inofensivo. Sólo le diré que sueñe eso, nada más. ¿Lo ve? Llegados a este punto, ¿no será eso lo más seguro, tanto como cualquier cosa que pueda ocurrírsenos probar?

—Pero yo soy resistente a la hipnosis. No lo era, pero eso dice él que soy ahora.

—¿Por eso utiliza la inducción vago-carótida? Odio presenciarlo, se parece a un asesinato. De todos modos, yo no podría hacerlo, no soy médico.

—Mi dentista se las apañaba con una hipnocinta. Funcionaba bien. Al menos creo que lo hacía —hablaba en sueños y podría haber divagado hasta la náusea.

Ella dijo suavemente:

—Suenan a que se resiste al hipnotizador, no a la hipnosis... Podríamos probarlo, de todos modos. Y si resulta, podría hacerle una sugerencia poshipnótica para que tenga un pequeño... ¿cómo lo llama usted? Ah, sí, un sueño efectivo sobre Haber. Así que él empezará con usted desde cero e intentará ayudarlo. ¿Cree que eso podría resultar? ¿Confiaría en ello?

—Al menos dormiría un poco —admitió él—. En... algún momento tendré que dormir. No creo que pueda aguantar esta noche. Si usted se ve capaz de llevar a cabo la hipnosis...

—Creo que sí. Pero antes, ¿tiene algo de comer aquí?

—Sí —respondió él con voz somnolienta. Pasaron unos instantes hasta que añadió—: Ay sí, lo siento. Usted no ha comido. Hay una rebanada de pan... —Se levantó en dirección a la alacena, sacó el pan, margarina, cinco huevos duros, una lata de atún y media lechuga estropeada. Ella localizó dos platos de postre de latón, tres tenedores distintos y un cuchillo.

—¿Y usted? ¿Ha comido? —le preguntó. Él no estaba seguro. Prepararon juntos la comida, ella sentada a la mesa, él de pie. Estar de pie pareció revivirlo, y luego demostró estar hambriento. Tuvieron que dividirlo todo en dos mitades, incluso el quinto huevo.

—Es usted una persona muy amable —dijo él.

—¿Yo? ¿Por? ¿Por haber venido, quiere decir? Debía resolverlo. Mire, justo estaba mirando el hospital donde nací, al otro lado del río, cuando usted soñaba, y entonces, de pronto, dejó de estar y resultó que nunca había estado allí.

—Creí que usted era del este —dijo él. La oportunidad no era su punto fuerte en ese momento.

—No. —Rebañó escrupulosamente la lata de atún y lamió el cuchillo—. Portland. Ahora dos veces. Dos hospitales distintos. ¡Por Dios! Pero nací y crecí allí. Mis padres también. Mi padre era negro y mi madre blanca. Es interesante. Él fue militante acérrimo del movimiento Black Power, en los setenta, ya sabe, y ella *hippy*. Él procedía de una familia mantenida por los servicios sociales de Albina, sin padre; la madre era la hija de una abogada mercantilista de Portland Heights. Alumno desertor, se dio a las drogas y a todas esas cosas que hacían entonces. Se conocieron en una manifestación política, una protesta. Entonces las protestas seguían siendo ilegales. Y se casaron. Pero él no pudo soportarlo mucho tiempo, me refiero a toda la situación, no sólo al matrimonio. Cuando yo tenía ocho años se fue a África. A Ghana, creo. Creía que su gente provenía originalmente de allí, aunque en realidad no lo sabía. Habían vivido siempre en Luisiana, que se supiera, y *Lelache* sería el apellido del negrero, un apellido francés. Significa «El cobarde». Me apunté a francés en el instituto porque tenía apellido francés. —Resopló burlona—. Bueno. El caso es que se marchó. Y la pobre Eva se vino abajo. Me refiero a mi madre. Nunca quiso que la llamara madre, o mamá o nada por el estilo, alegaba que eso era la posesividad del núcleo familiar de la clase media. Así que la llamé Eva. Y vivimos un tiempo en

una especie de comuna en el monte Hood, ¡ay, Dios! ¡Menudo frío hacía en invierno! Pero la policía asaltó un día el lugar y lo desmanteló con el pretexto de que ahí se urdían conspiraciones antiamericanas. Después se ganó la vida como pudo: hacía piezas de cerámica que eran muy bonitas cuando podía utilizar el torno y el horno de alguien, pero sobre todo trabajaba en tiendas pequeñas, restaurantes y lugares así. Esa gente se ayudaba mucho mutuamente. Muchísimo. Pero no llegó a apartarse del todo de las drogas duras, estaba enganchada. Se quitaba durante un año, y luego, pum, otra vez. Superó la Peste, pero cuando tenía treinta y ocho años se chutó con una aguja sucia y eso la mató. Y su familia se presentó para hacerse cargo de mí. ¡Ni siquiera los conocía! Me pusieron a estudiar, luego entré en la Facultad de Derecho. Yo los visito cada año por Nochebuena. Soy la negra de la familia. Pero le diré una cosa: lo que realmente me saca de quicio es que soy incapaz de decidir de qué color soy. Me refiero a que mi padre era negro, pero negro de los de verdad; de acuerdo, quizá tenía una parte de sangre blanca, pero era negro. Y mi madre era blanca, y yo no soy ni una cosa ni la otra. Verá, mi padre odiaba a mi madre por ser blanca. Pero también la quería. Creo que ella amaba en él más el hecho de ser negro que a él mismo. En fin, ¿qué hace eso de mí? No he podido solventarlo.

—Marrón —dijo él en voz baja, de pie tras la silla de la mujer.

—El color de la mierda.

—El color de la tierra.

—Sí.

—¿Usted es de Portland? De la misma época.

—Sí.

—No puedo oírlo por culpa del ruido del condenado riachuelo. Pensaba que la naturaleza era silenciosa. ¡Continúe!

—Pero ahora he tenido muchas infancias —obedeció él—. ¿De cuál de ellas quiere que le hable? En una, mis dos padres murieron durante el primer año de la Peste. En otra no hubo Peste. No sé... Ninguno de ellos era muy interesante. Quiero decir que no hay nada que contar. Lo único que hice fue sobrevivir.

—Bueno. Eso es lo principal.

—Cada vez cuesta más. La Peste, y ahora esos alienígenas... —Soltó una risa irresponsable, pero cuando ella se volvió para mirarlo, sorprendió en él una expresión mezcla de tristeza y agotamiento.

—No puedo creer que los soñara. Es que no puedo creerlo. Llevo tanto tiempo temiéndolos. ¡Seis años! Pero en cuanto lo pensé con detenimiento, supe que eran cosa suya, porque no estuvieron en ese otro... tiempo, o lo que sea. Claro que no son peores que aquel terrible exceso de población. Vivía en un piso horrible y diminuto, con otras cuatro mujeres, en un condominio de mujeres de negocios, ¡por el amor de Dios! Y embutirse en aquel tren asqueroso, y tenía la dentadura fatal, nunca había nada decente que llevarse al estómago y nunca sobraba de nada. Entonces pesaba

cuarenta y cinco kilos, y ahora cincuenta y cinco. ¡He ganado diez kilos desde este viernes!

—Es cierto. La primera vez que la vi estaba usted muy delgada. En el despacho.

—También usted. Era un flacucho. Pero todo el mundo tenía ese aspecto, así que no reparé en ello. Ahora parece más robusto, y tendría mejor aspecto si durmiera un poco.

Él no dijo nada.

—Todo el mundo tiene mejor aspecto, si lo piensa usted bien. Mire. Si no puede evitar hacerlo, y lo que usted hace mejora un poco las cosas, entonces no debería sentirse culpable. Puede que sus sueños sean un nuevo camino que ha tomado la evolución para actuar con urgencia, algo así como una línea directa. La supervivencia del más fuerte y todo eso.

—Ah, es peor que eso —replicó él con el mismo tono despreocupado, insensato. Se sentó en la camilla—. ¿Usted...? —Tartamudeó varias veces—. ¿Usted se acuerda de algo relacionado con el mes de abril de hace cuatro años, en el noventa y ocho?

—¿Abril? No, nada especial.

—Fue cuando el mundo terminó —dijo Orr. Un espasmo muscular le desfiguró la cara y aspiró a grandes bocanadas, como si le faltase el aire—. Nadie lo recuerda —añadió.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, asustada de un modo indefinido.

«Abril, abril de 1998 —pensó—, ¿me acuerdo de abril del noventa y ocho?». Decidió que no, y debía hacerlo; y estaba asustada. ¿De él? ¿Con él? ¿Por él?

—No es la evolución. Es la supervivencia. No puedo... Bueno, fue mucho peor. Peor de lo que recuerda. Era el mismo mundo que el que usted recuerda, sólo que... peor. Nadie a excepción de algunos países europeos racionó los alimentos o controló la polución y la natalidad con la suficiente antelación, en los setenta, así que cuando finalmente se quiso controlar la distribución de los alimentos fue demasiado tarde, no había suficiente, y la mafia dirigía el mercado negro, todo el mundo debía comprar en el mercado negro para comer algo, y mucha gente se quedaba sin. Reescribieron la Constitución en 1984, tal como usted la recuerda, pero las cosas se habían torcido de tal modo para entonces que fue mucho peor, ni siquiera fingió ser una democracia, sino una especie de estado policial, pero no resultó, enseguida se vino abajo. Yo tenía quince años cuando cerraron las escuelas. No hubo Peste, pero sí epidemias, una tras otra, disentería y hepatitis y luego la fiebre bubónica. Pero sobre todo la gente se moría de hambre. Entonces, en el noventa y tres, estalló la guerra en Oriente Medio, pero fue distinto. Era Israel contra los árabes y Egipto. Todos los principales países se metieron en ella. Uno de los estados africanos se puso de parte de los árabes, y empleó bombas nucleares en dos ciudades de Israel, así que los ayudamos a devolverles el golpe, y... —Guardó silencio un rato antes de continuar, sin reparar, por lo visto, en la existencia de un salto en su narración—: Intentaba salir de la ciudad. Quería llegar a Forest Park. Estaba enfermo, no podía seguir caminando y me

senté en la escalera de entrada de una casa en las colinas del oeste; todas las casas estaban quemadas, pero la escalera era de cemento. Recuerdo que había diente de león que florecía en una grieta entre los peldaños. Me senté allí y no pude volver a levantarme, y supe que no podría. No dejé de pensar en levantarme y seguir adelante, en salir de la ciudad, pero no era más que puro delirio. Despertaría y vería de nuevo el diente de león y sabría que me estaba muriendo. Y que todo lo demás estaba muriendo. Y entonces tuve... tuve ese sueño. —Estaba ronco. Tosió.

»Me encontraba bien —continuó al cabo—. Había soñado que estaba en casa. Desperté y me encontraba bien. Estaba en la cama, en casa. Sólo que no estaba en una casa que hubiese tenido la otra vez, la primera. La mala. Ay, Dios, me gustaría poder recordarlo, pero no es así. No puedo. Me he dicho desde entonces que sólo fue un sueño. ¡Que fue un sueño! Pero no lo fue. Esto es un sueño. No es real. Este mundo ni siquiera es probable. Era la verdad. Era lo que había pasado. Todos habíamos muerto, y habíamos echado a perder el mundo antes de morir. No queda nada. Nada más que sueños.

Ella lo creyó, y, furiosa, se negó dicha creencia.

—¿Y qué? ¡Puede que no hayamos sido más que eso! Sea como sea, está bien. No supondrá que se le permitiría hacer nada que no se suponía que debía hacer. ¿Quién coño se cree que es? No hay nada que encaje, nada sucede que no se suponga que deba suceder. ¡Jamás! ¿Qué importa que usted lo llame real o sueño? Todo es uno, ¿no?

—No lo sé —reconoció Orr, dolido; ella se le acercó y lo abrazó como hubiera abrazado a un niño malherido o a un moribundo.

Notaba la cabeza pesada en su hombro, la mano inmóvil, bonita, se apoyaba relajada en la rodilla de ella.

—Está dormido —dijo. Él no lo negó. Tuvo que sacudirlo de lo lindo para que lo negara siquiera.

—No, no lo estoy —exclamó al fin, haciendo ademán de enderezar la espalda—. No. —Volvió a sacudirse.

—¡George! —Era cierto: mencionar el nombre ayudaba. Él mantuvo los ojos abiertos lo bastante para mirarla—. No se duerma, no se duerma. Siga despierto un poco. Quiero probar con la hipnosis. Así podrá dormir. —Pretendía preguntarle qué quería soñar, qué era lo que debía inculcarle hipnóticamente en referencia a Haber, pero a esas alturas estaba demasiado cansado—. Mire, siéntese ahí, contemple... la luz de la lámpara, bastará con eso. Pero no se duerma del todo. —Ella puso la lámpara de aceite en mitad de la mesa, entre cáscaras de huevo y los restos de la comida—. No aparte la vista de ella, ¡pero no se duerma! Se relajará y se sentirá a gusto, pero aún no se dormirá, no hasta que yo le diga «Duérmase». Ahora se siente a gusto y cómodo... —Como quien está actuando, ella siguió adelante con su retórica de psiquiatra. Orr se sometió de inmediato. Ella no podía creerlo, así que lo puso a prueba—. No puede levantar la mano izquierda —le dijo—. Lo intenta, pero es

demasiado pesada, no la levantará... Ahora se ha vuelto más liviana, ya puede levantarla. Así... Bien. Dentro de un minuto se quedará dormido. Soñará un poco, pero sus sueños no serán nada del otro mundo, como los que tenemos todos, nada especial, ninguno... efectivo. Todos excepto uno. Tendrá un sueño efectivo. En él... —Se detuvo. De pronto sintió miedo; un vértigo helado se apoderó de ella. ¿Qué hacía? Eso no era un juego, sino algo en lo que sólo un insensato se entrometería. Él estaba en su poder, y el poder de aquel hombre era incalculable. ¿Qué responsabilidad inimaginable había asumido?

Alguien que cree, como ella lo hacía, que las cosas encajan, que hay algo de lo que uno forma parte, y que al ser una parte de uno es algo; alguien así no desea en ningún momento jugar a ser Dios. Sólo aquellos que han negado su ser anhelan jugar a serlo.

Pero estaba atrapada en un papel y ya no podía echarse atrás.

—En ese sueño único, soñará que... que el doctor Haber es bondadoso, que no intenta perjudicarlo y que es honesto, que usted... —No supo qué decir, ni cómo hacerlo, consciente de que cualquier cosa que dijera podía torcerse—. Y soñará que los alienígenas ya no están en la luna —se apresuró a añadir; al menos podría quitarse ese peso de encima—. Y por la mañana se despertará muy descansado, todo estará bien. Ahora, duérmase.

Ay, mierda, había olvidado decirle antes que se tumbara.

Se inclinó como una almohada a medio sacudir, suavemente, hacia adelante y hacia un lado, hasta convertirse en un enorme y cálido cúmulo inerte en el suelo.

No podía pesar más de setenta kilos, pero a la hora de tumbarlo en la camilla su peso podría haber sido el de un elefante muerto. Tuvo que subirle primero las piernas y luego levantarlo de los hombros, para no volcar la camilla; terminó encima del saco de dormir, por supuesto, no metido en él. Ella lo sacó tirando de debajo de él y se lo puso por encima. Durmió, durmió como un tronco, sin despertarse siquiera mientras lo estuvo manipulando. Ella se había quedado sin aliento, sudaba, estaba alterada. Él no.

Se sentó a la mesa y recuperó el aliento. Al cabo de un rato, se preguntó qué debía hacer. Limpió los restos de la cena, hirvió agua, limpió los platos, tenedores, cuchillo y tazas. Encendió el fuego en la estufa. Encontró varios libros en una estantería, libros en rústica que probablemente él había comprado en Lincoln City para entretener la larga vigilia. Qué mierda, no había ninguna novela de misterio, una buena novela de intriga era lo que necesitaba. Había una sobre Rusia. Algo sobre el Pacto Espacial: el gobierno de Estados Unidos no pretendía fingir que no había nada entre Jerusalén y las Filipinas, porque si lo hacía, eso podía amenazar el estilo de vida americano; y por esa razón aquellos últimos años podías comprar sombrillas de papel de juguete japonesas e incienso de la India, y novelas rusas, y cosas, otra vez. La hermandad humana era el nuevo estilo de vida, según el presidente Merdle.

Ese libro, escrito por alguien cuyo apellido terminaba en «evsky», era sobre la vida durante los Años de la Peste en una pequeña población del Cáucaso, y no se trataba precisamente de una lectura alegre, pero apeló a sus emociones; la leyó desde las diez y media hasta las dos y media. Orr permaneció dormido durante todo ese rato, sin moverse apenas, respirando sin hacer ruido. Levantaba la vista del poblado del Cáucaso y veía su rostro, bañado en oro a la par que oscurecido por la tenue luz de la lámpara, sereno. Si soñaba, eran sueños tranquilos y huidizos. Después de que todo el mundo en el pueblo del Cáucaso hubiese muerto exceptuando al idiota del pueblo (cuya pasividad perfecta ante lo inevitable no dejaba de recordarle a su compañero), probó un poco de café recalentado, pero le supo a lejía. Se dirigió a la puerta y permaneció un rato medio dentro medio fuera, ¡atenta a cómo el riachuelo gritaba, aullaba, la eterna alabanza! ¡Eterna alabanza! Era increíble que hubiese mantenido ese tremendo estruendo durante cientos de años, antes incluso de que ella hubiese nacido, y pensar también que seguiría haciéndolo hasta que se movieran las montañas. Y lo más extraño de todo, allí, en ese momento, tan avanzada la noche en el silencio absoluto que reinaba en el bosque, era la nota lejana, corriente arriba, o eso le pareció, de voces de niños que cantaban algo muy dulce, insólito.

Se puso a temblar; cerró la puerta a las voces de los niños nonatos que cantaban en el agua y se volvió hacia la pequeña y cálida estancia y al hombre que allí dormía. Cogió un libro de carpintería del hogar que debía de haber llevado allí para mantenerse ocupado en la cabaña, pero fue como un somnífero para ella y de inmediato le entró el sueño. ¿Y por qué no? ¿Por qué iba a mantenerse despierta? Pero ¿dónde se suponía que iba a dormir...?

Debió haber dejado a George en el suelo. Ni siquiera se habría dado cuenta. No era justo, tenía tanto la camilla como el saco de dormir.

Le quitó el saco de dormir, sustituyéndolo por el abrigo y su gabardina. Ni siquiera se agitó en sueños. Lo miró con afecto, luego se metió en el saco de dormir, que tendió en el suelo. Por Dios, qué frío estaba. Y qué duro. No había soplado la llama de la lámpara. ¿O había que apagarla? Sería necesario hacer una cosa, no la otra. Recordaba ese consejo de la comuna. Pero fue incapaz de recordar cuál. Ay, pero qué mierda, ¡vaya frío hacía en el suelo!

Frío. Helado. Duro. Demasiada luz. Amanecía en la ventana a través del parpadeo de los árboles cambiantes. Sobre la cama. Temblaba el suelo. Las colinas murmuraban y soñaban con caerse al mar, y sobre las colinas, imperceptibles, tremendas, las sirenas de poblaciones lejanas que aullaban, que aullaban, que aullaban.

Se incorporó. Los lobos aullaban por el fin del mundo.

La salida del sol se desparramó a través de la única ventana, ocultando todo lo que iluminaba bajo su sesgo cegador. Tanteó a través del exceso de luz y encontró al soñador tumbado sobre su rostro, durmiendo aún.

—¡George! ¡Despierte! ¡Ay, George, por favor, despierte! ¡Algo va mal!

Despertó. Le sonrió, espabilándose.

—Algo va mal. Las sirenas. ¿Qué pasa?

Casi como en sueños, dijo él, carente de emoción:

—Han aterrizado.

Había hecho justo lo que ella le había pedido. Le había susurrado que soñase que los alienígenas ya no ocupaban la luna.

El cielo y la Tierra no son benévolos.

LAO TSE: V

En la segunda guerra mundial, la única parte del continente americano que sufrió un ataque directo fue el estado de Oregón. Algunos globos incendiarios japoneses prendieron fuego a un bosque costero. En la primera guerra interestelar, la única parte del continente americano que fue invadida fue el estado de Oregón. Podría culparse a sus políticos; la función histórica del senador de Oregón consiste en enloquecer al resto de los senadores, y no hay mantequilla militar que se extienda sobre el pan estatal. Oregón no tiene reservas de nada excepto heno, no hay plataformas de lanzamiento de misiles, ni bases de la NASA. Carece obviamente de defensas. Los misiles balísticos antialienígenas que la defienden alzaron el vuelo desde las imponentes instalaciones subterráneas de Walla Walla, Washington y Round Valley, California. Desde Idaho, enormes XXTT-9900 supersónicos, la mayoría de los cuales pertenecía a la fuerza aérea estadounidense, cruzaron el cielo en un grito a poniente destrozando todos los oídos desde Boise a Sun Valley, para patrullar en busca de naves alienígenas que pudieran, de algún modo, haber burlado la infalible red de defensa de los MBAA.

Repelidos por naves alienígenas, que llevaban un aparato capaz de asumir el sistema de guía de los misiles, los MBAA viraron en algún punto de la estratosfera y regresaron, para aterrizar y explotar aquí y allá a lo largo y ancho del estado de Oregón. Terribles holocaustos arrasaron las secas colinas orientales de Cascades. Gold Beach y Dalles desaparecieron bajo tormentas de fuego. Portland no sufrió un impacto directo; sin embargo, una cabeza nuclear errante MBAA que había caído en el monte Hood, cerca del antiguo cráter, despertó al volcán durmiente. De inmediato hubo temblores terrestres y emisión de vapores, y hacia el mediodía del primer día de la invasión alienígena, ese día de abril en que en Estados Unidos se celebran los Inocentes, se abrió una fisura en la parte noroeste y hubo una violenta erupción. La lava se extendió por las laderas sin nieve, deforestadas y envueltas en llamas, y amenazó a las comunidades de Zigzag y Rhododendron. Empezó a formarse un cono de ceniza, y el ambiente en Portland, a sesenta kilómetros de distancia, no tardó en espesarse y teñirse de gris ceniza. Llegó la noche y el viento roló al sur, el ambiente en las cotas bajas se vio aliviado momentáneamente, imprimiendo en la parte baja de las nubes orientales el lúgubre tono anaranjado de la erupción. El cielo, lleno de lluvia y ceniza, retumbó con los vuelos de los XXTT-9900 que buscaban en vano a las naves alienígenas. Otros vuelos de bombarderos y cazas provenían de la Costa

Este y de naciones amigas del Pacto, y frecuentemente se derribaban los unos a los otros. Los terremotos y el impacto de las bombas y los aviones derribados sacudían el suelo. Una de las naves alienígenas se había posado a tan sólo catorce kilómetros de los límites de la ciudad; por tanto, las afueras al suroeste de la misma fueron pulverizadas cuando los bombarderos a reacción devastaron metódicamente la zona de treinta kilómetros cuadrados en los que se rumoreaba que se había posado la nave. De hecho, había llegado información advirtiendo de que ya no se hallaba allí. Pero algo había que hacer. Las bombas caían por error en muchas otras partes de la ciudad, como sucedería en cualquier bombardeo de reactores. No quedaba un solo cristal en las ventanas del centro. Todo el cristal alfombraba las calles en esquirlas de tamaño variado. Los refugiados del suroeste de Portland tenían que atravesarlo andando. Las mujeres llevaban a sus hijos a cuestas y caminaban con lágrimas de dolor, finas las suelas del calzado, llenas de cristales rotos.

William Haber se encontraba ante el gran ventanal de su despacho en el Instituto Oniológico de Oregón contemplando la sangrienta llamarada de la erupción y cómo las llamas se alzaban y morían en el puerto. El ventanal aún conservaba el cristal; nada le había caído encima ni había explotado cerca de Washington Park, y los temblores del suelo que habían engullido edificios enteros en el lecho del río, hasta el momento no habían hecho más allá en las colinas que sacudir algunos marcos de ventana. Muy levemente podía oír los barritos de los elefantes procedentes del zoo. Franjas de una luz inusualmente púrpura surgían fugazmente al norte, tal vez cerca de la zona donde el Willamette se une al Columbia. Costaba localizar nada con seguridad en el ceniciento crepúsculo brumoso. Amplias secciones de la ciudad estaban a oscuras debido a cortes de luz; otras partes parpadeaban débilmente, a pesar de que el alumbrado público no estaba encendido.

No había nadie más en el edificio del instituto.

Haber había pasado todo el día intentando localizar a George Orr. Cuando su búsqueda demostró ser inútil, y ampliarla resultó ser imposible por la histeria y la creciente destrucción de la ciudad, se había dirigido al instituto. Tuvo que andar la mayor parte del trayecto, experiencia que encontró perturbadora. Alguien de su posición, con tantas visitas que atender durante la jornada laboral, tenía por fuerza que conducir un batcoche. Pero se quedó sin batería y no pudo llegar a un cargador porque las multitudes que atestaban las calles se lo impidieron. Tuvo que salir del coche y seguir a pie, a contracorriente del gentío. Eso le resultó muy angustiioso. No le gustaban las multitudes. Pero éstas cesaron y se quedó caminando a solas en las extensas llanuras de césped y árboles y bosque del parque; y eso resultó ser mucho peor.

Haber se tenía a sí mismo por un lobo solitario. Nunca había querido casarse ni hacer grandes amistades, había escogido una ardua investigación que llevaba a cabo mientras los demás dormían; por tanto, había evitado las relaciones. Limitaba su vida

sexual a aventuras de una noche, medio profesionales, a veces mujeres; otras, hombres jóvenes. Sabía a qué bares, cines y saunas acudir en busca de lo que quería. Obtenía lo que buscaba y se alejaba enseguida, antes de que él o la otra persona pudiese desarrollar cualquier clase de necesidad hacia el otro. Valoraba su independencia. Su libre albedrío.

Pero le pareció terrible estar solo, totalmente a solas en el enorme e indiferente parque, apresurándose, corriendo casi, en dirección al instituto, porque no tenía ningún otro lugar al que ir. Llegó allí y lo encontró en silencio, desierto.

La señorita Crouch tenía una radio en el cajón de su escritorio. La sacó y la mantuvo con el volumen bajo para poder escuchar los últimos informes, o al menos una voz humana.

Allí había todo lo que necesitaba: camas a docenas, comida, las máquinas de sándwiches y de refrescos para quienes hacían el turno de noche en los laboratorios del sueño. Pero no tenía apetito. Sentía, en lugar de ello, una especie de apatía. Escuchó la radio, pero la radio no lo escuchó a él. Estaba solo, y en la soledad nada parecía real. Necesitaba a alguien, cualquiera, alguien con quien hablar, debía contar lo que sentía para saber si sentía algo. El horror de estar solo fue lo bastante intenso para estar a punto de hacerlo abandonar el edificio, de vuelta al gentío, pero la apatía seguía siendo más fuerte que el temor. No hizo nada, y la noche lo oscureció todo.

En el monte Hood el fulgor rojizo a veces aumentaba una enormidad, antes de palidecer. Algo grande impactó al suroeste de la ciudad, fuera de la vista de su despacho; pronto se iluminó la parte baja de las nubes, un resplandor amoratado que parecía provenir de esa dirección. Haber se dispuso a salir al corredor para ver lo que había pasado y se llevó la radio consigo. Había gente que subía la escalera. No los había oído llegar. Por un instante se limitaron a mirarlo.

—Doctor Haber —dijo uno de ellos.

Era Orr.

—Ya era hora —dijo Haber cabreado—. ¿Dónde coño ha estado todo el santo día? ¡Vamos!

Orr llegó cojeando; tenía hinchada y ensangrentada la parte izquierda de la cara, el labio cortado, y había perdido medio diente frontal. La mujer que lo acompañaba parecía menos maltrecha: tenía la mirada perdida y le temblaban las piernas. Orr la hizo sentarse en el sofá del despacho. Haber preguntó con un prepotente tono médico:

—¿Ha sufrido un golpe en la cabeza?

—No. Ha sido un día largo.

—Estoy bien —murmuró la mujer, que temblaba un poco. Orr se mostró rápido y solícito, quitándole el calzado, repulsivamente lleno de barro, y cubriéndole el regazo con la manta de pelo de camello que yacía doblada a un extremo del sofá. Haber se preguntó quién sería, pero no le prestó mayor atención al asunto. Empezaba a funcionar de nuevo.

—Dejemos que descanse, aquí estará bien. Venga, aséese un poco. Llevo todo el día buscándolo. ¿Dónde ha estado?

—Intentando volver a la ciudad. Nos hemos metido en una especie de pauta de bombardeo, porque siempre volaban por los aires el trecho de camino que teníamos por delante. El coche ha ido dando botes, hasta que al final supongo que ha volcado. Heather iba detrás de mí y supongo que frenó a tiempo, así que a su vehículo no le pasó nada y hemos llegado aquí con él. Pero tuvimos que pasar a la Sunset Highway porque la noventa y nueve estaba cortada, y luego tuvimos que dejar el coche en un control de carretera cerca del santuario de la reserva de las aves. Así que anduvimos a través del parque.

—¿De dónde coño venía? —Haber había encendido el grifo del agua caliente de su baño privado y le tendió a Orr una toalla caliente para que se la pusiera en la cara ensangrentada.

—En la cabaña. En Coast Range.

—¿Qué le pasa en la pierna?

—Supongo que me lastimé al volcar el coche. Oiga, ¿ya están en la ciudad?

—Si los militares lo saben, aún no han dicho nada. Lo único que dicen es que cuando las naves grandes aterrizaron esta mañana, se dividieron en pequeñas unidades móviles, como helicópteros, y se dispersaron. Están en toda la mitad occidental del estado. Comentan que se desplazan con lentitud, pero no mencionan si las están derribando.

—Hemos visto una. —El rostro de Orr emergió de la toalla, surcado de moretones púrpura, pero no tan impactante tras haberse limpiado el barro y la sangre—. Eso debía ser. Pequeña y plateada, a unos diez metros de altura sobre unos pastos cerca de North Plains. Parecía avanzar a saltos. No daba la impresión de ser terrestre. ¿Nos atacan los alienígenas? ¿Están derribando nuestros aviones?

—La radio no menciona nada. No hablan de bajas, excepto las civiles. Venga, métase algo de comer en el cuerpo, y no le vendrá mal una taza de café. Luego haremos una sesión de terapia en pleno infierno y pondremos punto final a este estúpido desastre que ha creado. —Había preparado una jeringuilla de pentotal sódico, tomó el brazo de Orr y le pinchó sin advertencia previa ni disculpa posterior.

—A eso he venido aquí. Aunque no sé si...

—¿Si puede hacerlo? Claro que puede. ¡Vamos, hombre! —Orr había vuelto a acercarse a la mujer—. Se encuentra bien. Está dormida, no la incordie, es lo que necesita. ¡Vamos! —Llevó del brazo a Orr hasta las máquinas dispensadoras de comida y le tendió un sándwich de rosbif, uno de huevo y tomate, dos manzanas, cuatro barras de chocolate y dos tazas de café. Se sentaron a la mesa del Laboratorio del Sueño 1, haciendo a un lado una partida de solitario que alguien había abandonado cuando las sirenas empezaron a aullar—. Muy bien, ahora coma. En caso de que piense que arreglar esto escapa a sus posibilidades, le diré que he estado trabajando en el Aumentador, y que puede hacerlo por usted. Poseo el modelo, la

plantilla, de sus emisiones cerebrales durante el sueño efectivo. Donde llevo todo el mes equivocándome es en buscar una entidad, una onda omega. No la hay. Se trata sencillamente de una pauta formada por la combinación de otras ondas, y a lo largo de estos dos últimos días, antes de que todo se fuese al infierno, he logrado desentrañarlo. El ciclo consta de noventa y siete segundos. Eso para usted no significa nada, a pesar de que es su condenado cerebro el que se comporta de ese modo. Se lo explicaré de forma distinta: cuando usted tiene un sueño efectivo, todo su cerebro se ve envuelto en una compleja pauta sincronizada de emisiones que tarda noventa y siete segundos en completarse y volver al punto de partida, una especie de efecto contrapunto que, para las gráficas normales del estado d, es lo que la *Gran Fuga* de Beethoven para *María tenía un corderito*. Es increíblemente compleja, pero consistente, y se repite. Por tanto, puedo facilitársela de inmediato, y además amplificada. El Aumentador está listo, está preparado para usted, ¡por fin va a encajar en el interior de su cabeza! Esta vez, cuando sueñes, vas a soñar a lo grande, cariño. Lo bastante para detener esta absurda invasión y devolvernos sin más a otro continuum de tiempo donde podamos empezar de nuevo. Eso es lo que usted hace. No cambia las cosas, ni las vidas, lo que hace es cambiar el conjunto de elementos que forman la realidad.

—Es agradable poder hablar al respecto con usted —dijo Orr, o algo que sonó parecido. Se había comido los sándwiches realmente rápido, a pesar del corte en el labio y el diente partido, y ahora mordisqueaba una barra de chocolate. Había ironía, o algo así, en lo que decía, pero Haber estaba demasiado ocupado para reparar en ello.

—Dígame. ¿Esta invasión ha sucedido sin más, o lo ha hecho porque usted faltó a una cita?

—Yo la soñé.

—¿Se permitió sumirse en un sueño efectivo sin control? —Haber tiñó su voz de una angustia pesada. Había sido demasiado protector, demasiado indulgente con Orr. La irresponsabilidad de ese sujeto era la causa de la muerte de muchos inocentes, la destrucción y el pánico desatados en la ciudad: debía afrontar lo que había hecho.

—No fue... —Orr había empezado a responder cuando una explosión ensordecedora sacudió el edificio. El temblor hizo saltar, crujir, repicar de todo, y los aparatos electrónicos dieron brincos junto a la hilera de camillas vacías mientras el café rebosaba por el borde de las tazas—. ¿Eso ha sido el volcán o la fuerza aérea? —preguntó Orr, y en mitad de la consternación que la explosión le había causado, Haber reparó en que Orr se mostraba impertérrito. Sus reacciones eran totalmente anormales. El viernes se hacía pedazos por una simple cuestión ética y ahí estaba el miércoles, en pleno fin del mundo, de lo más tranquilo. Parecía no sentir ningún miedo por su persona. Pero debía de tenerlo. Si Haber lo tenía, Orr, por descontado, debía de tenerlo también. Lo estaba conteniendo. ¿O acaso creía, se preguntó de

pronto Haber, que por haber sido él quien había soñado con la invasión, no era más que un sueño?

Pero ¿y si lo era?

¿De quién?

—Será mejor que volvamos arriba —dijo Haber poniéndose de pie. Se sintió cada vez más impaciente, irritable; el nerviosismo se estaba mostrando tremendamente exhaustivo—. ¿Quién es la mujer que lo acompaña, si puede saberse?

—Es la señorita Lelache —respondió Orr mirándolo con cara rara—. La abogada. Estuvo aquí el viernes.

—¿Cómo es que estaba con usted?

—Vino a verme, fue a buscarme a la cabaña...

—Ya me lo explicará más tarde —lo interrumpió Haber. No había tiempo que perder en minucias. Debían salir de aquel mundo envuelto en llamas que estaba a punto de explotar.

Nada más entrar en el despacho de Haber, saltó hecho pedazos el cristal de la ventana doble con un sonido agudo, un fuerte campanileo, al tiempo que el aire del interior era como absorbido hacia afuera y ambos se vieron arrastrados hacia la ventana como hacia la boca de una aspiradora. Entonces todo se volvió blanco. Todo. Ambos se cayeron.

No fueron conscientes de ninguna clase de ruidos.

Cuando pudieron ver de nuevo, Haber se levantó como un rayo, aferrado al escritorio. Orr ya se había acercado al sofá, intentando tranquilizar a la desconcertada mujer. Hacía frío allí: el aire primaveral, que arrastraba una fresca húmeda y entraba por la ventana rota, olía a humo, a quemado, a ozono, a sulfuro y a muerte.

—Deberíamos bajar al sótano, ¿no creen? —propuso la señorita Lelache con el tono de quien dice algo que es lógico, a pesar de que temblaba como un flan.

—Vaya usted —dijo Haber—. Nosotros tenemos aquí para un rato.

—¿Van a quedarse aquí?

—Es donde está el Aumentador. ¡No se trata de algo que enchufes y desenchufes como si fuera un televisor portátil! Vaya usted al sótano, que nosotros la seguiremos en cuanto podamos.

—¿Va a ponerlo a dormir ahora? —preguntó la mujer, justo cuando los árboles que cubrían la colina ardieron de pronto, las copas como anaranjados globos de llamas. La erupción del monte Hood quedaba oculta por los sucesos más próximos; la tierra, sin embargo, llevaba unos minutos estremeciéndose levemente, una especie de temblor continuo que se manifestaba en los presentes como un escalofrío de manos y mente.

—Vaya si voy a hacerlo. Váyase. Baje al sótano. Necesito el sofá. Túmbese, George... Y usted, preste atención: en el sótano, justo al pasar la garita del conserje, verá que hay una puerta con un letrero que pone GENERADOR DE EMERGENCIA. Entre,

busque la palanca de encendido. Vigílela, y si las luces se apagan, súbala. Será necesario que ejerza cierta fuerza, pero hágalo. ¡Vamos!

Ella se marchó. Seguía temblando y sonriendo. Al despedirse, tomó la mano de Orr un instante y dijo:

—Felices sueños, George.

—Silencio —ordenó con brusquedad Haber. Había puesto en marcha la grabación de la hipnocinta que había registrado, pero Orr ni siquiera prestaba atención, y el ruido de las explosiones y las cosas que ardían dificultaban la audición—. ¡Cierre los ojos! —ordenó ahora Haber, que puso la mano en la garganta de Orr y aumentó el volumen—. RELÁJESE —dijo su propia voz amplificada—. SE SIENTE CÓMODO Y RELAJADO. ACCEDERÁ A... —El edificio dio un brinco como un muelle y se quedó como inclinado. Algo apareció en el sucio resplandor opaco que había al otro lado de las ventanas rotas: un objeto ovoide y grande que se desplazaba como a saltos por el aire. Avanzaba directo a las ventanas—. ¡Tenemos que salir! —gritó Haber para imponer la voz a su propia voz grabada en la hipnocinta. Entonces comprendió que Orr ya estaba hipnotizado. Apagó la reproducción y se inclinó para hablarle al oído—: ¡Detenga la invasión! —gritó—. ¡Paz, paz, sueñe que estamos en paz con todo el mundo! ¡Ahora duérmase! ¡Amberes! —Y puso en marcha el Aumentador.

Pero no tuvo tiempo de mirar el EGG de Orr. La forma ovoide flotaba justo ante la ventana. El morro chato, iluminado por los reflejos de la ciudad en llamas, señalaba directamente a Haber. Se resguardó tras el sofá, sintiéndose terriblemente vulnerable y expuesto, intentando proteger el Aumentador con su frágil cuerpo, extendiendo los brazos sobre él, como abrazándolo. Inclino el cuello para ver la nave alienígena. Se acercó. El morro chato semejaba acero plateado cubierto por una capa de aceite, con vetas y destellos violeta, y llenaba todo el ventanal. Hubo un crujido cuando se dispuso a atravesar el marco. Haber lanzó un audible gemido de pavor, pero se mantuvo inmóvil, los brazos abiertos entre los alienígenas y el Aumentador.

El morro chato se detuvo y extendió un largo y delgado tentáculo que se desplazó como tanteando el aire. El extremo se levantaba echado hacia atrás, como una cobra, y señaló aquí y allá antes de decidirse por la dirección en la que se hallaba Haber. Colgó suspendido en el aire a unos tres metros de él, señalándolo por espacio de unos segundos. Seguidamente, se retiró con un siseo y un restallido como el de la regla flexible de un carpintero, momento en que la nave emitió un rumor grave. El marco metálico de la ventana rechinó y cedió. El morro de la nave giró sobre sí mismo y se desprendió. Del agujero emergió algo.

Era, pensó Haber, presa de un horror gélido, una tortuga gigante. Entonces cayó en la cuenta de que lo que aquello fuera iba encerrado en una especie de traje que le daba ese aspecto blindado, verde e inexpresivo de tortuga marina gigante de pie sobre las patas traseras.

Permaneció inmóvil, cerca del escritorio de Haber. Lenta, muy lentamente, levantó el brazo izquierdo, señalándolo con un instrumento metálico con forma de

boquilla.

Se enfrentaba a la muerte.

Una voz llana, carente de inflexiones, surgió de aquel objeto.

—No haga a los demás lo que no quiera que le hagan a usted —dijo.

Haber puso los ojos como platos; el corazón le flaqueaba.

El brazo enorme y pesado, metálico, volvió a alzarse.

—Intentamos que la nuestra sea una llegada pacífica —anunció el brazo—. Por favor, informe al resto de que esto es una llegada pacífica. No tenemos armas. La gran autodestrucción sigue a un miedo infundado. Por favor, cesen en la destrucción nuestra y ajena. No tenemos armas. Somos una especie no agresiva y no combativa.

—Yo... no... no controlo a la fuerza aérea —tartamudeó Haber.

—Las personas en vehículos voladores están siendo contactadas en este momento. —La voz parecía salir de la articulación del codo de la criatura—. ¿Es ésta una instalación militar?

El orden de las palabras dentro de la oración compensó la ausencia de inflexión.

—No —respondió Haber—. No, nada más lejos...

—Por favor, disculpe entonces la intromisión indebida. —La enorme figura blindada emitió un leve chirrido y pareció titubear—. ¿Qué es este artilugio? —preguntó, señalando con el codo derecho la maquinaria conectada a la cabeza del hombre durmiente.

—Un electroencefalógrafo, una máquina que registra la actividad eléctrica del cerebro...

—Valioso —alabó el alienígena, que dio un paso breve, controlado, hacia el sofá, como si quisiera echar un vistazo—. La persona-individuo está *iahklu*. La máquina grabadora lo registra, quizá. ¿Toda su especie es capaz de *iahklu*?

—No sé... No conozco el término. ¿Podría describir...?

La figura emitió un nuevo chirrido breve, levantó el codo izquierdo sobre la cabeza (lo cual, al parecerse a una tortuga, apenas asomaba por encima de los anchos hombros del caparazón), y dijo:

—Discúlpeme, por favor. Incomunicable por máquina-comunicación inventó apresuradamente en el muy-reciente-pasado. Discúlpeme, por favor. Es necesario que todos procedamos en el muy-cercano-futuro hacia otras personas-individuo responsables presa del pánico y capaces de destruirse a sí mismas y a ajenos. Muchas gracias. —Y regresó al morro de la nave.

Haber vio desaparecer las suelas redondas de los pies en la cavidad oscura.

El cono del morro saltó del suelo y se colocó solo en su lugar: Haber tuvo la impresión vívida de que actuaba mecánicamente, repitiendo acciones anteriores pero al revés, con la precisión de una película rebobinada. La nave alienígena, sacudiendo el despacho y llevándose por delante el resto del marco de la ventana con un estruendo ensordecedor, se retiró y desapareció en la estridente lobreguez exterior.

Haber reparó en que el *crescendo* de explosiones había cesado; de hecho, había un silencio considerable. Todo temblaba un poco, pero debía de ser cosa de la montaña, no de las bombas. Se oían sirenas, lejos, solitarias, al otro lado del río.

George Orr yacía inerte en el sofá, la respiración irregular, los cortes y moretones del rostro agravados por su palidez. El viento frío seguía arrastrando las cenizas y la humareda a través de la ventana. Nada había cambiado. No había deshecho nada. ¿Acaso había hecho algo? Hubo un leve movimiento ocular tras los párpados cerrados: seguía soñando. No podía hacer otra cosa, teniendo en cuenta que el Aumentador anulaba los impulsos de su propio cerebro. ¿Por qué no cambiaba de continuum, por qué no los llevaba a todos a un mundo en paz, tal como Haber le había pedido que hiciera? La sugestión hipnótica no había sido o bien lo bastante clara, o bien lo bastante fuerte. Debían empezar de nuevo. Haber apagó el Aumentador y pronunció tres veces el nombre de Orr.

—No se incorpore, aún lleva conectado el Aumentador. ¿Qué ha soñado?

Orr habló con voz ronca, lentamente, sin estar despierto del todo.

—Había un alienígena. Aquí. En la consulta. Salía del morro de una de esas naves que dan saltos. En la ventana. Ustedes estuvieron hablando.

—¡Pero eso no ha sido un sueño! ¡Ha pasado de verdad! Maldita sea, vamos a tener que pasar por esto de nuevo. Lo de hace unos minutos es posible que sea una explosión atómica, tenemos que pasar a otro continuum; tal vez la radiación ya nos haya envenenado a todos...

—Ah, no, esta vez no —replicó Orr, incorporándose en el sofá y quitándose los electrodos como si fueran piojos muertos—. Claro que ha sucedido. Un sueño efectivo es una realidad, doctor Haber.

Haber lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Supongo que su Aumentador ha potenciado la inmediatez de lo ocurrido para usted —dijo Orr, que mantenía una calma extraordinaria. Pareció meditar un poco—. Escuche, ¿podría llamar a Washington?

—¿Para qué?

—Bueno, es posible que presten atención a un famoso científico que está aquí en mitad de todo. Andarán buscando explicaciones. ¿Conoce a alguien del gobierno a quien pueda llamar? ¿Tal vez a un ministro del HEW? Podría decirle que todo esto es un malentendido, que los alienígenas ni nos invaden ni nos atacan. Sencillamente no han caído en la cuenta hasta aterrizar de que los humanos dependemos de la comunicación verbal. Ni siquiera sabían que nosotros nos creíamos en guerra con ellos... Si pudiera contárselo a alguien que esté cerca del presidente... Cuanto antes Washington pueda detener a los militares, menos gente morirá aquí. Sólo mueren civiles. Los alienígenas no están haciendo daño a los soldados, ni siquiera van armados, y tengo la impresión de que son indestructibles dentro de esos trajes. Pero si alguien no le para los pies a la fuerza aérea, acabarán convirtiendo la ciudad en un enorme agujero. Inténtelo, doctor Haber. A usted podrían escucharlo.

Haber tuvo la sensación de que Orr estaba en lo cierto. No había motivos para ello, era la lógica de la locura, pero ahí la tenía: su oportunidad. Orr habló con la convicción incontrovertible de un sueño en el que no hay libre albedrío: haz esto, debes hacerlo, debe hacerse.

¿Por qué ese don le había sido dado a un insensato, a un hombre que era un cero a la izquierda? ¿Por qué Orr estaba tan seguro, tenía tanta razón, mientras que alguien positivo, un hombre fuerte y activo estaba indefenso, se veía forzado a intentar usar, incluso a obedecer, a la herramienta más débil? Esto le cruzó por la mente no por primera vez, pero incluso mientras lo pensaba se dirigió al escritorio a descolgar el teléfono. Se sentó y marcó el número directo de conferencia de larga distancia a las oficinas del HEW en Washington. La llamada, que pasó por las centralitas de Telefónica Federal de Utah, llegó sin más a su destino.

Mientras esperaba a que le pasaran con el ministro de Salud, Educación y Bienestar, a quien conocía bastante bien, le dijo a Orr:

—¿Por qué no nos lleva a otro continuum donde todo este follón sencillamente no haya pasado? Sería mucho más sencillo. Y nadie habría muerto. ¿Por qué no nos ha librado sin más de los alienígenas?

—Yo no escojo —respondió Orr—. ¿Es que no lo ve? Yo sigo.

—Usted sigue mis sugerencias hipnóticas, sí, pero no del todo, nunca se limita a soñar una solución directa, sim...

—No me refiero a eso —lo interrumpió Orr, pero la secretaria de Rantow se había puesto al auricular. Mientras Haber hablaba, Orr se escabulló, abajo, sin duda, a ver cómo estaba la mujer. Ningún problema. Mientras charlaba con la secretaria y después con el ministro, Haber empezó a sentirse convencido de que las cosas iban a mejorar, de que los alienígenas eran, de hecho, totalmente pacíficos, y que sería capaz de lograr que Rantow lo creyera y, a través del ministro, lo hicieran el presidente y los generales. Orr ya no era necesario. Haber comprendió qué debía hacerse, y sacaría a su patria de todo ese desbarajuste.

Quienes sueñan con festines despiertan con lamentos.

CHUANG TSE: II

Era la tercera semana de abril. Orr había concertado una cita, la semana pasada, para verse con Heather Lelache en Dave's para comer el jueves, pero en cuanto salió de la oficina supo que no resultaría.

Había tantos recuerdos distintos a esas alturas, tantas madejas de la experiencia vital que se atropellaban en su cabeza, que apenas intentaba recordar. Se dejaba llevar. Vivía casi como un niño, sólo entre presentes. Nada lo sorprendía, a la vez que todo lo hacía.

Su despacho estaba en la tercera planta de la Oficina de Planificación Civil, su posición era más impresionante que cualquiera que hubiera ostentado hasta el momento: estaba a cargo de la sección de parques suburbanos del sureste de la comisión de planificación urbana. No le gustaba su empleo y nunca le había gustado.

Siempre había logrado mantenerse como una clase u otra de diseñador, hasta el sueño que había tenido el pasado lunes, cuando, al hacer malabares con los gobiernos federal y estatal para intentar llevar adelante un plan concebido por Haber, había reorganizado de tal modo todo el sistema social que él mismo había acabado de burócrata municipal. Nunca había tenido un trabajo, en ninguna de sus vidas, que le encajara; el diseño era lo que mejor se le daba, la comprensión de la forma adecuada en que había que disponer ciertos elementos, y su talento no había sido solicitado en ninguna de sus diversas existencias. Pero este puesto, que (ahora) había ostentado desde hacía cinco años, le era totalmente ajeno. Eso lo preocupaba.

Hasta esta semana había existido un continuum esencial, una coherencia, entre todas las existencias resultantes de sus sueños. Siempre había sido una especie de diseñador, siempre había vivido en Corbett Avenue. Incluso en la vida que había acabado en los escalones de hormigón de una casa quemada en la moribunda ciudad de un mundo en ruinas, incluso en esa vida, hasta que no hubo más empleos ni más casas, esas continuidades habían aguantado. Y en todos los sueños o vidas posteriores, cosas mucho más importantes también se habían mantenido constantes. Había mejorado un poco el clima local, pero no mucho, y el efecto invernadero permanecía, legado permanente de mediados del siglo pasado. La geografía conservaba la regularidad: los continentes seguían donde estaban. También las fronteras naturales, y la naturaleza humana, y demás. Si Haber le había sugerido soñar con volver más noble la raza humana, había fracasado en su intento.

Pero Haber aprendía a dirigir mejor sus sueños. Las últimas dos sesiones habían cambiado radicalmente las cosas. Conservaba su apartamento en Corbett Avenue, las mismas tres habitaciones, el olor leve en el ambiente de la marihuana del encargado de mantenimiento; pero trabajaba de burócrata en un enorme edificio del centro, y el centro había cambiado tanto que era imposible reconocerlo. Era casi tan impresionante y tan lleno de rascacielos como lo había sido cuando no hubo la crisis de población, y era mucho más duradero y hermoso. Las cosas se manejaban de forma muy distinta en el presente.

Era curioso que Albert M. Merdle siguiese siendo presidente de Estados Unidos. Él, al igual que el contorno de los continentes, parecía inmutable. Pero Estados Unidos no era la potencia que había sido antaño, igual que no lo era ningún país concreto.

Portland era ahora hogar del Centro de Planificación Mundial, la agencia encargada de la supranacional Federación de los Pueblos. Portland era, tal como rezaban las postales de recuerdo, la capital del planeta. Contaba con una población de dos millones de habitantes. El centro estaba lleno de gigantescos edificios del CPM, ninguno de los cuales superaba los doce años de antigüedad, todos cuidadosamente planificados, rodeados de parques verdes y grandes almacenes con paseos bordeados de árboles. Miles de personas, la mayoría empleados federales o del CPM, llenaban esos grandes almacenes; grupos de turistas de Ulan Bator o Santiago de Chile pasaban de largo, la cabeza echada hacia atrás, escuchando las guías en sus auriculares. Era un espectáculo alegre e imponente: los edificios altos, hermosos, los jardines cuidados, el gentío bien vestido. A George Orr se le antojaba bastante futurista.

No pudo encontrar Dave's, por supuesto. Ni siquiera dio con Ankeny Street. La recordaba tan claramente de otras existencias que se negó a aceptar, hasta que llegó, lo que le aseguraba su actual memoria, que sencillamente no había ninguna calle llamada así. Donde debía estar se alzaba hasta las nubes el edificio de Coordinación de Investigación y Desarrollo entre parterres de césped y rododendros. Ni siquiera se molestó en buscar Pendleton Building; Morrison Street seguía aún allí, con unos grandes almacenes plantados en el centro, con gran profusión de naranjos, pero no había edificios de estilo neoinca y jamás los hubo.

No recordaba exactamente el nombre del bufete de Heather; ¿era Forman, Esserbeck y Rutti, o Forman, Esserbeck, Goodhue y Rutti? Encontró una cabina telefónica y buscó en la guía el teléfono del bufete. No se mencionaba nada por el estilo, aunque sí encontró un P. Esserbeck, abogado. Llamó y preguntó, pero en ese despacho no trabajaba ninguna señorita Lelache. Finalmente, hizo acopio de coraje y buscó su nombre. No encontró ningún Lelache en el listín.

Podía existir aún, pero con otro apellido, pensó. Su madre podía haber renunciado al apellido de casada después de que el marido se marchase a África. O quizá había conservado su propio apellido al enviudar. Pero no tenía la menor idea de cuál era el

apellido del marido. Tal vez nunca lo había adoptado; muchas mujeres ya no se cambiaban el apellido al casarse, pues la costumbre era una reliquia de la servidumbre femenina. Pero ¿de qué servía tanta especulación? También cabía la posibilidad de que no existiera ninguna Heather Lelache, de que, esta vez, no hubiese nacido.

Después de enfrentarse a ello, Orr encaró otra posibilidad. «Si pasa por aquí buscándome —pensó—, ¿sería capaz de reconocerla?».

Tenía la piel morena. De un pardo ámbar, claroscuro, como ámbar del Báltico o una taza de fuerte té de Ceilán. Pero no pasó nadie por ahí de piel morena. Ni negros, ni blancos, ni amarillos ni rojos. Llegaban procedentes de todos los rincones del planeta para trabajar en el Centro de Planificación Mundial o para contemplarlo; de Tailandia, de Argentina, de Ghana, China, Irlanda, Tasmania, Líbano, Etiopía, Vietnam, Honduras, Liechtenstein. Pero todos llevaban la misma ropa: pantalón, túnica, gabardina; y debajo de la ropa eran del mismo color. Todos grises.

Al doctor Haber lo divirtió mucho ver lo que había pasado. Fue el sábado anterior, primera sesión de la semana. Se había pasado mirándose al espejo cinco minutos, riendo y contemplándose; miró a Orr del mismo modo.

—¡Hay que ver cómo le gusta a usted economizar, George! Por Dios, creo que es la primera vez que coopera conmigo. ¿Sabe qué le sugerí que soñara?

Porque había llegado un momento en que Haber hablaba sin tapujos con Orr sobre todo lo que hacía y esperaba hacer mediante los sueños de Orr. No es que eso ayudara mucho.

Orr se había mirado las manos de piel gris clara, cortas las uñas grises.

—Supongo que me sugirió que no hubiese más problemas por el color de piel. Por la raza.

—Precisamente. Por supuesto, yo visualizaba una solución política, étnica. En lugar de ello, sus procesos primarios de pensamiento han tomado el atajo de costumbre, que por lo general acaba en un cortocircuito, pero que esta vez fueron a la raíz. Ha obrado el cambio biológico y absoluto. ¡Jamás ha habido un problema racial! ¡Usted y yo somos los dos únicos hombres en la Tierra conscientes de que hubo un problema racial! ¿Puede creerlo? No hubo parias en la India, y nunca lincharon a nadie en Alabama, igual que no hubo matanzas en Johannesburgo. La guerra es un problema que hemos logrado superar, y nunca tuvimos un problema racial. Nadie en toda la historia de la humanidad ha sufrido de resultas del color de su piel. ¡Va usted aprendiendo, George! Será el mayor benefactor que haya tenido la humanidad, muy a pesar de sí mismo. Todo el tiempo y la energía que los humanos han malgastado en intentar hallar soluciones religiosas para el sufrimiento, va usted y hace que Buda, Jesús y el resto de ellos parezcan los santones que fueron. Ellos intentaron huir del mal, pero nosotros, nosotros lo arrancamos de raíz, ¡nos libramos de él trocito a trocito!

Las triunfales alabanzas de Haber hicieron sentir incómodo a Orr, que no les prestó atención; en lugar de ello, había rebuscado en el recuerdo y no había encontrado en él que se hubiese pronunciado un discurso en un campo de batalla de Gettysburg, ni que hubiese existido alguien llamado Martin Luther King. Aunque estos asuntos parecían calderilla a cambio de la total abolición, con efectos retroactivos, de los prejuicios raciales, de modo que no dijo una palabra.

Pero ahora, el hecho de no haber conocido a una mujer de piel morena, de pelo negro, tieso y corto, tanto que la elegante curvatura de su cuello recordaba la de un jarrón de bronce... No, eso no era bueno. Eso era intolerable. Que hasta la última persona del planeta tuviese un cuerpo del color de un acorazado, ¡no!

Pensó que se debía a eso que ella no estuviese ahí. No podía haber nacido con la piel gris. Su color, su color pardo, era parte esencial de su persona, no un accidente. Su ira, la timidez, la impetuosidad, la dulzura, todos estos elementos formaban parte de ese cóctel que era su ser, el cóctel de su naturaleza, oscuro y traslúcido como ámbar del Báltico. Ella no tenía cabida en un mundo poblado por gente gris. Por tanto, no había nacido.

Pero él sí, pensó. Él podía nacer en cualquier mundo. Carecía de carácter. Era un pedazo de arcilla, un bloque de madera por tallar.

Y el doctor Haber... también él había nacido. Nada pudo impedirselo. Cada reencarnación no hacía sino agrandarlo.

Durante aquel día aterrador en que viajaron desde la cabaña a la sitiada Portland, mientras daban botes en la carretera secundaria en el Hertz Steamer, Heather le había dicho que había intentado sugerirle que soñara con un Haber mejorado, tal como habían acordado que haría. Y desde entonces, al menos Haber se había mostrado más sincero con Orr acerca de sus manipulaciones. Aunque sincero no era la palabra adecuada; Haber era alguien demasiado complejo para la sinceridad. Podías pelar una cebolla capa a capa y no encontrar sino más cebolla.

Ese pelar de una capa era el único cambio experimentado en él, y podía muy bien deberse no a un sueño efectivo, sino al cambio de las circunstancias. Estaba tan seguro de sí mismo ya, que no había necesidad de intentar ocultar sus propósitos ni de engañar a Orr; podía limitarse a coaccionarlo. Orr tenía menos posibilidades que nunca de alejarse de él. En ese momento, el Tratamiento Terapéutico Voluntario se conocía por el nombre de Control del Bienestar Personal, pero tenía la misma carga legal, y no había abogado al que se le pasara por la cabeza presentar una queja contra William Haber. Era un hombre importante, un hombre muy muy importante. Era director del GIPID, punto neurálgico del Centro de Planificación Mundial, lugar donde se tomaban las grandes decisiones. Siempre había querido el poder para obrar el bien. Ahora lo tenía.

Bajo esta perspectiva, se había mantenido fiel al hombre que Orr había conocido, jovial y distante, en la sórdida consulta de la Willamette East Tower, bajo la fotografía mural del monte Hood. No había cambiado; sencillamente había crecido.

La cualidad de la fuerza de voluntad es, precisamente, el crecimiento. El logro supone su cancelación. Para ser, la fuerza de voluntad debe aumentar con cada logro, haciendo que el logro no sea más que un paso dado hacia la siguiente aspiración. A mayor poder obtenido, mayor apetito. Como no había un límite visible al poder que Haber tenía en sus manos mediante los sueños de Orr, no había final a su determinación de mejorar el mundo.

Al pasar, un alienígena chocó levemente con Orr entre el gentío de Morrison Mall y se disculpó con voz neutral a través del codo izquierdo alzado. Los alienígenas habían aprendido enseguida a no señalar a la gente, aunque averiguarlo los consternó. Orr levantó la vista, sorprendido; casi se había olvidado de los alienígenas desde la crisis del Día de los Inocentes, en abril.

Tal como estaba la situación en la actualidad —o continuum, tal como insistía en denominarlo Haber—, recordó que el aterrizaje alienígena no había sido un gran desastre para Oregón, la NASA y la Fuerza Aérea. En lugar de inventar el ordenador de traducción a toda prisa en pleno diluvio de bombas y napalm, lo habían llevado consigo desde la luna, y habían sobrevolado la superficie antes de aterrizar, difundiendo públicamente sus intenciones pacíficas, disculpándose por la guerra en el espacio, que había sido un error, y solicitando instrucciones. Hubo alarma, por supuesto, pero no cundió el pánico. Casi había resultado conmovedor escuchar las voces atonales en todas las cadenas de radio y televisión, repitiendo que la destrucción de la cúpula lunar y la estación orbital rusa habían sido el resultado accidental de sus empeños ignorantes por establecer contacto, igual que habían comprendido que los misiles de la Flota Espacial de la Tierra eran nuestros empeños ignorantes de establecer contacto, que lo sentían mucho y que, ahora que habían comprendido la naturaleza de los canales de comunicación humanos, como el habla, deseaban redimirse.

El CPM, establecido en Portland desde el fin de los Años de la Peste, había establecido contacto con ellos y había mantenido la calma entre la población y los generales. Al pensar en ello, Orr cayó en la cuenta de que eso no tuvo lugar el primero de abril, dos semanas atrás, sino en febrero del año pasado, catorce meses atrás. Los alienígenas habían obtenido permiso para aterrizar, se habían establecido relaciones satisfactorias con ellos, y al menos se les había permitido abandonar el lugar donde habían aterrizado, cerca de Steens Mountain, en el desierto de Oregón, para mezclarse entre la humanidad. Unos pocos compartían en paz la reconstruida cúpula lunar con científicos federales, y en la Tierra había un par de miles de ellos. Ésos eran todos los que existían o, al menos, todos los que habían venido, aunque pocos de estos detalles fueron compartidos con el gran público. Nativos de un planeta con atmósfera de metano de la estrella Aldebarán, se veían obligados a llevar el estafalario traje de tortuga continuamente en la Tierra o en la luna, aunque no parecía importarles. Orr no tenía mentalmente claro cuál era su aspecto real una vez fuera del traje. No podían salir de él, y tampoco les hacían dibujos. Su comunicación

con seres humanos, limitada a emisiones verbales a través del codo izquierdo y una especie de receptor auditivo, eran limitadas; no estaba seguro de qué podían ver, de que tuvieran un órgano sensorial para abarcar el espectro visible. Había extensas áreas en las que no era posible la comunicación: el problema del delfín, sólo que mucho más difícil. Sin embargo, asumida su falta de agresividad por el CPM, y dada su escasa población y la modestia de sus objetivos, habían sido acogidos con cierto entusiasmo en la sociedad terrestre. Era agradable contar con alguien distinto a quien mirar. Parecían querer quedarse, si se les permitía hacerlo; algunos ya habían abierto negocios pequeños, porque parecían dárseles bien las ventas y la organización, igual que el viaje espacial, cuyo conocimiento superior habían compartido de inmediato con científicos terrestres. Aún no habían expuesto con claridad qué querían a cambio, por qué habían viajado a la Tierra. Sencillamente parecían estar a gusto ahí. Y siguieron comportándose como gente trabajadora, pacífica y respetuosa con las leyes de la Tierra, y los rumores de «asimilación alienígena» e «infiltración nohumana» se habían convertido en el coto privado de políticos paranoicos de moribundos grupos de corte nacionalista y de aquellas personas que mantenían conversaciones con los seres de los platillos volantes de verdad.

De hecho, lo único que quedaba de aquella terrible jornada de abril parecía ser el retorno de monte Hood al estatus de volcán activo. Ninguna bomba lo había impactado, ya que en este tiempo no había caído ninguna. Sencillamente, el volcán había despertado. Ahora, un largo penacho de humo gris pardo se inclinaba al norte empujado por el viento. Zigzag y Rhododendron habían seguido la estela de Pompeya y Herculano. Se había declarado recientemente una fumarola cerca del diminuto cráter antiguo en el parque de monte Tabor, dentro de los límites urbanos. La gente de la zona de monte Tabor se trasladaba a los nuevos barrios de West Eastmont, Chestnut Hills Estates y Sunny Slopes Subdivision. Podían convivir con el monte Hood humeando levemente en el horizonte, pero una erupción al doblar la calle era demasiado.

Orr pidió un insípido plato de pescado con patatas con salsa de cacahuete africano en la atestada barra de un restaurante. Mientras comía, pensó apesadumbrado: «Bueno, una vez la dejé plantada en Dave's, y ahora es ella quien me planta a mí».

No podía afrontar su dolor, su pérdida. El pesar del sueño. La desaparición de una mujer que nunca había existido. Intentó saborear la comida, observar a los demás. Pero la comida no sabía a nada y toda la gente era gris.

Más allá de las puertas acristaladas del restaurante, el gentío se espesaba: la gente se dirigía hacia el Palacio de los Deportes de Portland, un coliseo enorme y espléndido situado junto al río, para disfrutar del espectáculo de la tarde. La gente ya no se sentaba en casa a ver la televisión; la televisión federal sólo emitía dos horas diarias. La vida moderna era la unidad. Era jueves; tocaban los mano a mano, la mayor atracción de la semana, a excepción del fútbol del sábado por la noche. De hecho, morían más atletas en los mano a mano, pero carecía de los aspectos

dramáticos, catárticos, del fútbol, la pura carnicería en la que 144 hombres se enfrentaban de golpe, salpicando de sangre los bancos próximos a la arena. La habilidad de los combatientes que se enfrentaban en solitario estaba bien, pero carecía de la liberación espléndida que comporta una matanza de masas.

No hay guerras, se dijo Orr, abandonando la patata que le quedaba en el plato. Salió al gentío. Ya no... la guerra... Hubo una canción. La hubo. Una canción antigua. Ya no... ¿Cuál era el verbo? No era habrá, no se lo pareció. Ya no... la guerra...

Anduvo derecho hacia un arresto ciudadano. Un hombre alto con cara larga, arrugada, gris, aferró a uno bajito con cara brillante, redonda, gris, del cuello de la túnica. La multitud los rodeó, algunos se pararon a mirar, otros siguieron adelante en dirección al Palacio de los Deportes.

—¡Esto es un arresto ciudadano. Por favor, transeúnte, repara en ello! — anunciaba el hombre alto con nerviosa voz de tenor—. Este hombre, Harvey T. Gonno, padece un cáncer abdominal maligno, pero ha ocultado sus actividades a las autoridades y continúa viviendo con su mujer. Yo soy Ernest Ringo Marin, del 2624287 South West Eastwood Drive, Subdivisión Sunny Slopes, Greater Portland. ¿Hay diez testigos? —Uno de los testigos lo ayudó a contener al debilitado criminal mientras Ernest Ringo Marin contaba a los presentes. Orr se escabulló, agachando la cabeza a través del gentío, antes de que Marin administrase la eutanasia con la pistola hipodérmica que llevaba todo ciudadano adulto que hubiese adquirido el Certificado de Responsabilidad Cívica. Él mismo tenía una. Era una obligación legal. La suya, en ese momento, no estaba cargada; le retiraron la carga cuando se convirtió en paciente psiquiátrico según el CBP, pero le habían permitido conservar el arma, para que aquel lapso temporal de su posición no le supusiera una humillación pública. Una enfermedad mental como la suya, le habían explicado, no debía confundirse con un crimen punible, como, por ejemplo, una enfermedad grave contagiosa o hereditaria. No debía sentir que constituía un peligro para la raza o un ciudadano de segunda categoría, y volverían a cargarle el arma en cuanto el doctor Haber le diese el alta.

Un tumor, un tumor... ¿No había librado a los supervivientes de la peste carcinógena, acabando con la vida de todo aquel susceptible de padecer cáncer, ya fuese durante el Impacto o en la infancia? Así había sido, en otro sueño. Pero no en éste. El cáncer había vuelto a las andadas, eso estaba claro, igual que monte Tabor y monte Hood.

Estudiar. Eso es. Ya no voy a estudiar la guerra...

Se subió al funicular en la Cuarta con Alder y sobrevoló la ciudad verde y gris hasta la Torre GIPID, que coronaba las colinas occidentales, en el lugar donde se alzaba la antigua Pittock Mansion sobre Washington Park.

Lo dominaba todo: la ciudad, los ríos, los valles brumosos a poniente, las altas colinas oscuras de Forest Park que se extendían al norte. Sobre el pórtico de columnas, grabado en el hormigón blanco con unas letras mayúsculas, romanas, de

palo seco, cuya proporción confería nobleza a cualquier frase, rezaba la leyenda: LA MAYOR FELICIDAD PARA EL MAYOR NÚMERO.

En el interior del inmenso vestíbulo de mármol negro, hecho a imagen y semejanza del panteón romano, había una inscripción más pequeña en letras doradas que recorría la cúpula central: EL ESTUDIO ADECUADO DE LA HUMANIDAD ES EL PROPIO HOMBRE • A. POPE • 1688 • 1744.

A Orr le habían dicho que el edificio disponía de una superficie mayor que la del Museo Británico y contaba con cinco plantas. También estaba construido a prueba de terremotos. No estaba hecho a prueba de bombas, porque no las había. El arsenal nuclear, lo que quedaba de él, tras la guerra cislunar, había sido detonado en una serie de experimentos interesantes en el Cinturón de Asteroides. El edificio podía soportar cualquier cosa que hubiera en la Tierra, excepto tal vez el monte Hood. O una pesadilla.

Tomó la cinta transportadora al ala oeste, y la amplia escalera helicoidal a la planta superior.

El doctor Haber conservaba aún el sofá de costumbre en su despacho, una especie de recordatorio ostentadamente humilde de sus inicios como practicante privado, ahora que trataba no ya con individuos sino con millones de ellos. Pero había que recorrer un buen trecho para llegar a él, porque su *suite* abarcaba casi dos mil metros cuadrados e incluía siete habitaciones distintas. Orr se anunció a la autorecepcionista en la puerta de la sala de espera, luego pasó de largo junto a la señorita Crouch, que tecleaba en el ordenador, y también junto al despacho oficial, una estancia regia a la que sólo le faltaba un trono, donde el director recibía a embajadores, delegaciones y premios Nobel, hasta que, finalmente, llegó al despacho más pequeño con la ventana que iba del suelo al techo y el sofá. Allí, los antiguos paneles de secuoya que cubrían una de las paredes se deslizaron para revelar un espléndido conjunto de maquinaria de investigación: Haber se hallaba a medio camino de las reveladas entrañas del Aumentador.

—¡Qué pasa, George! —saludó con estruendo desde el interior, sin mirar a su alrededor—. Estaba conectando un nuevo ergiparejador en el hormómetro—. Deme un minuto. Creo que hoy haremos la sesión sin hipnosis. Siéntese, estaré un rato con esto, he vuelto a liarme a modificarlo... Escuche. Recordará la batería de test que le hicieron cuando se personó la primera vez en la Facultad de Medicina: inventarios de personalidad, coeficiente intelectual, Rorschach y etcétera, etcétera. Luego yo lo sometí al TAT y a situaciones de encuentros simulados, sería en torno a nuestra tercera sesión. ¿Lo recuerda? ¿Se ha preguntado alguna vez qué tal le fueron?

La cara de Haber, gris, enmarcada por la barba y el pelo negro, rizado, asomó de pronto sobre el armazón del Aumentador. Sus ojos, al mirar a Orr, reflejaron la luz del ventanal que ocupaba casi toda la pared.

—Supongo —respondió Orr. De hecho, no había vuelto a pensar en ello.

—Creo que ha llegado la hora de que sepa que, dentro del marco de referencia establecido por esos test tan útiles a la par que extremadamente sutiles y estandarizados, está usted tan cuerdo como para ser considerado una anomalía. Claro que utilizo el término para profanos «cuerdo», el cual carece de un significado preciso y objetivo. En términos cuantificables, usted está en el punto medio. Su puntuación de extroversión/introversión, sin ir más lejos, fue de 49,1. Es decir, es usted más introvertido que extrovertido por únicamente un 0,9. Eso no es inusual; lo que lo es, es la aparición de la misma condenada pauta en todas partes, en todas las mediciones. Si las superpone unas a otras, el resultado obtenido es 50. En dominación, por ejemplo, creo que puntuó usted 48,8. Ni dominante ni sumiso. Independencia-dependencia, lo mismo. Creativo-destructivo, en la escala Ramírez, igual. O bien esto o bien aquello. Cuando hay parejas de opuestos, cuando se presenta una polaridad, usted se sitúa en el medio; cuando hay una escala, usted está en el punto de equilibrio. Se equilibra usted de tal modo que, en cierto sentido, no queda nada. Sin embargo, Walters, en la Facultad de Medicina, interpreta los resultados de forma algo distinta; él asegura que su falta de éxito social es resultado de su ajuste holístico, sea lo que eso sea, y que yo interpreto como autocancelación lo que en realidad es un estado peculiar de aplomo, de armonía personal. Gracias a esto comprenderá usted que, afrontémoslo, el viejo Walters es un fraude santurrón que jamás ha podido superar el misticismo de los setenta; pero tiene buenas intenciones. En fin, ahí lo tiene: usted es el hombre que ocupa la mitad de la gráfica. Allá voy, sólo me falta conectar el derglumesnifer con la brobitija y ya está... ¡Mierda! —Se había golpeado la cabeza al incorporarse. Dejó abierto el Aumentador—. Bueno, vaya tipo raro está usted hecho, George, ¡y lo más raro acerca de usted es que no hay nada raro en usted! —Lanzó una de sus risotadas—. Así que hoy vamos a probar otra cosa. Nada de hipnosis. Nada de dormir. Ni estado d ni sueños. Hoy vamos a conectarlo al Aumentador estando despierto.

A Orr se le cayó el alma a los pies, pero no supo el porqué.

—¿Para? —preguntó.

—Principalmente, para registrar sus ritmos cerebrales normales en estado de vigilia sometidos a aumento. Tengo un análisis completo de su primera sesión, pero eso fue antes de que el Aumentador no pasara de asumir el ritmo de sus emisiones. Ahora podré usarlo para estimular y buscar con mayor claridad ciertas peculiaridades individuales de su actividad cerebral, sobre todo ese efecto de bala trazadora que tiene en el hipocampo. Después las compararé con sus pautas de estado d y con las pautas de otros cerebros, tanto normales como anormales. Busco qué es lo que lo motiva, George, así podré descubrir qué hace que sus sueños funcionen.

—¿Para qué? —insistió Orr.

—¿Cómo que para qué? ¿No es ése el motivo de que estemos aquí?

—Yo he venido a que me cure. A aprender a no tener sueños efectivos.

—Si hubiese sido usted un paciente de «tómese esto, haga lo otro, deje aquello», ¿cree que lo habrían enviado aquí al instituto, al GIPID, a mí?

Orr hundió el rostro en las manos sin decir nada.

—No podré enseñarle a parar, George, hasta que descubra qué es lo que está haciendo.

—Pero si lo descubre, ¿me dirá que pare?

Haber basculó el peso del cuerpo en los talones.

—¿Por qué tiene tanto miedo de sí mismo, George?

—No es verdad —replicó Orr, a quien le sudaban las manos—. Tengo miedo de... —Pero temía, de hecho, decir en voz alta el pronombre.

—De cambiar las cosas, como usted lo llama. De acuerdo. Lo sé. Hemos pasado por esto muchas veces. ¿Por qué, George? Debería formularse a sí mismo esta pregunta. ¿Qué tiene de malo cambiar las cosas? Me pregunto si está autocancelación suya, esta personalidad centrada que tiene, lo lleva a contemplar las cosas a la defensiva. Quiero que pruebe a distanciarse de sí mismo e intentar ver su propio punto de vista desde fuera, con objetividad. Teme perder su equilibrio. Pero el cambio no tiene por qué desequilibrarlo a usted; la vida no es, después de todo, un objeto estático. Es un proceso. No hay inmovilidad en ella. Intelectualmente, usted es consciente de ello, pero, emocionalmente, lo niega. Nada permanece igual de un instante al siguiente, no puede pisar el mismo río dos veces. La vida, la evolución, de todo el universo de espacio tiempo, de materia energía, la propia existencia, es esencialmente cambio.

—Ése es un aspecto de ella —admitió Orr—. El otro es la inmovilidad.

—Cuando las cosas ya no cambian, ése es el resultado último de la entropía, la muerte térmica del universo. Cuantas más cosas sigan moviéndose, interrelacionándose, en conflicto, cambiando, menor será el equilibrio existente y mayor la vida. Yo soy partidario de la vida, George. La vida misma es una apuesta tremenda contra todo pronóstico, ¡contra todo pronóstico! Puede intentar vivir a salvo, pero no existe eso llamado seguridad. Entonces ¡saque la cabeza del caparazón y viva plenamente! Lo que cuenta no es cómo llega usted aquí, sino adónde irá después. Aquí, lo que teme usted aceptar es que está inmerso en un experimento asombroso, que ambos, usted y yo, lo estamos. Estamos a punto de descubrir y controlar, por el bien de la humanidad, una fuerza totalmente nueva, ¡un campo entero y nuevo de energía antientrópica, de fuerza vital, de la voluntad de actuar, de obrar, de cambiar!

—Todo eso es cierto. Pero hay un...

—¿Qué, George? —Se mostraba paternal y paciente. Orr se obligó a continuar a sabiendas de que no haría ningún bien.

—Estamos en el mundo, no en su contra. No funciona intentar situarse al margen de las cosas y empujarlas en una u otra dirección. No funciona, va en contra de la

vida. Existe un modo, pero hay que seguirlo. El mundo es, no importa cómo pensemos que debería ser. Tienes que estar con él, tienes que dejarlo en paz.

Haber anduvo arriba y abajo de la estancia, e hizo una pausa ante el enorme ventanal que enmarcaba la vista al norte, hacia el cono sereno y no volcánico del monte St. Helens. Cabeceó varias veces en sentido afirmativo.

—Entiendo —dijo dándole la espalda—. Lo entiendo completamente. Pero permítame exponerlo del siguiente modo, George, y tal vez comprenda qué es lo que tengo afán por encontrar. Usted está solo en la jungla, en el Mato Grosso, y encuentra a una nativa tendida en mitad del sendero, agonizando de resultas de la mordedura de una serpiente. Lleva antídoto en la mochila, de sobras, suficiente para curar miles de mordeduras de serpiente. ¿Decidiría conservarlo porque «así es cómo son las cosas» o permitiría usted que ella siguiera viviendo?

—Dependería —respondió Orr.

—¿De qué dependería?

—Bueno... No lo sé. Si la reencarnación es un hecho, podría impedirle alcanzar una vida mejor y la condenaría a seguir viviendo en la miseria. Puede que la curase y ella se fuese a su casa para asesinar a seis personas del poblado. Sé que usted le daría el antídoto, porque lo tiene, y que lo lamentaría por ella. Pero no sabe si lo que hace es bueno, malo o ambas cosas a la vez...

—¡De acuerdo! ¡Se lo concedo! Sé qué efecto tiene el antídoto pero no sé lo que estoy haciendo, muy bien, lo acepto en esos términos. Dígame, ¿qué diferencia hay? Admito que un ochenta por ciento de las veces no sé qué coño estoy haciendo con ese cerebro suyo chiflado, y tampoco usted lo sabe, pero lo hacemos... Así que, ¿podemos seguir adelante con ello? —Su viril y afable vigor era arrollador; se rio, y Orr se descubrió una sonrisa débil en los labios.

Mientras se le aplicaban los electrodos, sin embargo, hizo un último esfuerzo de comunicarse con Haber.

—De camino aquí he presenciado un arresto ciudadano por eutanasia —dijo.

—¿Cuál era el motivo?

—Eugenesia. Cáncer.

Haber asintió, alerta.

—No me extraña verlo deprimido. Aún no ha terminado de aceptar el uso de la violencia controlada para procurar el bien de la comunidad; quizá nunca sea capaz. El nuestro es un mundo muy poco sentimental, y cada año que pasa se vuelve más duro: el futuro lo justificará. Necesitamos salud. Sencillamente, no tenemos espacio para los incurables, los que sufren por cuestiones genéticas, porque degradan la especie; no tenemos tiempo que perder con sufrimientos inútiles —habló con un entusiasmo que reverberó con mayor vacuidad que de costumbre, y Orr se preguntó hasta qué punto a Haber le gustaba ese mundo que sin duda, había hecho—. Usted siga así sentado, no quiero que se duerma por costumbre. Perfecto, estupendo. Puede que se aburra. Quiero que se limite a sentarse ahí un rato. Mantenga los ojos abiertos, piense

en cualquier cosa que le guste. Yo revolveré un poco en las entrañas de mi bebé. Venga, allá vamos: bingo. —Presionó el botón de encendido del panel de la pared situado a la derecha del Aumentador, a la altura del respaldo del sofá.

Un transeúnte alienígena empujó levemente a Orr en el gentío de los grandes almacenes; alzó el codo izquierdo para disculparse, y Orr murmuró un lo siento. Se detuvo, medio bloqueándole el paso, y también él lo hizo, algo espantado e impresionado por los casi tres metros de altura, el verdor y la blindada impasibilidad. Era grotesco hasta el punto de resultar gracioso; como una tortuga marina, pero una tortuga marina dotada de una peculiar belleza inabarcable, una belleza más serena que la de ningún habitante a la luz del sol, que ningún caminante en la Tierra.

Del codo izquierdo aún levantado surgió una voz atonal:

—Jor Jor —dijo.

Al cabo de un instante, Orr reconoció su propio nombre en el barsomiano bisilábico, y asintió algo incómodo:

—Sí, soy Orr.

—Por favor, disculpe interrupción justificada. Es humano capaz de *iahklu* como ya se ha señalado. Esto preocupa a sí.

—Yo no... Creo que...

—También nosotros hemos sufrido trastornos varios. Conceptos en la niebla. Percepción es difícil. Volcanes emiten fuego. Se ofrece ayuda: rechazable. Suero mordedura de serpiente no se prescribe para todos. Antes de seguir indicaciones que lleven a direcciones erróneas, fuerzas auxiliares pueden invocarse, de manera inmediata: *Er'perrehnne!*

—*Er'perrehnne!* —repitió Orr sin pensarlo, pendiente todo él de intentar comprender lo que le decía el alienígena.

—Si se desea. El habla es plata, silencio es oro. Uno mismo es universo. Por favor, disculpe interrupción, cruzando la niebla. —El alienígena, a pesar de carecer de cuello y de cintura, dio la impresión de inclinarse ante él, y siguió su camino, enorme y verduoso sobre la multitud de caras grises. Orr se quedó de pie mirándolo hasta que Haber exclamó:

—¡George!

—¿Qué? —Miró con cara de bobo en torno a la sala, el escritorio, la ventana.

—¿Qué demonios ha hecho?

—Nada —respondió Orr. Seguía sentado en el sofá, la cabeza cubierta de electrodos. Haber había presionado el botón de apagado del Aumentador y se había situado ante el sofá, atento primero a Orr y después a la pantalla del electroencefalograma.

Abrió la máquina y comprobó en su interior el registro permanente, grabado en la cinta de papel.

—Creía haber leído mal la pantalla —dijo, y soltó una risa peculiar, una versión muy entrecortada de su habitual carcajada teatral—. Algo muy raro ha pasado ahí, en

su córtex, y ni siquiera estaba suministrando nada a su córtex con el Aumentador, acababa de iniciar un leve estímulo del puente, nada concreto... Qué es esto... Por Dios, eso de ahí debió de alcanzar los 150 mv. —Se volvió un poco hacia Orr—. ¿En qué estaba pensando? Reconstrúyalo.

Se adueñó de Orr una intensa renuencia que alcanzó cotas de sensación de amenaza, de peligro.

—Pensaba... Estaba pensando en los alienígenas.

—¿En los aldebaranos? ¿Y bien?

—Sólo pensé en uno que vi en la calle, de camino aquí.

—Y eso le recordó, consciente o inconscientemente, la eutanasia que presencié. ¿Es así? De acuerdo, eso podría explicar este comportamiento peculiar de los centros emocionales; el Aumentador lo captó y lo exageró. ¿Ha sentido que en su mente se producía... algo especial, inusual?

—No —respondió Orr, sincero. No había sentido nada inusual.

—De acuerdo. Veamos, en caso de que mis reacciones lo preocuparan, debería saber que he conectado este aumentador a mi propio cerebro varios cientos de veces, así como en sujetos de investigación, en torno a cuarenta y cinco sujetos distintos, de hecho. No va a perjudicarlo a usted, igual que no los perjudicó a ellos. Pero esa lectura es muy inusual para un sujeto adulto, y sólo quería comentar con usted si la ha sentido subjetivamente.

Haber se estaba tranquilizando a sí mismo, no a Orr, pero no importaba. Orr estaba más allá de todo consuelo.

—De acuerdo. Vamos allá otra vez. —Haber puso de nuevo en marcha el electroencefalograma y se acercó al botón de encendido del Aumentador. Orr apretó los dientes y se enfrentó al caos y a la vieja noche.

Pero no estaban allí. Tampoco estaba él en el centro comercial, hablando con una tortuga de casi tres metros. Permaneció sentado en el cómodo sofá mirando a través de la ventana el neblinoso cono azul gris de St. Helens. Y, silenciosa como un ladrón en la noche, se adueñó de él una sensación de bienestar, la certeza de que todo estaba bien, de estar en el centro de todo. El yo es universo. No se le permitiría verse aislado, a la deriva. Había vuelto al lugar al que pertenecía. Sintió una serenidad, la certeza perfecta en cuanto al lugar que ocupaban él y el resto de todas las cosas. Esta sensación no le sobrevino como algo místico o dichoso, sino como algo normal. Era tal como se había sentido por lo general, excepto en momentos de crisis, de sufrimiento. Era el estado de ánimo de la niñez y todas las horas mejores, las más hondas, de la juventud y de la madurez; era su modo natural de ser. Aquellos últimos años lo había extraviado, gradualmente y casi por completo, consciente apenas de haberlo perdido. Cuatro años atrás, ese mismo mes, cuatro años atrás en abril, algo había pasado que le había hecho perder el equilibrio durante una temporada; y recientemente, la medicación que había tomado, los sueños que había tenido, el constante saltar de una memoria vital a otra, el empeoramiento de la textura de la

vida cuanto más intentaba mejorarla Haber, todo esto lo había apartado del rumbo. Ahora, de pronto, había regresado al lugar al que pertenecía.

Supo que se trataba de algo que no había obtenido por sus propios medios. Dijo en voz alta:

—¿Ha hecho eso el Aumentador?

—¿El qué? —preguntó Haber a su vez, inclinándose de nuevo por encima de la maquinaria para consultar la pantalla del electroencefalograma.

—Ah... No sé.

—No está haciendo nada, en ese sentido —respondió Haber con una leve nota de irritación en su tono. Haber era agradable en momentos así, no representaba ningún papel ni fingía no responder a sabiendas, estaba totalmente absorbido en lo que intentaba aprender de las rápidas y sutiles reacciones de sus máquinas—. Se limita a amplificar lo que hace su cerebro en el momento, reforzando de manera selectiva la actividad, y su cerebro no está haciendo nada interesante... Ahí. —Tomó una nota rápida de algo, regresó al Aumentador, luego se inclinó para observar el loco vaivén de las líneas en la pequeña pantalla. Aisló tres que parecían una ajustando los sintonizadores, y después las reunificó. Orr no volvió a interrumpirlo. Haber, al cabo, le ordenó secamente—: Cierre los ojos. Mire hacia arriba bajo los párpados. Así. Manténgalos cerrados, intente visualizar algo. Un cubo rojo. Bien...

Cuando, finalmente, apagó la maquinaria y procedió a retirarle los electrodos, la serenidad que Orr había sentido no desapareció, como sucede con el estado de ánimo inducido por el alcohol o las drogas. Permaneció. Sin premeditación ni timidez, Orr dijo:

—Doctor Haber, no puedo permitir que vuelva a usar mis sueños efectivos.

—¿Qué? —Haber seguía pensando en la mente de Orr, no en Orr.

—Que no puedo permitir que siga usando mis sueños.

—¿Que los «use»?

—Sí, que los use.

—Llámelo como quiera —dijo Haber. Se había engallado e imponía su altura sobre Orr, que seguía sentado. Era gris, grande, ancho, de barba rizada, ancho de pecho, ceñudo. Tu dios es un dios celoso—. Lo siento, George, pero no está usted en posición de decir eso.

Los dioses de Orr no tenían nombre y eran generosos, no pedían devoción ni obediencia.

—A pesar de lo cual, lo digo —replicó templado.

Haber lo miró, lo observó de verdad un instante, y lo vio. Pareció recular como aquel que, decidido a apartar de un gesto una cortina de gasa, la descubre hecha de granito. Cruzó la estancia. Se sentó al escritorio. Orr se levantó entonces y se desperezó un poco.

Haber se acarició la barba negra con la mano enorme y gris.

—Estoy a punto de... No, estoy en pleno descubrimiento —dijo, sin que le retumbara la voz grave, sin notas joviales, sino oscura y fuerte—. Empleando sus pautas cerebrales en una rutina de alimentación-eliminación-replicación-aumentación, programo el Aumentador para reproducir los ritmos del electroencefalograma obtenidos durante el sueño efectivo. Yo los llamo ritmos de estado e. Cuando los tenga suficientemente generalizados, seré capaz de superponerlos a los ritmos del estado d de otro cerebro, y, tras un periodo de sincronización, podrán, según creo, inducir sueño efectivo en ese cerebro. ¿Comprende usted qué significa eso? Seré capaz de inducir el estado e en un cerebro escogido, adecuadamente adiestrado, con la facilidad del psicólogo que usa la estimulación eléctrica cerebral para inducir la ira en un gato, o la tranquilidad en un humano psicótico; con mayor facilidad, porque puedo estimular sin implantar electrodos o sustancias químicas. Estoy a pocos días, tal vez a unas horas, de alcanzar este objetivo. Cuando lo haga será usted libre. Ya no será necesario. No me gusta trabajar con un sujeto reticente, y el progreso será mucho más rápido con un sujeto que esté adecuadamente equipado y orientado. Pero hasta que esté listo, lo necesito. Es necesario terminar esta investigación. Es, probablemente la investigación científica más importante que se ha llevado a cabo. Lo necesito hasta el punto de que si no le basta con la obligación que pueda sentir hacia mí como amigo, la búsqueda de conocimiento y el bienestar de toda la humanidad, para mantenerlo vinculado al proyecto, estoy dispuesto a forzarlo a servir a una causa mayor. Si es necesario, obtendré una orden de Terapia Obli... De Control del Bienestar Personal. Si es necesario, recurriré a la medicación, como si fuera usted un psicópata violento. Su negativa a colaborar en un asunto de esta importancia es, por supuesto, de naturaleza psicótica. Huelga decir, no obstante, que preferiría infinitamente contar con su ayuda voluntaria, sin recurrir a la coerción legal o psiquiátrica. Eso para mí supondría una gran diferencia.

—En realidad, a usted no le importaría lo más mínimo —repuso Orr sin emplear un tono beligerante.

—¿A qué viene enfrentarse a mí ahora? ¿Por qué ahora, George? ¿Después de todo lo que ha contribuido, tan cerca como estamos de la meta? —Tu dios es un dios lleno de reproches. Pero la culpa no era el modo de alcanzar a George Orr; si hubiese sido hombre muy dado a sentimientos de culpabilidad, no habría cumplido los treinta.

—Porque cuanto más insiste, peores son los resultados. Y ahora, en lugar de impedirme tener sueños efectivos, lo que va a hacer es tenerlos usted. No me gusta la idea de obligar al resto del mundo a vivir en mis sueños, y le aseguro que tampoco quiero que viva en los suyos.

—¿Qué quiere decir con eso de que peores son los resultados? Mire aquí, George. —Hombre a hombre. La razón prevalecerá. Si bastara con sentarnos y resolver las cosas hablando...—. En las pocas semanas que llevamos trabajando juntos, esto es lo que hemos hecho. Hemos acabado con la superpoblación, restaurado la calidad de la

vida urbana y el equilibrio ecológico del planeta. Eliminado el cáncer como principal enfermedad mortal. —Procedió a enumerar con sus fuertes dedos grises—. Eliminado el problema del color de piel, el odio racial. Eliminado la guerra. Eliminado el riesgo del deterioro de la especie y la presencia de carga genética nociva. Eliminado... No, digamos que en proceso de eliminar, la pobreza, la desigualdad económica, la guerra de clases, en todo el mundo. ¿Qué más? La enfermedad mental, la inadaptación a la realidad: eso llevará un tiempo más, pero ya hemos dado los primeros pasos. Bajo la dirección del GIPID, la reducción del sufrimiento humano, físico y psíquico, y el aumento constante de la autoexpresión válida e individual son procesos que están en marcha, en constante progreso. ¡Progreso, George! ¡Hemos hecho más progresos en seis semanas de los que la humanidad ha logrado en seis mil años!

Orr sintió que todos esos argumentos merecían respuesta.

—Pero ¿adónde ha ido a parar el gobierno democrático? —empezó—. La gente no puede escoger por su cuenta nada en absoluto. ¿Por qué todo tiene tan mala calidad, por qué todo el mundo está tan triste? Ya ni siquiera puedes distinguir unos de otros, y cuanto más jóvenes son, menos se diferencian. Todo ese asunto del Estado Mundial que educa a los niños en esos centros...

Pero Haber lo interrumpió, visiblemente enfadado.

—¡Los centros infantiles fueron invención suya, no mía! Yo me limité a delinearle el desiderátum entre las sugerencias de un sueño, como hago siempre; procuré sugestionarle cómo poner en marcha algunas de mis sugerencias, pero nunca parecen arraigar, o su maldito proceso primario de pensamiento acaba retorciéndolas hasta convertirlas en otra cosa. Usted no tiene que decirme qué le molesta y se resiste a todo lo que intento conseguir para la humanidad, ¿sabe? Eso es obvio desde el principio. Usted ha cancelado, ha menoscabado cada paso adelante que le he obligado a dar, con la arteria o la estupidez de los medios que han adoptado sus sueños para darlo. Usted prueba, cada vez, a dar un paso atrás. Sus propios impulsos son totalmente negativos. Si cuando sueña no estuviera sometido a una fuerte compulsión hipnótica, ¡hace semanas que hubiera reducido el mundo a cenizas! Mire lo que estuvo a punto de hacer aquella noche en que se dio a la fuga con esa abogada...

—Está muerta —dijo Orr.

—Estupendo. Era una influencia destructiva para usted. Irresponsable. No tiene conciencia social, ni altruismo. Es una medusa moral. Cada vez debo inculcarle hipnóticamente responsabilidad social. Y cada vez la echa a perder, la desbarata. Eso es lo que ha pasado en los centros infantiles. Le sugerí que la familia nuclear era el primer motivo de estructuras de personalidad neurótica, que había ciertos métodos por los cuales, en una sociedad ideal, podría modificarse. Su sueño se limitó a tomar la interpretación más tosca de éstos, mezclarla con conceptos utópicos baratos, o quizá con conceptos cínicos y antiutópicos, y dio como resultado los centros. ¡Los cuales, de todos modos, son preferibles a aquello a lo que sustituyeron! Hay muy pocos casos de esquizofrenia en el mundo en el que vivimos, ¿lo sabía? ¡Es una

enfermedad muy poco común! —A Haber le brillaron los ojos oscuros y sus labios esbozaron una sonrisa lobuna.

—Las cosas son mejores de lo que... De lo que fueron —dijo Orr, abandonando toda esperanza de discusión—. Pero a medida que avanza todo empeora. No pretendo frustrarlo, es que usted pretende hacer algo que no puede hacerse. Yo poseo esto, este don, eso lo sé; y sé cuál es mi obligación al respecto. Emplearlo únicamente cuando debo hacerlo. Cuando no existe otra alternativa. Ahora las hay. Debo parar.

—No podemos parar. ¡Pero si acabamos de empezar! Estamos empezando a obtener cierto control sobre este poder suyo. Estoy cerca de lograrlo, y lo haré. Ningún miedo personal se puede interponer entre el bien que esta nueva capacidad del cerebro humano podría suponer para todos los hombres.

Haber discursaba sin cesar. Orr lo miró, pero los ojos opacos, la mirada clavada en él, no lo correspondían, no lo veían. Prosiguió el discurso.

—Lo que hago es hacer esta nueva aptitud reproducible. Existe una analogía en la invención de la imprenta, en la aplicación de cualquier concepto nuevo tecnológico o científico. Si otros no pueden repetir con éxito el experimento o la técnica, no sirve para nada. De modo similar, el estado e, mientras estuvo circunscrito al cerebro de un único hombre, servía tanto a la humanidad como la llave puesta por dentro de la habitación, o una única y estéril mutación genial. Pero yo poseo los medios para sacar esa llave de la habitación. Y esa llave constituirá un logro sin parangón en la evolución humana, tanto como pudo serlo el desarrollo de la capacidad del cerebro para razonar. Cualquier cerebro capaz de utilizarla, que merezca hacerlo, será capaz de ello. Cuando un sujeto preparado, adiestrado, adecuado, acceda al estado e bajo estímulo del Aumentador, estará sometido a un estado de absoluto control autohipnótico. No habrá nada en manos del azar, del impulso aleatorio, del capricho irracional y narcisista. No existirá ni un atisbo de esta tensión entre su voluntad de nihilismo y mi voluntad de progreso, sus deseos de nirvana y mi cuidadosa y consciente planificación del bien común. Cuando esté seguro del funcionamiento de mis técnicas podrá usted marcharse. Será totalmente libre. Y puesto que lleva todo este tiempo asegurando que lo único que quiere es estar libre de toda responsabilidad, ser incapaz de tener sueños efectivos, le prometo entonces que mi primer sueño efectivo incluirá su «cura» y que jamás volverá a tener un sueño efectivo.

Orr se había levantado. Permaneció inmóvil, mirando a Haber. Su rostro era calmo, pero había en él una mezcla de alerta y concentración.

—Usted controlará sus propios sueños —dijo—. ¿Por sus propios medios, sin la ayuda de nadie, sin que nadie lo supervise...?

—Llevo semanas controlando los suyos. En mi caso, y por supuesto yo seré el primer sujeto de mi propio experimento, hablamos de una obligación puramente ética, en mi caso el control será absoluto.

—Probé con la autohipnosis para inhibir los sueños antes de recurrir a la medicación...

—Sí, ya lo había mencionado; por supuesto, fracasó. La cuestión de un sujeto resistente que alcanza una exitosa autosugestión es interesante, pero esto no demuestra nada en absoluto; usted no es psicólogo profesional, no posee los conocimientos de hipnosis necesarios, y ya estaba emocionalmente perturbado por todo el asunto, y no llegó a ningún lado, por supuesto. Pero yo soy un profesional, y sé exactamente lo que hago. Puedo autosugestionarme un sueño entero y soñarlo hasta el último detalle, igual que si lo estuviera elaborando con la mente despierta. Lo he hecho, todas las noches de la pasada semana, para entrenarme. Cuando el Aumentador sincronice la pauta generalizada del estado e con mi propio estado d, esos sueños pasarán a ser efectivos. Y entonces... entonces... —Los labios ocultos bajo la barba rizada se separaron en una tensa pero amplia sonrisa, una sonrisa de éxtasis que hizo que Orr se apartara como quien acaba de ver algo que nunca debería haber presenciado, algo a un tiempo aterrador y patético—. ¡Entonces este mundo será como el cielo, y los hombres serán como dioses!

—Lo somos. Ya lo somos —señaló Orr, pero su interlocutor no prestó atención.

—No hay nada que temer. El momento peligroso, y ya hemos pasado por él, fue cuando sólo usted poseía la capacidad del sueño en estado e y no sabía qué hacer con ella. Si no llega a acudir a mí, si no lo llegan a poner en manos de un científico profesional, quién sabe qué podría haber pasado. Pero aquí llegó, y aquí estaba yo. Tal como suele decirse: ¡el genio consiste en estar en el momento adecuado en el lugar adecuado! —Soltó una risa estruendosa—. Así que ya no hay nada que temer, y usted ya no tiene parte en ello. Sé científica y moralmente lo que me hago y cómo lo hago. Sé adónde me dirijo.

—Los volcanes despiden fuego —murmuró Orr.

—¿Qué?

—¿Puedo irme ya?

—Mañana a las cinco.

—Vendré —asintió Orr, y se marchó.

Il descend, réveillé, l'autre côte du rêve.

VICTOR HUGO,
LES CONTEMPLATIONS

Sólo eran las tres y debería de haber regresado a su oficina en el Departamento de Parques para ultimar los planes de las zonas recreativas suburbanas del sureste, pero no lo hizo. Lo pensó un poco y lo desestimó. Aunque su memoria le aseguró que llevaba cinco años ostentando ese puesto, desconfió de su memoria. El trabajo no era real para él. No era trabajar lo que debía hacer. No era su trabajo.

Fue consciente de que relegando de ese modo a la irrealidad una parte importante de la única realidad, la única existencia, que de hecho tenía, corría exactamente el mismo riesgo que corre el demente: la pérdida de la sensación de libre albedrío. Sabía que mientras uno niega qué es, está poseído por lo que no es, las compulsiones, las fantasías, los terrores que acuden en manada a llenar el vacío. Pero el vacío estaba allí. Esa vida carecía de autenticidad. Era hueca. El sueño, creando donde no había necesidad de crear, se había desgastado y ensuciado. Si aquello era la existencia, quizá era preferible el vacío. Aceptaría los monstruos y las necesidades que trascendían la razón. Iría a casa, no tomaría la medicación sino que dormiría, y tendría cualesquiera que fuesen los sueños que acudieran.

Se apeó del funicular en el centro, pero en lugar de tomar el tranvía echó a andar hacia su propio barrio; siempre le había gustado caminar.

Más allá de Lovejoy Park se conservaba un tramo de la antigua autovía, una enorme rampa que probablemente se remontaba a las últimas convulsiones frenéticas de la manía por las autopistas de los setenta. Antaño debió de llevar hasta el puente de Marquam, pero ahora terminaba de pronto en pleno aire a unos diez metros sobre Front Avenue. No se había destruido cuando la ciudad fue despejada para su posterior reconstrucción tras los Años de la Peste, quizá porque era tan grande, tan inútil y tan fea como para ser, a ojos del estadounidense, invisible. Ahí estaba, y unos pocos arbustos habían arraigado en el camino, mientras que debajo habían crecido unos edificios arracimados como nidos de golondrinas en un risco. En ese trecho más bien desaliñado de la ciudad sobrevivían algunas tiendas pequeñas, supermercados independientes, restaurantes modestos sin el menor encanto, y otros negocios que se esforzaban por seguir a flote a pesar de las limitaciones de la total Equidad-Racionamiento de Productos de Consumo y la abrumadora competencia de los supermercados y puntos de venta del CPM, a través de los cuales se distribuía el noventa por ciento del comercio mundial.

Una de estas tiendas bajo la rampa era un comercio de objetos de segunda mano; el letrero colgado sobre el escaparate rezaba ANTIGÜEDADES, y pintado con letra temblorosa, desconchado, en el cristal, TRASTOS. Había piezas de cerámica en un escaparate, una mecedora antigua con el respaldo cubierto por un chal apolillado en otro, y, repartido entre ellos, toda clase de restos culturales: una herradura, un reloj automático, algo enigmático de una lechería, un retrato enmarcado del presidente Eisenhower, un globo de vidrio con tres monedas ecuatorianas dentro, un asiento de bidé hecho de plástico decorado con crías de cangrejo y algas, un rosario manoseado y una pila de discos de vinilo de 45 rpm con un letrero que decía BUEN COND, pero que obviamente debían de estar rayados. La clase de lugar, pensó Orr, donde la madre de Heather hubiera trabajado un tiempo. Llevado por el impulso, entró.

El interior estaba oscuro y fresco. Un trecho de la rampa formaba una de las paredes de hormigón, como la pared rocosa de una cueva submarina. De la borrosa promesa de la penumbra, el mobiliario voluminoso, las hectáreas decrepitas de pinturas de acción y ruelas de falsa antigüedad que con el tiempo se volvían antiguas pero seguían siendo inútiles, de esos confines tenebrosos de cosas que no pertenecían a nadie, emergió una sombra inmensa que pareció flotar lentamente hacia él, silenciosa, reptiliana: el propietario era un alienígena.

Levantó el codo izquierdo y dijo:

—Buenos días. ¿Quiere un objeto?

—Gracias, sólo estaba mirando.

—Por favor, reanude esa actividad —ofreció el propietario. Se retiró un poco al amparo de las sombras, donde permaneció prácticamente inmóvil. Orr observó cómo caía la luz en unas andrajosas plumas de pavo real, reparó en la presencia de un proyector casero de la década de los cincuenta, un juego de sake azul y blanco, una pila de ejemplares de *Mad*, con un precio bastante elevado. Sopesó un recio martillo de acero y admiró su equilibrio; era una herramienta bien hecha, un buen objeto.

—¿Todo esto lo ha escogido usted? —le preguntó al propietario, cuestionándose cómo valorarían los alienígenas todos aquellos desechos de los años de prosperidad en América.

—Lo que llega es aceptable —respondió el alienígena.

Un agradable punto de vista.

—Me pregunto si podría aclararme una cosa. En su lengua, ¿qué significa la palabra *iahklu*?

El propietario se acercó de nuevo lentamente, desplazando la abultada armadura entre los objetos frágiles.

—Incomunicable. La lengua empleada para comunicación con personas individuales no contendrá otras formas de relación. Jor. —La mano derecha, una extremidad grande, verdosa, parecida a una aleta, se adelantó en un gesto lento y quizá vacilante—. Tiua’k Ennbe Ennbe.

Orr le estrechó la mano. Permaneció inmóvil, aparentemente mirándolo, a pesar de que no había ojos a la vista dentro del casco de cristal oscuro lleno de vapores. Eso sí es que era el casco. ¿Había, de hecho, una forma sustancial en el interior del caparazón verde, dentro de la imponente armadura? No lo sabía. Se sentía, no obstante, totalmente a gusto con Tiau'k Ennbe Ennbe.

—Supongo que no habrá conocido usted a alguien apellidado Lelache —dijo, dejándose llevar de nuevo por el impulso.

—Lelache. No. Busca a Lelache.

—He perdido a Lelache.

—Cruces en la niebla —comentó el alienígena.

—Eso es todo —admitió Orr, que tomó de la atestada mesa que tenía delante un busto blanco de Franz Schubert de unos cinco centímetros de altura, probablemente el obsequio que un profesor de piano hizo a un alumno. En la base, el alumno había escrito: «Qué, ¿preocupas yo?». El rostro de Schubert era impassible e inexpresivo, un Buda con lentes diminutas—. ¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Cinco nuevos centavos —respondió Tiau'k Ennbe Ennbe.

Orr sacó la moneda de cinco centavos federal.

—¿Hay algún modo de controlar *iahklu'* para que vaya como... debería hacerlo?

El alienígena aceptó la moneda y la deslizó con gesto regio sobre una máquina registradora cromada que Orr había dado por sentado que estaba a la venta como antigüedad. Se oyó el timbre de la caja y permaneció inmóvil un rato.

—Una golondrina no hace un verano —dijo—. Muchas manos logran que la luz se encienda. —Calló de nuevo. No parecía satisfecho con su empeño de cubrir el trecho de comunicación que los separaba. Permaneció inmóvil medio minuto, y luego se dirigió al escaparate y, con movimientos precisos, cautos, envarados, tomó uno de los vinilos que había allí de muestra y se lo acercó a Orr. Era un disco de los Beatles: *With a Little Help from My Friends*.

—Regalo —dijo—. ¿Es aceptable?

—Sí —respondió Orr, tomando el disco—. Gracias, muchas gracias. Es muy amable por su parte. Le estoy muy agradecido.

—Un placer —dijo el alienígena. A pesar de que la voz atonal era fruto de un proceso mecánico y la armadura permanecía impassible, Orr estaba convencido de que Tiau'k Ennbe Ennbe estaba, efectivamente, complacido. Se sintió conmovido.

—Puedo ponerlo en el aparato de mi arrendador, que tiene un fonógrafo antiguo —comentó—. Gracias, muchas gracias. —Se dieron la mano de nuevo y se marchó.

«Después de todo —pensó mientras caminaba hacia Corbett Avenue—, no sorprende que los alienígenas estén de mi parte. En cierto modo, yo los inventé. No tengo ni idea de cómo, por supuesto. Pero definitivamente no estaban aquí hasta que yo los soñé, hasta que yo los dejé vivir. Así que siempre habrá, siempre hubo, una conexión entre nosotros.

»Claro que (lo precedieron los pensamientos al compás del paso tranquilo que llevaba su dueño) si eso es cierto, entonces todo el mundo tal como es ahora debería estar de mi parte; porque también yo lo soñé en gran medida tal como es ahora. Bueno, después de todo, está de mi parte. Es decir, yo formo parte de él. No estoy separado de él. Recorro esta superficie y esta superficie es recorrida por mí, respiro el aire y lo cambio, y estoy totalmente interrelacionado con el mundo.

»Sólo Haber es distinto, cambia más con cada sueño. Está en mi contra; mi conexión con él es negativa. Y de ese aspecto del mundo del que soy responsable, el cual él me ordenó soñar, es de lo que me siento alienado, ante lo que me encuentro indefenso...

»No es que sea malvado. Tiene razón, habría que ayudar a los demás. Pero esa analogía del suero de la mordedura de serpiente es falsa. Hablaba acerca de una persona que encuentra a otra que tiene un grave problema. Eso es distinto. Quizá lo que hice, lo que hice en abril de hace cuatro años... estuvo justificado... (Pero sus pensamientos se esfumaron, como siempre, de la zona peligrosa). Debes ayudar al prójimo. Pero no es correcto jugar a ser Dios con tantas y tantas personas. Para ser Dios debes saber qué te traes entre manos. Y para hacer el bien, no basta con creer que tienes razón y que tus motivos son buenos. Debes estar... en contacto. Él no lo está. No hay nadie, ni una sola cosa, que tenga existencia propia para él. Contempla el mundo únicamente como un medio para alcanzar su fin. No importa que su fin sea bueno; los medios son lo único que tenemos... No puedo aceptarlo, no puede dejarlo correr. Ha perdido el juicio... Podría llevárenos a todos por delante, desconectarnos, si logra soñar como yo lo hago. ¿Qué voy a hacer?».

Llegó a esa pregunta al tiempo que se acercaba a la vieja casa en Corbett.

Se detuvo en el sótano para pedir prestado a Mannie Ahrens, el encargado del edificio, el antiguo fonógrafo. Esto supuso compartir una tetera. Mannie siempre se la preparaba a Orr, porque Orr nunca había fumado y era incapaz de hacerlo sin echarse a toser. Hablaron un poco de asuntos internacionales. A Mannie no le gustaban los programas deportivos; se quedaba en casa y miraba los documentales educativos que el CPM emitía cada tarde para los niños en edades previas a acceder a los Centros Infantiles. «La marioneta del cocodrilo, Dooby Doo, ése sí es canela fina», dijo. Había largas pausas en la conversación, reflexiones sobre los grandes agujeros que había en el tejido mental de Mannie, cada vez más tenue debido a años de aplicación de diversos productos químicos. Pero había paz e intimidad en aquel sótano sórdido, y el suave té de cannabis ejercía un efecto relajante en Orr. Finalmente, cargó con el fonógrafo escaleras arriba y lo enchufó en una toma de pared del desnudo salón. Puso el disco, y luego sostuvo el brazo de la aguja sobre el disco que giraba. ¿Qué quería?

No lo sabía. Ayuda, supuso. En fin, lo que llegara sería aceptable, tal como le había dicho Tiua'k Ennbe Ennbe.

Posó con cuidado la aguja en el surco externo y se tumbó en el suelo junto al fonógrafo.

*¿Necesita a alguien?
Yo necesito a alguien a quien amar.*

La máquina era automática. Una vez reproducida la grabación, emitió un gruñido imperceptible durante unos instantes y devolvió la aguja al primero de los surcos.

*Voy tirando, con ayuda,
Con algo de ayuda de mis amigos.*

A la altura de la décimoprimer reproducción, Orr se quedó profundamente dormido.

Al despertarse en la elevada y desnuda estancia, tenuemente iluminada, Heather se sintió desconcertada. ¿Dónde estaba?

Había dormido. Se había quedado dormida sentada en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda recostada en el piano. La marihuana siempre le provocaba somnolencia, y también la atontaba, pero no podía herir los sentimientos de Mannie y rechazar su ofrecimiento, pobre, desdichado fumeta. George yacía tendido como un gato en el suelo, justo junto al fonógrafo, que masticaba lentamente *With a Little Help from My Friends* justo hasta no dejar ni las migas. Bajó el volumen lentamente y luego detuvo la máquina. George no se movió un ápice; tenía algo separados los labios, pero cerraba los ojos con fuerza. Qué gracioso era que ambos se hubiesen quedado dormidos escuchando música. Se levantó y fue a la cocina para ver qué había de cenar.

Ay, por el amor de Dios, hígado de cerdo. Era nutritivo y, en cuanto a peso, lo mejor que se podía obtener a cambio de tres cupones de carne. Lo había comprado el día anterior en el mercado. En fin, si lo cortaba muy fino y lo freía con cerdo salado y cebolla... Qué asco. Pero bueno, tenía tanta hambre que se comería el hígado de cerdo, y George no era un hombre quisquilloso. Si era comida decente, comía y la disfrutaba, y si se trataba del repugnante hígado de cerdo, se lo comía. Alabado sea Dios, de quien emanan todas las bendiciones, incluidos los hombres buenos.

Mientras ponía la mesa de la cocina al tiempo que un par de patatas y media calabaza a hervir, hacía una pausa de vez en cuando; se sentía rara. Desorientada. Era culpa de la condenada hierba; sin duda acabaría dormida en el suelo sin pretenderlo.

George entró en la cocina, despeinado y con la camisa arrugada. Se quedó mirándola fijamente.

—Vaya. ¡Buenos días! —lo saludó ella.

Siguió mirándola, sonriente, con una amplia sonrisa de pura dicha. En la vida había recibido Heather mayor cumplido; semejante alegría hizo que se sintiera avergonzada, al saber que ella había sido la causa.

—Mi querida esposa —dijo él, cogiéndola de las manos. Las miró, del derecho y del revés, y se las llevó al rostro—. Deberías ser morena —comentó, y, para consternación de ella, vio lágrimas en sus ojos. Por un instante, sólo durante ese instante, reparó vagamente en lo que estaba pasando. Recordó haber tenido la piel oscura, y recordó el silencio en la cabaña aquella noche, y el sonido del riachuelo, y muchas otras cosas, todo como un destello. Pero le preocupaba más George. Lo estaba abrazando, igual que él la abrazaba a ella.

—Estás agotado —dijo—. Te has quedado dormido en el suelo. Es ese canalla de Haber. No vuelvas a verlo. No lo hagas. No me importa cómo reaccione. Lo llevaremos a los tribunales, apelaremos, aunque obtenga un requerimiento de control sobre ti y te encierre en Linnton, conseguiremos que te asignen otro psiquiatra y volveremos a sacarte de ahí. No puedes volver a verlo, te está destrozando.

—Nadie puede destruirme —replicó, y se le escapó la risa, que le salió del pecho y fue en parte sollozo—, no mientras tenga algo de ayuda de mis amigos. Volveré. No durará mucho más. No estoy preocupado por mí, ya no. Pero no te preocupes... —Se aferraron el uno al otro, todas las superficies disponibles de sus cuerpos en contacto, absolutamente unidos, mientras el hígado y las cebollas crepitaban en la sartén.

—Yo también me he quedado dormida —dijo ella junto a su cuello—. Me tambaleaba mecanografiando las cartas soporíferas del viejo Rutti. Pero ese disco que has traído es bueno. De niña me gustaban los Beatles, pero las emisoras gubernamentales ya no los pinchan.

—Es un regalo —le aclaró George, pero el hígado burbujeó en la sartén y ella tuvo que separarse de él para ir a echarle un vistazo. George la observó mientras cenaban; también ella lo observó a él un poco. Llevaban siete meses casados. No dijeron nada trascendente. Lavaron los platos y se fueron a la cama. En la cama hicieron el amor. El amor no se limita a estar ahí como una piedra, debe hacerse, igual que el pan; rehacerse continuamente, hacerlo nuevo. Una vez hecho, siguieron abrazados, abrazando el amor, dormidos. Heather oyó en sueños el rugido de un arroyo lleno de voces de niños no natos que cantaban.

George contempló en sueños las profundidades del mar abierto.

Heather era la secretaria de un absurdo bufete de abogados: Ponder y Rutti. Cuando se levantó para ir a trabajar a las cuatro y media de la mañana del día siguiente, viernes, no tomó el monorraíl y el tranvía a casa, sino que se subió al funicular hasta Washington Park. Le había dicho a George que tal vez se verían en el GIPID, ya que su cita para la sesión de terapia no era hasta las cinco, y que después podían acercarse al centro juntos y comer en uno de los restaurantes del CPM del centro comercial internacional.

—Todo irá bien —le dijo, consciente de sus motivos y refiriéndose a que él se encontraría bien.

—Lo sé —respondió ella—. Pero será divertido comer por ahí juntos y he ahorrado algunos cupones. Aún no hemos probado la Casa Boliviana.

Llegó temprano al edificio GIPID y esperó en los amplios escalones de mármol. Él llegó en el siguiente vehículo. Lo vio apearse junto a los demás, en quienes no reparó. Un hombre bajito, pulcro, contenido, de expresión afable. Se movía ligero, aunque se encorvaba un poco, como tantos otros oficinistas. Al verla, los ojos de él, que eran claros y luminosos, parecieron volverse si cabe más luminosos, y sonrió: de nuevo esa sonrisa desgarradora de absoluta felicidad. Ella lo quería con locura. Si Haber volvía a hacerle daño, entraría en ese despacho y lo despedazaría. Por lo general, la violencia era un sentimiento ajeno para ella, no así en lo que concernía a George. De todos modos, ese día, por algún motivo, se sentía distinta de lo normal. Más valiente, más dura. Había dicho «mierda» dos veces, en voz alta, en el trabajo, hasta el punto de hacer que el viejo señor Rutti diera un respingo. No recordaba haber dicho «mierda» en voz alta, y en ninguna de las dos ocasiones en que lo hizo pretendió hacerlo, a pesar de lo cual lo había hecho como si se tratara de una costumbre demasiado arraigada para olvidar...

—Hola, George —dijo.

—Hola. —La cogió de la mano—. Eres preciosa. Preciosa.

¿Cómo iba alguien a pensar que ese hombre estaba enfermo? De acuerdo, tenía sueños raros. Eso era mejor que ser malvado y odioso, como alrededor de una cuarta parte de las personas con las que se había cruzado en la vida.

—Ya son las cinco —dijo—. Esperaré aquí abajo. Si llueve, estaré en el vestíbulo. Esto es como la tumba de Napoleón, todo ese mármol negro y demás. Pero aquí fuera se está bien. Se oye a los leones rugiendo desde el zoo.

—Sube conmigo —le propuso él—. Ya está lloviendo. —Así era, la interminable llovizna cálida de la primavera, el hielo de la Antártida que caía con suavidad en las cabezas de los hijos de quienes habían sido responsables de fundirla—. Tiene una sala de espera muy acogedora. Probablemente, la compartas con un montón de peces gordos y tres o cuatro jefes de Estado. Todos deseando pedirle al director del GIPID que les reserve un baile. Y voy yo, me abro paso entre ellos y me hacen pasar el primero, siempre me hacen lo mismo. El psicópata domesticado del doctor Haber. Su exhibición. Su paciente modelo... —La llevaba a través del espacioso vestíbulo bajo la cúpula del Panteón hasta suelos mecánicos y, después, a una escalera de caracol mecánica aparentemente interminable—. Tal como están las cosas, el GIPID ya gobierna el mundo. No sé por qué Haber necesita más poder. Sabe Dios que ya tiene suficiente. ¿Por qué no parar ya? Supongo que es como Alejandro Magno, que necesita nuevos mundos que conquistar. Nunca he entendido eso. ¿Qué tal hoy en el trabajo?

Estaba tenso, por eso hablaba tanto. Sin embargo, no parecía deprimido ni angustiado, como había estado durante semanas. Algo había restaurado su compostura natural. Ella nunca había creído de veras que pudiese perderla durante mucho tiempo, que pudiera extraviarse, perder el contacto; no obstante, había ido a peor, cada vez más. Pero ahora no lo estaba, y el cambio era tan repentino y total que

de hecho se preguntó qué podía haberlo obrado. Lo único a lo que podía atribuirlo era al momento, anoche, en que ambos se sentaron en el suelo del salón aún por amueblar a escuchar aquella sutil y loca canción de los Beatles, cuando ambos se quedaron dormidos. Desde entonces había vuelto a ser el mismo.

No había nadie en la sala de espera enorme y elegante de Haber. George pronunció su nombre ante la cosa que era como un escritorio que había junto a la puerta, «un autorrepcionista», le explicó a Heather. Ella preguntaba con una sonrisilla si también tenían autoeroticistas cuando se abrió la puerta y vieron a Haber bajo el dintel.

Ella sólo lo había visto en una ocasión, brevemente, al principio de tratar a George como paciente. Había olvidado lo grande que era, la barba enorme que tenía, lo drásticamente impresionante que parecía.

—¡Pase pase, George! —retumbó su voz.

Estaba asombrada. Se sintió cohibida. Él reparó en ella.

—Ah, señora Orr, ¡qué alegría verla! ¡Me alegro de que haya venido! Entre usted también, por favor.

—Oh, no. Yo sólo...

—Oh, sí. ¿Se da cuenta de que seguramente ésta será la última sesión de George aquí? ¿Se lo ha dicho? Esta noche lo terminamos. Creo que debería presenciarlo. Pase. He despedido un poco antes a mis colaboradores. Supongo que habrán visto la estampida en la escalera. Tenía ganas de disfrutar del lugar a solas. Eso es, siéntense ahí —continuó. No había necesidad de decir nada que tuviera sentido a modo de respuesta. Se sentía fascinada por el comportamiento de Haber, la clase de júbilo que exudaba; no recordaba qué autoritario y afable era. Era increíble, de veras, que alguien como él, un líder mundial y un gran científico, hubiese dedicado todos esos años a tratar a George, que era un don nadie. Claro que el caso de George era muy importante de cara a la investigación.

—Una última sesión —estaba diciendo mientras ajustaba algo en una cosa con aspecto de ordenador que ocupaba la pared a la cabecera del sofá—. Un último sueño controlado, y entonces, creo que probablemente tendremos resuelto el problema. ¿Contamos contigo, George?

Utilizaba a menudo el nombre de pila de su marido. Ella recordaba que George le había comentado un par de semanas atrás: «Sigue llamándome por el nombre de pila; creo que lo hace para recordarse a sí mismo que hay alguien más presente».

—Claro que sí —respondió George, sentándose en el sofá y levantando un poco el rostro. Miró a Heather y sonrió. Haber procedió enseguida a colocarle en la cabeza unas cositas unidas a cables, separándole en ocasiones el espeso cabello para facilitarse la labor. Heather recordaba ese proceso de su propia impresión cerebral, parte de la batería de test y registros a los que se sometía a los ciudadanos. Ver cómo se lo hacían a su marido le causó inquietud. Como si esos electrodos fuesen como lapas de succión que absorberían los pensamientos de la cabeza de George y los

convertirían en garabatos en un trozo de papel, la escritura sin sentido del loco. Había en la expresión de George una total concentración. ¿Qué estaba pensando?

Haber colocó de pronto la mano en la garganta de George, como si se propusiera ahogarlo, y, extendiendo el otro brazo, puso en marcha la grabación con su propia voz adoptando el tono del hipnotizador.

—Se adentra en un estado hipnótico... —Al cabo de unos segundos, la detuvo y comprobó que George estaba hipnotizado.

—De acuerdo —dijo Haber, que hizo una pausa con expresión meditativa. Enorme, como un oso erguido sobre los cuartos traseros, permaneció inmóvil entre ella y el hombre flaco, pasivo, del sofá.

—Ahora escuche atentamente, George, y recuerde lo que digo. Está profundamente hipnotizado y seguirá explícitamente todas las instrucciones que yo le dé. Se quedará dormido cuando yo se lo diga, y soñará. Tendrá un sueño efectivo. Soñará que es completamente normal, que es usted como cualquier hijo de vecino. Soñará que antaño tuvo, o creyó tener, la capacidad de tener sueños efectivos, pero que ya no es así. Sus sueños serán a partir de ahora como los de cualquier persona normal, tendrán sentido sólo para usted, no ejercerán el menor efecto en la realidad externa. Soñará todo esto; sea cual sea el simbolismo del que se sirva para expresar ese sueño, su contenido efectivo será que ya no podrá volver a tener sueños efectivos. Será un sueño agradable, y despertará cuando yo pronuncie su nombre tres veces, sintiéndose alerta y bien. Después de este sueño no volverá a soñar efectivamente. Ahora, recuéstese. Póngase cómodo. Va a quedarse dormido. Está dormido. ¡Amberes!

Cuando pronunció esta última palabra, George movió los labios y dijo algo con el tono distante, imperceptible, de quien habla en sueños. Heather no alcanzó a oír lo que decía, pero se acordó de inmediato de la noche anterior. Ella estaba medio dormida, acurrucada a su lado, cuando él dijo algo en voz alta, algo que le sonó a «aire por año». «¿Qué?», le había preguntado ella, pero él no respondió. Se había quedado dormido. Igual que ahora.

Se le encogió el corazón al verlo tumbado, las manos quietas a los costados, vulnerable.

Haber se había levantado y presionaba un botón situado en el lateral de la máquina, a la cabecera del sofá; algunos de los cables de los electrodos iban a parar allí, y otra parte a la máquina del electroencefalograma, que reconoció. El artilugio de la pared debía de ser el Aumentador, la cosa en torno a la que giraba toda la investigación.

Haber se le acercó. Estaba hundida en un enorme sillón de cuero. Cuero de verdad; había olvidado el tacto del cuero de verdad. Era como el sintético, pero más agradable al tacto. Estaba asustada. No comprendía lo que estaba pasando. Levantó la vista hacia el hombre que se hallaba de pie ante ella, el oso-dios-chamán.

—Ésta es la culminación, señora Orr —le decía en voz baja— de una larga serie de sueños sugestionados. Llevamos semanas trabajando en esta sesión, en este sueño. Me alegro de que haya venido, no pensé que lo haría, pero su presencia aquí ayuda a que se sienta completamente seguro y confiado. ¡Sabe que con usted aquí no puedo hacerle ningún truco! ¿No es así? De hecho, confío bastante en el éxito. En cuanto el temor obsesivo a soñar sea borrado, desaparecerá su dependencia de la medicación para dormir. Se trata sencillamente de una cuestión de condicionamiento... Debo echar un ojo a ese EEG, debe de estar soñando ya. —Se desplazó por la estancia, rápido y gigantesco. Ella permaneció sentada, atenta al rostro tranquilo de George, del que había desaparecido no sólo la expresión concentrada, sino toda expresión. Como si hubiera muerto.

El doctor Haber estaba ocupado con sus máquinas, incansable, encorvado sobre ellas, ajustándolas, atendiéndolas. No prestaba la menor atención a George.

—Así —dijo en voz baja, aunque no a ella, pensó Heather; él era su propia audiencia—. Eso es. Así. Una breve interrupción, un rato de segunda fase del sueño, entre sueños. —Hizo algo en la maquinaria de la pared—. Luego llevaremos a cabo un pequeño test... —Se le acercó de nuevo. Hubiera preferido que la ignorase por completo, en lugar de fingir conversar con ella. No parecía conocer los usos del silencio—. Su marido ha supuesto una ayuda inestable en nuestra investigación, señora Orr. Un paciente único. Lo que hemos aprendido sobre la naturaleza del sueño, y sobre el empleo de los sueños tanto en terapias de condicionamiento positivo y negativo supondrá, literalmente, una ayuda inestimable en todos los ámbitos de la existencia. Sabe usted qué significa GIPID. Gabinete de Interés Público Investigación y Desarrollo. Bueno, lo que hemos aprendido de este caso será de un inmenso, literalmente inmenso, interés público. Un hallazgo asombroso desarrollado a partir de lo que parecía ser un caso rutinario de abuso menor de la medicación. Lo más sorprendente del caso es que los aficionados de la Facultad de Medicina tuvieron suficiente cerebro para intuir algo especial en el caso y derivármelo. Rara vez se da semejante agudeza en psicólogos clínicos académicos. —No había apartado la vista del reloj de pulsera, y añadió—: Bueno, volvamos al bebé. —Y volvió a recorrer la estancia. Toqueteó de nuevo el Aumentador y dijo en voz alta—: George. Sigue usted dormido, pero ahora puede oírme. Puede oírme y entenderme perfectamente. Asienta un poco si puede hacerlo.

El rostro calmo no mudó un ápice, pero la cabeza asintió una vez. Como la de una marioneta.

—Estupendo. Ahora preste atención. Va a tener otro sueño vívido. Soñará que... que hay una fotografía mural en la pared, aquí, en mi consulta. Una imagen enorme del monte Hood, cubierto completamente de nieve. Soñará que ve el mural en la pared, tras el escritorio, justo aquí, en mi despacho. Perfecto. Ahora dormirá y soñará... Amberes.

Siguió moviéndose afanoso, encorvado de nuevo ante la maquinaria.

—Así —susurró—. Ajá... Vale... Bien. —Las máquinas permanecían inmóviles. George permanecía inmóvil. Incluso Haber dejó de moverse y murmurar. No había un sonido en la espaciosa y tenuemente iluminada sala, cuya pared de cristal daba a la lluvia. Haber se hallaba junto al EEG, vuelta la cabeza hacia la pared situada tras el escritorio. No sucedió nada.

Heather movió los dedos de la mano izquierda trazando un círculo diminuto en la superficie dura del sillón, hecho de un material que antaño fue la piel de un animal vivo, la superficie que mediaba entre la vaca y el universo. Recuperó mentalmente la melodía de la antigua grabación que habían puesto el día anterior, melodía que se negó a abandonarla.

*¿Qué ves cuando apagas la luz?
No sé decirte, pero sé que me pertenece...*

No había creído posible que Haber pudiera estarse quieto, guardar silencio, tanto tiempo. Sólo una vez ajustó un sintonizador. Después volvió a permanecer inmóvil, atento a la pared vacía.

George suspiró, levantó adormilado una mano, se relajó de nuevo y despertó. Parpadeó al incorporarse en el sofá. Clavó los ojos de inmediato en Heather, como para asegurarse de que seguía ahí.

Haber arrugó el entrecejo y, con un gesto brusco, espantado, pulsó a fondo el botón inferior del Aumentador.

—¡Pero qué coño! —exclamó. Se quedó mirando la pantalla del electroencefalograma, que seguía mostrando pequeñas alteraciones—. El Aumentador le suministraba pautas de estado d, ¿cómo es posible que se haya podido despertar?

—No lo sé. —George bostezó—. Lo he hecho. ¿No me dio instrucciones para despertar más temprano?

—Suelo hacerlo al dar la señal. Pero ¿cómo coño ha sido capaz de imponerse a la estimulación...? Habrá que subir la potencia. Es obvio que he sido muy cauto con esto. —Le hablaba al propio Aumentador, no había duda de ello. Cuando esa conversación hubo terminado, se volvió con brusquedad hacia George y dijo—: Muy bien. ¿En qué consistía el sueño?

—He soñado que había una imagen del monte Hood en esa pared, detrás de mi mujer.

Haber miró entre parpadeos la desnuda pared cubierta de paneles de secuoya antes de volverse de nuevo hacia George.

—¿Algo más? ¿Un sueño anterior? ¿Lo recuerdas?

—Creo que sí. Espere... Supongo que soñé que soñaba, o algo así. Fue algo confuso. Estaba en una tienda. Eso es. Estaba en Meier and Frank, comprando un

traje nuevo que debía de incluir túnica azul porque iba a conseguir otro trabajo, o algo así. No lo recuerdo. Bueno, el caso es que tenían una guía de esas que te dan el peso según lo alto que seas, y viceversa. Y yo estaba en la mitad tanto de la escala de peso como la de altura para el hombre de complejión media.

—Normal, en otras palabras —señaló Haber, que rompió a reír de pronto. Tenía una risa tremenda que asustó mucho a Heather tras la tensión y el silencio.

»Está bien, George. Eso está bien. —Dio una palmada a Orr en el hombro y procedió a retirarle los electrodos de la cabeza—. Lo hemos logrado. Hemos llegado. ¡Ya es libre! ¿Lo sabía?

—Creo que sí —respondió George en voz baja—. De menudo peso se han librado sus hombros, ¿eh?

—¿Y los suyos?

—Y los míos, ¡en efecto! —De nuevo la risa enorme, racheada, más prolongada de lo normal. Heather se preguntó si Haber siempre se comportaba así o se encontraba en un estado de extrema emoción.

—Doctor Haber —dijo su marido—, ¿ha hablado alguna vez con un alienígena acerca del sueño?

—¿Con un aldebarano? No. Forde, en Washington, intentó llevar a cabo un par de nuestros test con algunos de ellos, junto a una serie de test psicológicos, pero los resultados no tenían sentido. Parece ser que aún no hemos superado la barrera de la comunicación. Son inteligentes, pero Irchevsky, nuestro xenobiólogo más capacitado, cree que podrían no ser racionales, y que lo que parece un comportamiento socialmente integrador entre humanos no es más que una especie de instintiva imitación adaptable. No hay manera de saberlo con certeza. Con ellos no podemos servirnos de un electroencefalograma y, de hecho, ni siquiera podemos averiguar si duermen o no, ¡por no hablar de si sueñan!

—¿Conoce el término *iahklu*'?

Haber hizo una breve pausa.

—Lo he oído. No tiene traducción. Ha decidido que significa «sueño», ¿eh?

George negó con la cabeza.

—No sé lo que significa. No finjo tener conocimientos que no poseo, pero sí creo que, antes de que continúe usted con la... con la aplicación de la técnica nueva, doctor Haber, antes de soñar, debería hablar con uno de los alienígenas.

—¿Con cuál? —La ironía fue evidente.

—Con cualquiera. No importa.

Haber se rio.

—¿Que hable acerca de qué, George?

Heather reparó en el destello en los ojos de su marido cuando éste levantó la vista hacia el gigantón.

—Acerca de mí. Acerca de soñar. Acerca del *iahklu*'. No importa. Siempre que usted preste atención. Ellos sabrán adónde está llegando usted; poseen mucha más

experiencia que nosotros en esto.

—¿En qué?

—En soñar, en aquello de lo que el sueño no es más que una faceta. Llevan mucho tiempo haciéndolo. Desde siempre, supongo. Ellos proceden del tiempo de los sueños. No lo entiendo, pero no puedo expresarlo con palabras. Todo sueña. El juego de la forma, del ser, es el sueño de la sustancia. Las rocas tienen sus sueños, y la tierra cambia... Pero cuando la mente se vuelve consciente, cuando se acelera el proceso de la evolución, entonces hay que tener cuidado. Cuidar del mundo. Hay que aprender el modo. Aprender las habilidades, el arte, los límites. Una mente consciente debe ser parte del total, intencionada y cuidadosamente, igual que la roca es parte inconsciente del todo. ¿Lo ve? ¿Significa esto algo para usted?

—No me resulta nuevo, si es a eso a lo que se refiere. El alma del mundo y todo eso. Síntesis precientífica. El misticismo es una manera de acercarse a la naturaleza del sueño, o de la realidad, aunque no es aceptable para quienes desean emplear la razón y son capaces de hacerlo.

—No sé si eso es cierto —dijo George sin el menor resentimiento, a pesar de la prontitud de la réplica—. Pero sólo por curiosidad científica, entonces, al menos intente esto: antes de poner a prueba el Aumentador en sí mismo, antes de encenderlo, cuando esté iniciando la autosugestión, diga lo siguiente: *Er' perrehnne*. En voz alta o mentalmente. Una vez. Con claridad. Pruébelo.

—¿Por qué?

—Porque funciona.

—¿Funciona cómo?

—Obtiene una pequeña ayuda de sus amigos —respondió George. Se levantó. Heather lo miró aterrada. Lo que había dicho sonaba a locura, el tratamiento de Haber lo había hecho enloquecer, tal como ella sospechó que sucedería. Pero Haber no reaccionaba, ¿o sí?, como lo haría ante un discurso incoherente o psicótico.

—*Iahklu'* es demasiado para una persona sola —decía George—, se te escapa de las manos. Saben qué comporta controlarlo. O no exactamente controlarlo, ésa no es la palabra adecuada, sino mantenerlo donde pertenece, que siga el camino correcto... Yo no lo entiendo. Tal vez usted sí lo haga. Pida su ayuda. Diga *Er' perrehnne* antes de... Antes de apretar el botón de encendido.

—Quizá haya dado usted con algo —dijo Haber—. Quizá valga la pena investigarlo. Me pondré con ello, George. Tengo arriba a uno de los aldebaranos del Centro de Cultura, y veré si puedo obtener información sobre esto... No entiende usted ni jota, ¿eh, señora Orr? Este marido suyo debería haberse dedicado a la psiquiatría, a la parte dedicada a la investigación; está desperdiciado como dibujante. —¿Por qué decía eso? George era diseñador de parques y zonas de recreo—. Lo suyo es talento natural. Nunca se me ocurrió meter en esto a un aldebarano, pero es posible que haya tenido una buena idea. Aunque es posible que usted se alegre de que no sea psiquiatra, ¿eh? Tiene que ser terrible eso de que tu cónyuge analice tus deseos

inconscientes durante la cena, ¿verdad? —Retumbó con estruendo su risa, expulsándolos a ambos del despacho. Heather no dio crédito, estaba al borde de las lágrimas.

—Lo odio —dijo furiosa en la escalera mecánica de caracol—. Es un hombre horrible. Falso. ¡Es una farsa de la cabeza a los pies! —George la tomó del brazo. No dijo nada—. ¿Has acabado? ¿De veras? ¿Ya no deberás medicarte y no volverás a someterte a estas terribles sesiones?

—Eso creo. Él se encargará del papeleo y en seis semanas debería recibir la notificación de exención. Si me comporto. —Sonrió con una sonrisa algo cansada—. Tengo hambre. ¿Adónde vamos a cenar? ¿A Casa Boliviana?

—A Chinatown —dijo ella, que cayó de pronto en la cuenta—. ¡Ja ja ja! —Rio. Al menos hacía diez años que el antiguo barrio chino había desaparecido junto al resto del centro. Por alguna razón lo había olvidado por completo momentáneamente—. Ruby Loo, quería decir —se corrigió confundida.

George le tiró suavemente del brazo para acercársela.

—Claro —asintió. Era más sencillo llegar allí. La línea del funicular tenía su parada al otro lado del río, en el antiguo Lloyd Center, que en tiempos fue el mayor centro comercial del mundo, antes del Impacto. Hoy en día, los aparcamientos de varias plantas se habían extinguido tanto como los dinosaurios, y muchas de las tiendas y almacenes del centro de dos plantas estaban vacíos, las entradas cubiertas con tablones. La pista de hielo llevaba veinte años sin llenarse. No había agua en las románticas fuentes fantasiosas de metal retorcido. Habían crecido pequeños árboles ornamentales que llegaban a lo más alto; las raíces agrietaban el pavimento en metros a la redonda de sus macetas cilíndricas. Se oían con total claridad voces y pasos, todo sonaba a algo hueco, antes y detrás de uno mientras paseaba por las largas galerías a medio iluminar de aquel naufragio parcial.

Ruby Loo estaba en la planta superior. Las ramas de un castaño de Indias ocultaban casi por completo la fachada de cristal. El cielo era de un intenso verde muy sutil, esa tonalidad vista fugazmente en los atardeceres primaverales tras despejar la lluvia. Heather levantó la vista al cielo de jade, distante, inverosímil, sereno. Se sintió enardecida, la inquietud había empezado a despegarse de ella como si mudara la piel. Pero no duró. Hubo una curiosa inversión, un desplazamiento. Alguien pareció alcanzarla, aferrarla. Casi se detuvo en seco y bajó la vista desde el cielo de jade hasta los caminos vacíos, poblados por las sombras, que se extendían ante ella. Era un extraño lugar.

—Esto de aquí arriba da miedo —murmuró.

George se encogió de hombros, pero tenía la expresión tensa, más bien sombría.

Se levantó un viento demasiado cálido para los abrils de los viejos tiempos, un viento húmedo y caluroso que sacudió las ramas verdes del castaño y arrastró los desperdicios que se acumulaban en los recovecos desiertos. El letrero de neón rojo tras las ramas pareció atenuar su luz y parpadear ante la presencia del viento para

cambiar de forma; no rezaba Ruby Loo, ya no dijo nada más. Nada dijo nada. Nada tenía significado. El viento sopló hueco en las huecas galerías. Heather se apartó de George en dirección a la pared más próxima. Estaba llorando. El dolor la hizo ocultarse, buscar un rincón en la pared y esconderse.

—¿Qué te pasa, cariño...? Todo está bien. No te preocupes, todo se solucionará.

«Me estoy volviendo loca —pensó—. No era George, todo este tiempo no ha sido él. He sido yo».

—Todo se solucionará —le susurró él de nuevo, pero ella oyó en su voz que no lo creía. Sintió en sus manos que no lo creía.

—¿Que... qué pasa? —Lloraba desconsolada—. ¿Qué pasa?

—No lo sé —dijo él, casi ausente. Había levantado la cabeza para apartarla un poco de ella, aunque aún la abrazaba para consolarla en el llanto. Parecía estar observando, escuchando. Ella reparó en los fuertes y constantes latidos de su corazón.

—Escúchame, Heather. Voy a tener que volver.

—¿Volver adónde? ¿Qué pasa? —habló con un hilo de voz, el tono agudo.

—A ver a Haber. Debo ir. Ahora. Espérame en el restaurante. Espérame, Heather. No me sigas. —Se marchó. Tuvo que seguirlo. Él continuó andando sin volver la vista atrás, deprisa, escaleras abajo, atravesando las galerías, pasando junto a las fuentes secas, hasta llegar a la estación de funicular. Había una cabina esperando allí, al final de la cola. Él se subió. Ella echó a correr tras él, apenas sin aliento, justo antes de que la cabina arrancase.

—¡Qué demonios, George!

—Lo siento. —También él jadeaba—. Debo ir. No quería arrastrarte conmigo.

—¿Arrastrarme a qué? —Lo detestaba. Se sentaron en asientos enfrentados, resollando el uno frente al otro—. ¿A qué viene este numerito? ¿Para qué vas a volver a ese lugar?

—Haber está... —Se le secó un instante la voz—. Está soñando —dijo. Un terror irracional se extendió por las entrañas de Heather, pero ella lo ignoró.

—¿Soñando qué? ¿Qué más da?

—Mira por la ventanilla.

Sólo lo había mirado a él mientras corrían y desde que se habían subido al funicular. El vehículo cruzaba en ese momento el río, alto por encima del agua. Pero no había agua. El río se había secado. El lecho estaba agrietado y supuraba a la luz de los puentes, hediondo, lleno de grasa y huesos y herramientas perdidas y peces moribundos. Las embarcaciones yacían escoradas, arruinadas, junto a los muelles fangosos que les llegaban a la altura de los mástiles.

Los edificios del centro de Portland, la capital del mundo, los nuevos y elevados cubos hermosos de piedra y cristal se distribuían entremezclados con dosis calculadas de vegetación, las fortalezas de Investigación y Desarrollo, Comunicaciones, Industria, Economía, Planificación y Control Medioambiental del gobierno se estaban

derritiendo. Se volvían pastosas, vacilantes, como gelatina dejada al sol. Las esquinas ya se deslizaban por los costados, dejando chorretones cremosos.

El funicular iba muy rápido y no se paraba en las estaciones: «Algo debe de haberle pasado al cable», pensó Heather sin involucrarse personalmente. Se deslizaban con rapidez sobre la ciudad que se disolvía, a tan baja altura como para oír el estrépito y los gritos.

A medida que la cabina se deslizó a mayor altura, el monte Hood se dibujó ante sus ojos, tras la cabeza de George, sentado frente a ella. Él vio la luz espeluznante reflejada en la cara de ella o en sus ojos, tal vez, porque se volvió de inmediato a mirar, a ver el inmenso cono de fuego invertido.

La cabina se balanceaba con violencia en el abismo, entre la ciudad que perdía y tomaba forma y el cielo informe.

—Hoy nada parece salir a derechas —comentó una mujer sentada más allá en voz alta y temblorosa.

La luz de la erupción fue terrible y hermosa. Su enorme, palpable y geológico vigor fue reconfortante, comparado con la zona hueca que se abría ahora frente a la cabina, en el extremo superior de la línea.

El presentimiento que se había apoderado de Heather cuando bajó la vista del cielo de jade era ahora una presencia. Estaba allí. Era una zona, o quizá un periodo de tiempo, de una especie de vacuidad. Era la presencia de la ausencia: una entidad incalculable carente de cualidades, en la cual se precipitaban todas las cosas y de la que nada salía. Era horrible, y no era nada. Era el camino equivocado.

Fue allí adonde se dirigió George cuando la cabina del funicular se detuvo en la última parada. Volvió la vista hacia ella cuando echó a andar, gritando:

—¡Espérame, Heather! ¡No me sigas, no vengas!

Pero aunque intentó obedecerlo, se le vino encima. Se expandía con rapidez desde el centro. Reparó en que todo había desaparecido y que ella se había extraviado en el pánico y lo oscuro, voceando sin voz el nombre de su marido, desolada, hasta que se hizo un ovillo en mitad de su propio ser y se precipitó para siempre a través del seco abismo.

Gracias al poder de la voluntad, que es grande cuando se ejerce adecuadamente en el momento adecuado, George Orr encontró a sus pies el mármol duro de la escalera que llevaba al edificio GIPID. Avanzó mientras sus ojos lo informaban de que caminaba sobre la niebla, sobre el fango, sobre cadáveres en descomposición, sobre innumerables y diminutos sapos. Hacía mucho frío, pero había un olor a metal ardiente y a pelo, o piel, quemado. Cruzó el vestíbulo. Las letras doradas del aforismo inscrito en la cúpula saltaron momentáneamente a su alrededor, HUMANIDAD H U M A A A. Las aes intentaban ponerle la zancadilla. Puso un pie en una pasarela mecánica que le era invisible; accedió a la escalera de caracol mecánica y ascendió hacia la nada, sustentándola continuamente por medio de la firmeza de su voluntad. Ni siquiera cerró los ojos.

En la planta superior el suelo era hielo. Tenía el grosor de un dedo, y era bastante traslúcido. A través de él podía ver las estrellas del hemisferio sur. Orr puso un pie en él y todas las estrellas repicaron ruidosas y falsas, como campanas agrietadas. El hedor era mucho peor, tanto que sintió arcadas. Se inclinó hacia adelante, extendiendo la mano. El panel de la puerta del despacho exterior de Haber estaba justo allí al tantear. Aulló un lobo. La lava se desplazaba hacia la ciudad.

Entró y alcanzó la última puerta. La abrió. Al otro lado no había nada.

—¡Ayuda! —exclamó en voz alta, porque el vacío lo atraía hacia sí, tiraba de él. Carecía de la fuerza para atravesar la nada hasta el otro lado.

Se produjo una especie de sorda agitación en su mente; pensó en Tiua’k Ennbe Ennbe, y en el busto de Schubert, y en la voz de Heather diciéndole furiosa: «¡Qué demonios, George!». Esto parecía todo de cuanto disponía para franquear la negrura. Avanzó. Supo al hacerlo que perdería todo lo que tenía.

Entró en el ojo de la pesadilla.

Hacía frío, una oscuridad vagamente móvil, giratoria, hecha de miedo, que tiró de él hacia un lado, que lo desmontó. Sabía dónde estaba el Aumentador. Extendió la mano mortal hacia donde estaban las cosas. La tocó, palpó en busca del botón situado en la parte inferior y lo presionó una vez.

Entonces se acuclilló, cubriéndose los ojos, acobardado, porque el miedo se había adueñado de su mente. Cuando levantó la cabeza para mirar, el mundo reexistía. No estaba en buenas condiciones, pero estaba allí.

No se hallaban en el edificio GIPID, sino en un despacho normal y corriente, algo destartado, que nunca había visto. Haber estaba tendido en el sofá, enorme, la barba miraba hacia el techo. De nuevo una barba castaño rojiza, piel blanca, no gris. Tenía los ojos medio abiertos y no veía nada.

Orr le retiró los electrodos, cuyos cables discurrían como lombrices entre el cráneo de Haber y el Aumentador. Observó la máquina, que tenía abiertos todos los compartimentos. «Debería destruirla», pensó. Pero no tenía idea de cómo hacerlo, ni la voluntad de ponerse a ello. La destrucción no era su manera de proceder, y una máquina está incluso más libre de culpa que cualquier animal. Carece totalmente de intenciones, exceptuando las nuestras.

—Doctor Haber —dijo, sacudiendo un poco los hombros pesados, grandes—. ¡Haber! ¡Despierte!

Al cabo de un rato, el corpachón se movió y se incorporó de inmediato. Estaba flácido y desmadejado. La cabeza gigantesca, atractiva, le colgaba entre los hombros. Era incapaz de vocalizar. Los ojos clavados en la negrura, el vacío, el no ser en el centro de William Haber; ya no eran opacos sino vacíos.

De pronto, Orr tuvo miedo físico de él y reculó.

«Debo obtener ayuda —pensó—, no voy a poder resolver esto yo solo...». Salió del despacho, atravesó una desconocida sala de estar y bajó corriendo la escalera. Nunca había estado en ese edificio y no tenía ni idea de lo que era, ni de dónde estaba

situado. Al salir al exterior, supo que se trataba de una calle de Portland, pero eso fue todo. No estaba cerca de Washington Park, ni de las colinas a poniente. No era una calle por la que hubiera paseado antes.

El vacío del ser de Haber, la pesadilla efectiva, que se difundía desde el cerebro soñador, había deshecho vínculos. Se había fracturado la continuidad que siempre persistió entre los mundos o las líneas temporales del soñar de Orr. El caos había accedido al interior. Tenía pocos e incoherentes recuerdos de esta existencia en la que se hallaba; casi todos provenían de los otros recuerdos, de los otros tiempos de sueños.

Otras personas, menos conscientes que él, podían estar mejor equipadas para afrontar ese cambio de la existencia: no obstante, los asustaría más, carecerían de una explicación. Encontrarían el mundo radical, absurda y repentinamente cambiado, sin una posible causa racional para dicho cambio. Habría mucha muerte y terror en la estela del sueño del doctor Haber.

Y pérdida. Y pérdida.

Supo que la había perdido; lo supo desde que puso un pie fuera, con su ayuda, en el pánico vacío que rodeaba al soñador. Ella se había perdido con el mundo de la gente gris y del imponente y falso edificio en el que había entrado a la carrera, dejándola sola en la ruina y la disolución de la pesadilla. Había desaparecido.

No intentó buscarle ayuda a Haber. No había nada que hacer por Haber. Tampoco había nada que hacer por él mismo. Había hecho todo cuanto podía hacer. Anduvo por las calles. A juzgar por los letreros indicadores estaba en la parte noreste de Portland, una zona que prácticamente le era desconocida. Las casas eran bajas, y a veces desde las esquinas se veía la montaña. Vio que la erupción había cesado; de hecho, nunca se había declarado. El monte Hood, durmiente, se alzaba violeta pardusco en un cielo de abril que oscurecía. La montaña dormía.

Soñando, soñando.

Orr caminó sin un objetivo, tomando una calle y luego otra. Estaba exhausto, así que a veces sintió la tentación de tumbarse en el pavimento a descansar un poco, pese a lo cual seguía adelante. Se acercaba ya a la zona comercial, más próxima al río. La ciudad, medio destruida y medio transformada, era un revoltijo de planes ostentosos y recuerdos incompletos, atestada como un manicomio; había incendios y demencias de casa en casa. No obstante, la gente seguía como siempre metida en sus cosas: había dos hombres saqueando una joyería, y cruzando por su lado vio a una mujer con un bebé en brazos, colorado de tanto llorar, que caminaba a paso vivo hacia su casa.

Dondequiera que estuviese.

11

Luz de las estrellas preguntó al No-ser, «¿Existes, Maestro? ¿O no existes?». Sin embargo, no obtuvo respuesta a esta pregunta...

CHUANG TSE: XXII

En algún momento de esa noche, mientras Orr intentaba encontrar el modo de llegar a Corbett Avenue a través del caos de los suburbios, un alienígena aldebarano lo detuvo y lo convenció para que lo siguiera. Él obedeció, dócil. Le preguntó al cabo de un rato si era Tiua'k Ennbe Ennbe, pero no formuló la pregunta con mucha convicción, y no pareció importarle cuando el alienígena le explicó, más bien farragosamente, que Orr se llamaba Jor Jor y que él se llamaba E'nememen Asfah.

Lo llevó a su apartamento cerca del río, situado sobre un taller de bicicletas, en la puerta contigua a la Misión Evangélica de la Esperanza Eterna, que esa noche estaba hasta la bandera. En todo el mundo los diversos dioses estaban muy solicitados, se apelaba a ellos con mayor o menor cortesía, en busca de una explicación a lo sucedido entre las 6.25 y las 7.08 de la tarde, hora estándar del Pacífico. Con cierta discordancia, se oía *Rock of Ages* mientras subían la escalera oscura hasta el apartamento de la segunda planta. Allí, el alienígena le sugirió tumbarse en la cama porque parecía cansado.

—Sueño que devana la enmarañada madeja de las preocupaciones —dijo.

—Dormir, tal vez soñar; ésa es la cuestión —respondió Orr. Había, pensó, algo en la manera curiosa en que se comunicaban los alienígenas, pero estaba tan cansado que no pudo ahondar en ello—. ¿Dónde dormirá usted? —preguntó, sentándose pesadamente en la cama.

—Ningunaparte —respondió el alienígena, cuya voz atonal juntó las palabras en un total, cuando era separadas que tenían significado.

Orr se encorvó para desatarse los cordones de los zapatos. No quería ensuciar la ropa de cama del alienígena, eso sería compensarle mal lo amable que era con él. El gesto le causó un leve mareo.

—Estoy cansado —dijo—. Hoy he hecho mucho. Es decir, he hecho algo. Lo único que he hecho. Presioné un botón. Necesité de toda mi fuerza de voluntad, la fuerza acumulada de mi existencia entera, para presionar un condenado botón de apagado.

—Ha vivido bien —dijo el alienígena.

Estaba de pie en un rincón, parecía dispuesto a permanecer ahí por toda la eternidad.

No está ahí de pie, pensó Orr. No del mismo modo en que él estaría de pie, o se sentaría, tumbaría o existiría. Estaba de pie de un modo que él, en un sueño, podía

estarlo. Estaba ahí en el sentido en que uno en un sueño está en alguna parte.

Se tumbó. Percibía con claridad la pena y la compasión protectora del alienígena de pie en el extremo opuesto del cuarto oscuro. Lo veía, no con los ojos, como a un ser extraño, carente de armadura, de carne y hueso, y con una vida corta, infinitamente vulnerable, a la deriva en los golfos de lo que era posible: algo necesitado de ayuda. No le importó. Necesitaba ayuda. El cansancio se adueñó de él, lo tomó en brazos como una corriente marina en cuyas aguas se hundía con lentitud.

—*Er'perrehnne* —murmuró, rindiéndose ante el sueño.

—*Er'perrehnne* —respondió, quedo, E'nememen Asfah.

Orr durmió. Soñó. No hubo cuestión. Sus sueños, como las olas de un mar de altura, ajenas a cualquier costa, fueron vaivén, se alzaron y se precipitaron, hondas e inocuas, sin romper en ningún lado, sin cambiar nada. Bailaron la danza entre el resto de las olas en el mar del ser. A través de su sueño buceaban las imponentes tortugas verdes haciendo gala de una pesadez elegante, incansables en las profundidades, en su elemento.

A primeros de junio los árboles estaban cubiertos de hojas y florecían las rosas. En toda la ciudad, la enorme, anticuada y resistente como la mala hierba, la llamada rosa de Portland, florecía con su exuberante color en tallos espinosos. La situación se había normalizado bastante bien. La economía se recuperaba. La gente cortaba el césped.

Orr estaba en el Manicomio Federal de Linnton, algo al norte de Portland. Los edificios, erigidos a principios de los noventa, se alzaban en un peñasco imponente que miraba a las praderas de agua del Willamette y la elegancia gótica del puente de St. John. A finales de abril y durante el mes de mayo habían acogido un exceso de pacientes debido a las crisis nerviosas que resultaron de los sucesos inexplicables de la tarde que ahora llamaban «la Ruptura»; pero con el tiempo habían recuperado la normalidad, la rutina terrible del frenopático falto de personal y con exceso de pacientes.

Un camillero alto de voz suave acompañó a Orr arriba, a las habitaciones individuales del ala norte. La puerta que llevaba a esta ala, así como las de todas las habitaciones, eran pesadas, con una rendija pequeña a metro y medio de altura, todas ellas cerradas.

—No es que sea problemático —dijo el camillero mientras abría la puerta del pasillo—. Nunca se ha mostrado violento. Pero ejercía un efecto negativo en los demás. Lo ingresamos en dos alas. No hubo manera. Los demás lo temían, nunca he visto algo parecido. Es normal que se afecten los unos a los otros, que sufran de pánico y de noches difíciles y demás, pero no como esto. Todos lo temían. Arañaban las puertas para alejarse de él. Y él lo único que hacía era seguir tumbado. En fin, aquí uno ve de todo con el tiempo. Supongo que le daba igual dónde lo metieran. Y

ya hemos llegado. —Abrió la cerradura de la puerta y precedió a Orr al entrar—. Su visita, doctor Haber —anunció.

Haber estaba delgado. El pijama azul y blanco le colgaba del cuerpo. Llevaba cortos la barba y el pelo, cortos pero bien cuidados. Estaba sentado en la cama, mirando al vacío.

—Doctor Haber —dijo Orr, a quien le tembló la voz. Sentía una lástima atroz, y miedo. Sabía qué contemplaba Haber. Él también lo había visto. Miraba el mundo después de abril de 1998. Miraba el mundo tal como lo había malinterpretado la mente: una pesadilla.

Hay un pájaro en un poema de T. S. Eliot que dice que la humanidad no puede soportar mucha realidad; pero el pájaro se equivoca. Un hombre puede soportar el peso entero de un universo durante ochenta años. Es la irrealidad lo que no soporta.

Haber se había extraviado. Había perdido el contacto.

Orr intentó hablar de nuevo, pero no halló las palabras. Retrocedió, y el camillero, a su lado, cerró la puerta y la cerró con llave.

—No puedo —dijo Orr—. No hay manera.

—No hay manera —repitió el camillero. Al desandar el pasillo, añadió con su voz suave—: El doctor Walters me ha dicho que era un científico muy prometedor.

Orr regresó en barco al centro de Portland. El transporte seguía sumido en un estado de confusión; piezas, restos e inicios de unos seis sistemas de transporte público atestaban la ciudad. Reed College tenía estación de tren subterráneo, pero no había tren; el funicular a Washington Park terminaba en el acceso a un túnel que recorría medio camino bajo el Willamette y luego se paraba. Entre tanto, un tipo emprendedor había pertrechado un par de embarcaciones para organizar viajes arriba y abajo del Willamette y el Columbia, y los empleaba como transbordadores en rutas regulares entre Linnton, Vancouver, Portland y Oregon City. Era un viaje agradable.

Orr se había tomado una larga hora de comer para visitar el manicomio. A su jefe, el alienígena E'nememen Asfah, le importaban poco las horas trabajadas siempre y cuando se hiciese el trabajo. Cuándo se hacía era cosa de cada cual. Orr resolvía buena parte de su jornada mentalmente, tendido en la cama, medio despierto durante una hora antes de levantarse por la mañana.

Eran las tres cuando regresó a Kitchen Sink y se sentó a la mesa de dibujo del taller. Asfah se encontraba en la sala atendiendo a unos clientes. Contaba con tres diseñadores a su cargo, y contratos con varios fabricantes dedicados a todo tipo de equipamiento de cocina: cuencos, utensilios, herramientas, instrumentos, todo a excepción de los aparatos pesados. La Ruptura había sumido a la industria y la distribución en un profundo estado de confusión; los gobiernos nacionales e internacionales llevaban semanas consternados y se había impuesto por fuerza una política de no intervención, de modo que las pequeñas empresas privadas que fueron capaces de seguir adelante o de empezar el negocio durante este periodo se hallaban en una buena posición. En Oregón, algunas de estas compañías, todas ellas

encargadas de la distribución de bienes materiales de una clase u otra, estaban dirigidas por aldebaranos, gestores solventes y comerciales extraordinarios que contrataban personal humano para todo lo que implicaba manipulación. Al gobierno le gustaban porque estaban dispuestos a aceptar restricciones y controles gubernamentales, ya que la economía global se iba recomponiendo poco a poco. Se hablaba incluso del Producto Nacional Bruto, y el presidente Merdle había predicho un retorno a la normalidad para Navidad.

Asfah vendía tanto al por menor como al por mayor, y Kitchen Sink era popular por los productos sólidos que ofrecía, así como por sus precios justos. Desde la Ruptura, las amas de casa, dispuestas a amueblar de nuevo las inesperadas cocinas en las que se habían visto cocinando aquella tarde de abril, habían acudido en gran número. Orr buscaba unas muestras de madera para cortar tablones cuando oyó que una decía:

—Me gusta esa batidora de huevos. —Y, puesto que la voz le recordó a la voz de su mujer, se levantó y miró en dirección a la sala. Asfah mostraba algo a una mujer de piel morena de altura media que debía de rondar los treinta años. Tenía el pelo negro, rizado.

—Heather —dijo él, acercándosele.

Ella se volvió. Lo miró durante lo que se le antojó una eternidad.

—Orr —dijo—. George Orr, ¿verdad? ¿Cuándo nos conocimos?

—En... —Titubeó—. ¿No es usted abogada?

E'nememen Asfah se alzaba inmenso en su verdosa armadura, con una batidora de huevos en las manos.

—Uy, no. Secretaria judicial. Trabajo para Rutti y Goodhue, en el edificio Pendleton.

—Eso debe de ser. Estuve ahí en una ocasión. ¿Le... le gusta eso? Lo diseñé yo. —Tomó otra batidora de huevos del cesto y se lo mostró—. Está muy bien equilibrada, ¿lo ve? Y es rápida. Suelen hacer los alambres demasiado tensos, o muy pesados, excepto en Francia.

—Es bonita —dijo ella—. Tengo una vieja batidora eléctrica, pero no sabe cómo me gustaría estamparla contra la pared. ¿Trabaja aquí? Antes no lo hacía. Ahora me acuerdo. Estaba en una oficina de Stark Street, y visitaba a un doctor por la Terapia Voluntaria.

No tenía ni idea de qué, ni de cuánto recordaba, ni de cómo encajarlo con sus propias memorias múltiples.

Por supuesto, su esposa había tenido la piel gris. Contaban que aún había gente de piel gris, sobre todo en el Medio Oeste y en Alemania, pero la mayoría había recuperado el blanco, moreno, negro, rojo, amarillo y demás mezclas. Su mujer había sido una persona gris, alguien mucho más amable que ésa, pensó. Esta Heather llevaba un bolso negro enorme con cierre de metal, y probablemente una petaca con brandi en su interior. Tenía una entrada difícil. Su mujer era pacífica y, aunque tenía

coraje, tendía a mostrarse cohibida. Ésa no era su mujer, sino una persona más intensa, vivaz y difícil.

—Así es —dijo él—. Antes de la Ruptura. Tuvimos... De hecho, señorita Lelache, nos citamos para comer. En Dave's, en Ankeny. No llegamos a vernos.

—No soy la señorita Lelache, ése es mi apellido de soltera. Soy la señora Andrews.

Lo miró con curiosidad. Él permaneció firme, soportando la realidad.

—Mataron a mi marido en la guerra de Oriente Medio —añadió ella.

—Sí.

—¿Diseña usted todas estas cosas?

—La mayoría de las herramientas y demás. Y los utensilios de cocina. Mire, ¿le gusta esto? —Le mostró una tetera con fondo de cobre, enorme pero elegante, tan equilibrada por la necesidad como un velero.

—¿A quién no? —dijo ella, extendiendo las manos para recibirla de manos de él. La sopesó y la admiró—. Me gustan las cosas —dijo.

Él asintió.

—Está usted hecho todo un artista. Es preciosa.

—El señor Orr es experto en tangibles —intervino el propietario, atonal, hablando a través del codo izquierdo.

—Ajá, ahora me acuerdo —dijo de pronto Heather—. Claro, fue antes de la Ruptura, por eso se me mezclan las cosas. Usted soñaba... Quiero decir que creía soñar cosas que se hacían realidad. ¿Verdad? Y el doctor intentaba que soñase y soñase, pero usted no quería, y estaba buscando el modo de abandonar la Terapia Voluntaria sin que él lo forzase a someterlo a la Obligatoria. ¿Lo ve? Me acuerdo. ¿Llegaron a asignarle a otro psiquiatra?

—No. Lo superé —respondió Orr, que rio a continuación. Ella también se rio.

—¿Qué hizo con los sueños?

—Ah... Seguir soñando.

—Creía que podía cambiar el mundo. ¿Todo este lío es lo mejor que puede hacer por nosotros?

—Tendrá que bastar con esto.

También él hubiese preferido algo más ordenado, pero no dependía de él. Al menos ella estaba allí. Había hecho lo posible por buscarla, pero no la había encontrado y se había volcado en su trabajo en busca de consuelo. Eso no le había proporcionado demasiado, pero era el trabajo para el que estaba capacitado, y era un hombre paciente. Debía poner punto y final al duelo por la pérdida de su mujer, ya que ahí la tenía, la vivaz, recalcitrante y frágil extraña a la que de nuevo debía cortejar para siempre.

La conocía, conocía a su extraña, sabía cómo hacerla hablar y cómo hacerla reír. Por último, dijo:

—¿Le apetece tomar un café? Hay una cafetería aquí al lado. Ya es hora de que me tome un descanso.

—Vaya trola —dijo ella. Eran las cinco menos cuarto. Se volvió un instante hacia el alienígena—. Claro que me gustaría tomar ese café, pero...

—Volveré dentro de diez minutos, E'nememen Asfah —anunció Orr a su jefe mientras iba a por la gabardina.

—Tómese la tarde —le ofreció el alienígena—. Hay tiempo. Hay regresos. Ir es regresar.

—Muchas gracias —dijo Orr, que estrechó la mano de su jefe. La aleta grande y verde era fría al tacto humano. Salió con Heather a la tarde cálida y lluviosa de verano. El alienígena los observó desde el interior del comercio, al otro lado del escaparate, como miraría un animal marino desde un acuario, viéndolos pasar y desaparecer en la niebla.